

Año I

Núm. 4

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~



PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: ENRIQUE MOLINA: *J. M.*

Guyau, el filósofo-poeta □ Dr. CARLOS CHARLIN:

Louis Pasteur (1822-1895) □ Dr. PABLO VOIVENEL:

El crepúsculo del espíritu □ MANUEL MAGALLA-

NES MOURE: *Nueva Canción de Primavera* □ PABLO NERU-

DA: *El hondero entusiasta* □ FERNANDO BINVIGNAT: *Hoy
abandonaremos esta casa...* □ FRANCISCO ZAPATA LILLO:

Paul Hazard □ PEDRO PRADO: *El Cementerio Parroquial* □

Hombres, Ideas y Libros: E. M.: *Romaind*

Rolland—Mahatma Gandhi □ A. V.: *México y el indolati-*

nismo □ CARLOS KELLER: *La Economía y las Cien-*

cias □ A. G.: *Homero y el Pensamiento Moderno* □

ANDRÉ MAUROIS: *Ariel o la vida de Shelley.*

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~

Julio, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

JULIO DE 1924

NÚM. 4

Enrique Molina

J. M. Guyau el filósofo-poeta

Palabras previas al estudio de su filosofía



DESPUÉS de haber convivido durante algún tiempo con el espíritu de Guyau, que se desprende de sus obras, me pongo a escribir este ensayo lleno de veneración hacia él. Es una veneración simpática, cariñosa y dulce la que inspira ese filósofo-poeta, alma atormentada y noble, esforzada, infatigable y doliente, que realizó en su corazón la armonía suprema de la ciencia, de la poesía y del amor.

Guyau pertenece por su temperamento a esa escuela llamada por Michelet «humana y sentimental» que principia con Abelardo en el siglo XII y tiene más tarde como representantes a Fenelón y Rousseau.

En la segunda mitad del siglo XIX (1854-1888) señala Guyau un momento de la evolución filosófica entre el positivismo de mediados de la centuria y el idealismo trascendental de nuestra época. Se encuentra ligado al positivismo austero y seco de Comte, al positivismo sonriente, amargo y travieso de Renán y a la macicez erudita y seria hermoseedada por el arte del pensamiento de Taine. Pero no es tan exclusivamente positivista y es más idealista que ellos. Por esta característica suya debe figurar Guyau como un precursor de Bergson, Boutroux, James y Eucken; más su idealismo es ante todo sentimental y humano y no toma las formas metafísicas trascendentales que reviste en las ideas de estos filósofos. Su mente no se siente atraída por los problemas del ser y de la sustancia del origen

de la vida, del sujeto y del objeto, u otros análogos sino que busca todos aquellos tópicos que tengan algo de calor cordial. Parece que Guyau hubiera previsto que sus años iban a ser brevemente contados y dispuesto que su alma fuera en ese corto lapso lo más útil y radiante posible. Así aplica su genio a los asuntos de interés social, como ser el arte, la moral, la educación y la religión.

La vida de Guyau no tiene aventuras; no viaja, no ocupa grandes puestos públicos, no recibe honores. Es una vida de riqueza y grandeza interiores en que se aunan la abnegación exquisita del redentor, la erudición y la agudeza del filósofo, la inspiración del poeta y la sonrisa confiada del mártir. Cabría dar a Guyau el dictado de super-humano, no en el sentido brutal y atropellador que es propio del desequilibrado super-hombre de Nietzsche, sino precisamente en un sentido contrario, por la negación de todo egoísmo que caracteriza a su actividad, al mismo tiempo que el entusiasmo y la ternura brotan como de una fuente pura de su corazón.

Guyau fué un genio precoz. A los quince años escribió su poesía intitulada «El Problema de Hamlet» en que considera la muerte como una posibilidad de recorrer el misterio que le rodea y de encontrar la verdad definitiva. Se vé por que alturas iban los ensueños de este adolescente. En su poesía «Leyendo a Kant»; compuesta a los diecisiete años afirma la superioridad, tanto en cuanto al valor como en cuanto a su carácter de existente, de lo ideal sobre lo real, y podría considerarse que hace suyo el imperativo categórico al decir: «El hombre al frente del mal debe decidir sin pruebas, a pesar de la oscuridad que le vela el cielo, si lo ideal no es más verdadero que lo real». Confirma este idealismo casi absoluto en la poesía «Leyendo a Fichte», del mismo tiempo, poesía en que presenta la vida de la conciencia como la única verdadera frente a la materia que solo es una sombra y donde consecuentemente, sostiene la soberanía de su libertad interior ante el determinismo externo con una actitud semejante a la que asumirá Bergson quince años más tarde al afirmar que es libre porque se siente libre.

A los veinte años presentó nuestro joven filósofo a la Academia de Ciencias Morales una memoria sobre la moral utilitaria, tan sólidamente documentada y concebida que los señores académicos creyeron que no podría ser sino un trabajo llevado a cabo por Alfredo Fouillée, suegro de Guyau. Pero las nuevas producciones de este, que se siguieron rápidamente en pocos años, desvanecieron toda duda al respecto y probaron de una manera brillante que una inteligencia había aparecido para mayor gloria de la filosofía francesa y de la humanidad. (1)

«Platón, Epicteto y Kant para la filosofía dice Fouillée, Corneille, Hugo y Musset para la poesía, fueron sus primeros maestros. Aun adolescente le era familiar la filosofía griega, llena de ese ardor divino de que habla Platón en el

(1) Las principales obras de Guyau son: *La Morale d'Épicure* (1878) *Le Morale anglaise contemporaine* (1879). *Vers d'un philosophe* (1881). *Problèmes de l'esthétique contemporaine* (1884). *Ésquisse d'une morale sans obligation ni sanction* (1884). *L'Irreligion de l'avenir* (1886). *La Genèse de l'idée de temps*.—*Education et hérédité*.—*L'art au point de vue sociologique*. (Publicada después de su muerte.)

Parménides. Su primera y única religión había sido el idealismo platónico y kantiano. El amor le parecía, como a Platón, el alma de la naturaleza entera». (2)

Los tormentos de orden espiritual suelen ser el lote de algunas almas grandes así como el frío y el enrarecimiento de las capas superiores del aire deben sentirlos las aves que se elevan a grandes alturas. La duda insufló en Guyau desde temprano sus inquietudes; pero no la rechazó. Al contrario. «Amo la duda y su ansiedad» decía. Y en otra poesía: «La duda permanecerá en mi corazón rebelde mientras haya sufrimientos en la tierra.» Nuestras ciencias, nuestras artes son para él como los juegos de los niños que celebran alborozados la espuma de las olas que lamen la playa sin sospechar la inmensidad abismática del océano. Nuestro pensamiento se regocijaría con la espuma de las cosas mientras los misterios de la naturaleza nos rodean por todo el horizonte.

Tales inquietudes, unidas a sus dolencias físicas, que lo condujeron a una muerte prematura, podrían haber hecho de él con razón un pesimista; pero la ternura y la exquisita riqueza de su alma no lo permitieron. Animado de inagotable confianza dice en una de sus poesías: «Lo que hace la grandeza de nuestra pálida Tierra—Globo apagado que se mueve al azar por los espacios celestes—Es que ella es el único rincón del mundo donde se espera.»

La delicadeza de sentimientos y el valor moral se muestran aunados en Guyau en una hermosa influencia recíproca. A este revolucionario de la ética parecía que le brotara del pecho un manantial de la más pura y espontánea austeridad. «Se apasionó, dice Foullée, por la gran moral estoica y la practicó toda su vida temperándola con una bondad expansiva, enteramente consagrada a los demás no pensando con los estoicos que se pudiera amar sin adherirse.»

¡Qué gran lugar ocupan las más nobles y elevadas manifestaciones del amor en el espíritu del malogrado Guyau! ¡Cómo es un espejo de pureza espontánea y sincera su sencilla poesía intitulada «A la luz del hogar» (Au reflet du foyer)! ¡Qué lejos nos encontramos ahí de los alambicamientos de poetas complicados, ampulosos y falsamente atormentados y de los que prefieren para materias del arte el adulterio, la pasión arrebatadora o la seducción donjuanesca! Canta simplemente Guyau la dicha del amor conyugal y la ilusión del marido que gracias a la venda puesta por el cariño sigue viendo en el rostro de su esposa una belleza juvenil a pesar de que empieza a ser ajado por el tiempo.

Pero ha inspirado principalmente a nuestro joven pensador el amor que podríamos llamar filosófico y social. Este sentimiento en sus más variados y ricos aspectos, constituye el *leit-motif*, el recorte expansivo, de todas sus obras. Así dice en su poesía «solidaridad»: «Un poema eterno se desenvuelve y vive en el universo. No soy en él más que una sílaba, una palabra y no un verso, ¿Qué importa si encuentro un encanto en el ritmo divino que me lleva? Vibrando con el todo ¿de qué me sirve perseguir esta voz tan dulce al corazón y tan cara: Libertad?—Prefiero esta otra: Solidaridad. La vida es para mí un concurso, un concierto.»

(2) La Morale, l'art et la religion d'après Guyau.

El desastre del año 70 le arranca acentos doloridos en favor de la Francia y de la humanidad. «La injusticia llama a la injusticia, dice. Triste fecundidad, el mal produce el mal! ¿Qué siglo pondrá fin a este círculo fatal? ¿Qué pueblo, renunciando a obtener la última victoria, enanchará el horizonte de la historia? No sé, pero mi corazón desde luego te bendice, oh pueblo, que has de poner fin a la guerra. Trabaja para tí, tomo en mis manos tu causa, te amo oh pueblo en quien el porvenir reposa y que tendrás por divisa: justicia y libertad, porque llevas en tu seno a la humanidad.»

En el olvido de sí mismo, en el amor a los demás, encuentra Guyau un bálsamo para la angustia de morir joven. Ese noble y resignado ánimo suyo se muestra con sencillez en su última poesía *La Muerte de la Cigarra*, que no es posible leer sin sentir el corazón atenazado. Oh! el dolor inmenso de una vida nueva que se extingue prematuramente, de una primavera espiritual agotada en seco por una racha implacable del destino. Refiriéndose a la cigarra dice tristemente el filósofo-poeta: «Cantora de los soles de la Grecia, que un día de frío puede transir, te pareces a mi juventud, que cantaba y va a morir.» Luego encontrando el refugio de la abnegación en su alma generosa agrega: «Cuando uno se olvida bastante de sí mismo calla su alegría y sus dolores; vueltos los ojos hacia los seres amados, no se sienten más males que los suyos. El arte es vano y solitario; soñar es dulce, pero obrar vale más; tengo otra cosa mejor que hacer en este mundo que escuchar los latidos de mi corazón. Que el amor a los demás, me enlace, que en otro corazón me olvide. Risas o lágrimas de mi vida ¿valeis siquiera un verso?»

De esta suerte sin lamentaciones y entonando un himno de amor, dejó de existir Guyau a los treinta y tres años de edad.

ENRIQUE MOLINA

Dr. Carlos Charlin Correa

Louis Pasteur (1822-1895)

A Paulino Alfonso,
homenaje póstumo.

(Conferencia dada en Concepción el 26 de Abril de 1924, en las fiestas con que fué inaugurada la Escuela de Medicina).

El hombre



SENTADO en el lecho, la cabeza apoyada sobre la testera, el enfermo se me aparecía envuelto en la penumbra del crepúsculo. Su amplia frente, su blanca barba, su nariz aguileña, se perfilaban borrosamente sobre un fondo oscuro y brillaban como dos chispas inquietas sus ojos, esos ojos negros, de mirada penetrante, como estilete. Hablábamos de Pasteur... «este hombre extraordinario me atrae, dije; es un tema de estudio interesante».

Mi viejo amigo súbito, se incorporó, pasó por su cuerpo enfermo una ráfaga de vida, de pasión; sus ojos brillaron aún más y en son de reproche, contestó: «¿cómo, Pasteur un tema? Pasteur es el tema... el tema humano. Pasteur ha solucionado cual ningún otro hombre los problemas que se presentan al hombre a su paso por la tierra»... y la voz del enfermo, que había ido subiendo de diapasón, terminó con notas agudas, estando su larga mano descarnada levantada... «Pasteur, joven, sépaselo, es el tema por excelencia».

No volví a ver a mi viejo amigo. He guardado de esta postrer visita dos impresiones. Una, estética; aquella hermosa cabeza cervantina iluminada por la última luz del día, se me aparece hoy como un retrato de Rembrandt, de fondo negro, rico en claro-oscuros, lleno de relieve, sembrado de tonalidades doradas. Y una impresión espiritual; «Pasteur es el tema» me ha quedado en el oído, provocando en mí repetidas reflexiones...

No volví a ver a don Paulino Alfonso; pocos días después partía a Viña del Mar y cual ave herida, iba a morir en medio de un matorral de rosas.

Cuando supe su muerte, tomé la resolución, como un homenaje a este intelecto preclaro y a este noble corazón, de penetrar en el misterio del espíritu

de Pasteur, digo misterio, porque todo lo que es grande es misterioso, y el espíritu de Pasteur tiene honduras de abismos, resplandores de aurora, agitaciones de tempestad y tranquilidades de desierto.

Sí, mi viejo amigo tenía razón. Pasteur es el tema humano por excelencia.

Los profesores Cádiz y Sierra hablaron en la Universidad de Chile del sabio; yo tengo encargo del Presidente de esta Universidad de estudiar al hombre.

Si se me pidiera indicar desde luego las características de esta extraña personalidad, diría que sus líneas cardinales son la inteligencia llevada hasta el genio; la bondad, hasta la santidad laica, y la voluntad, hasta la porfía y el empecinamiento, hasta el sacrificio, hasta el heroísmo. Nótese que esta trilogía: La inteligencia, la bondad y la voluntad, forma un todo armónico, forma un conjunto necesario, indispensable para que la personalidad humana sea completa.

Pocos son los hombres en que estas tres cualidades se reúnen, aun con intensidad mediana.

La inteligencia es poderosa luz que ilumina el camino de la vida o que, proyectada hacia arriba, hacia el cielo infinito de lo desconocido, permite descubrir, cual estrellas perdidas en la inmensidad de la nada, fenómenos, leyes, que como tesoro, la naturaleza esconde en su seno.

La bondad también es luz; pero es luz interior, es lumbre discreta que nos ilumina el alma, que nos conforta, que nos alienta, que nos ilumina en medio de la noche del dolor, de la injusticia, del desengaño...

La inteligencia nos muestra el camino del éxito, sólo de la felicidad material, la bondad nos da la satisfacción interior, la felicidad completa y constante en el triunfo como en la adversidad.

Los jóvenes desestiman la bondad, cuando no la ultrajan con el sarcasmo, y se rinden ante la inteligencia que los fascina.

Al llegar a la madurez de la vida, puedo decir que si me dieran a escoger entre la bondad y la inteligencia, me quedaría sin trepidar con la primera.

Sé que andaría a pasos cortos, que no comprendería a los hombres y a las cosas, que mi existencia sería humilde y opaca; pero caminaría con la paz en el alma, burlado, pero benévolo, engañado y siempre confiado, marcharía indiferente al mal, haciendo el bien, iluminado por el fuego de la bondad.

El hombre que no ha nacido con esta llama interior tiene un alma oscura. No quiere y no es querido, se siente enemigo de sus semejantes y vive por ello recibiendo un castigo cotidiano. Siente el frío de su corazón y el frío de lo que lo rodea. Es el frío de una muerte en vida. Santa Teresa de Jesús en un grito de bondad contenido exclama:

«Lucifer, ¡ay!, el pobre no quiere.»

La voluntad permite realizar lo que la inteligencia concibe y lo que el corazón siente. Sin la voluntad, lo concebido y lo sentido quedan en el reino de lo por hacer y es como si no fueran. Esto explica que si el hombre inteligente y el hombre bueno no son raros, es rarísimo, es excepcional el hombre útil.

Pasteur, con su inteligencia, abandonó la tierra, voló en el arcano de lo ignoto infinitamente pequeño y volviendo de este vuelo genial, se posó de nuevo

entre los hombres y por su bondad, cual nuevo Mesías, derramó el bien a caudales. La voluntad férrea le permitió prolongar el esfuerzo de ascensión de su espíritu hasta alcanzar la estrella que su intuición adivinaba.

* * *

Pasteur, inteligencia, alma, carácter de excepción, era hijo de obreros por el lado paterno, de campesinos por el lado materno. Nació, en el año 1822, bajo pobre techo.

¡Qué consolador es para la juventud humilde ver este árbol genealógico obscuro, que durante generaciones y generaciones ostenta en sus ramas labriegos y labriegos, rematar bruscamente en una flor maravillosa!

Al ayer obscuro, puede suceder un mañana luminoso. Del joven depende que esas sombras se truequen en sol radiante.

El bisabuelo era siervo, el biznieto fué magnate ante el cual doblaron la cabeza con respeto y veneración los grandes magnates de la tierra. Napoleón III, en todo el esplendor de su poderío, se honró con darle hospitalidad en el Castillo de Compiègne; las reinas de Dinamarca y de Grecia lo cortejaban, el Kronprinz de Alemania, el hijo del vencedor de Sedán, faltando a todo protocolo, se avanzaba hacia él con las manos extendidas antes de serle presentado; un financista, en una enfermedad de Pasteur, le llevó las llaves de su principesca residencia de Bordighera, en el Mediterráneo, para que en ella pasara el invierno.

Pero Séneca lo había dicho: «no hay rey que no sea hijo de esclavo, no hay esclavo que no sea hijo de rey».

El siervo del siglo XVIII tuvo por hijo al rey espiritual del siglo XIX.

Dignos de mencionarse son los antecedentes familiares inmediatos de Pasteur.

Su padre, huérfano a tierna edad, fué soldado de Napoleón e hizo la guerra de España, la campaña de Francia y volvió condecorado a su oficio de obrero curtidor. Era trabajador paciente, de costumbres puritanas, de espíritu lento y reflexivo, taciturno, inclinado a la melancolía. Su madre, hija de jardineros, era muy laboriosa, pero viva, entusiasta, de imaginación fácil.

Estos caracteres desemejantes, unidos por un mismo fondo de pureza moral y de esfuerzo, formaron un hogar feliz y marcaron honda huella en el hijo predilecto.

Pasteur, en plena gloria, cuando se colocó una placa conmemorativa en su casa natal, dijo, en su discurso de agradecimiento:

«¡Oh! padre mío. ¡Oh! madre mía. ¡Oh! mis queridos desaparecidos, que habéis vivido tan modestamente en esta pequeña casa, a vosotros os debo todo. Tus entusiasmos, valiente madre mía, los habéis hecho pasar a mí. Y tú, querido padre mío, cuya vida fué tan ruda como tu rudo oficio, tú me has mostrado lo que puede hacer la paciencia en los largos esfuerzos. A tí te debo la tenacidad en el trabajo cotidiano. No solamente tú tenías las cualidades perseverantes que

hacen las vidas útiles, pero tú tenías también la admiración de los grandes hombres y de las grandes cosas. Mirar hacia arriba, ir más allá, tratar de levantarse siempre, hé aquí lo que tú me has enseñado. Sed bendecidos uno y otro mis queridos padres, por lo que habéis sido, y dejadme presentaros el homenaje que recibe hoy esta casa.»

Esta oración, dicha en plena plaza pública, ante millares de personas es una especie de autoretrato. Aparece en ella bien claro uno de los rasgos que mencionaba en la personalidad de Pasteur, cualidad que apreciaba más que ninguna otra, porque a ella atribuía la mayoría de sus éxitos: la voluntad. Y nos muestra la sensibilidad exquisita, el cariño filial, el amor a los lares, que para él fué una religión. En este mismo discurso, encontramos la frase siguiente: «El amor de la ciencia y el culto del hogar, hé aquí las dos grandes cosas que han sido a la vez la pasión y el encanto de mi vida».

Pero este hogar feliz vivió siempre en la escasez, con grandes dificultades para proveer a las necesidades más premiosas, y la educación de Pasteur se hizo con sacrificios sin número,

Y así son los hogares de muchos hombres ilustres y serán tal vez los hogares de muchos estudiantes que me escuchan: que no renieguen de la pobreza, que no se rebelen contra la adversidad; cuando se presentan en la primavera de la vida, la pobreza es santa y la adversidad es bendita.

Es un fenómeno curioso, en efecto, que el hombre, que la planta humana necesite a veces como el quisco o el espino para crecer, florecer y fructificar, un suelo duro, una tierra pobre, necesita ser azotada por el viento, necesita conocer el vendaval.

A medida que seguimos a Pasteur, cada nuevo paso nos hace detenernos, porque en cada paso aparece una enseñanza.

Pasteur fué alumno regular, casi mediocre, en todo caso no fué brillante. Esto sorprenderá; pero es explicable. En el período de colegio y aun de Universidad se aprecia sobremanera la memoria, y para calificar al alumno, no se juzga ni del raciocinio, ni de la imaginación, ni del equilibrio de las facultades mentales, etc.,... para ser alumno brillante, basta saber de corrido lo que está escrito en el libro, y para ello la memoria basta.

A pesar de no ser joven brillante, luego fué distinguido por su carácter serio y trabajador y nombrado, después de su bachillerato, inspector, repetidor. Iba a ganar 300 francos anuales, además de su alojamiento y mantención. Inmediatamente escribía a su casa ofreciendo hacerse cargo de la educación de una de sus hermanas, a quienes aconsejaba como un abuelo. No tenía 18 años cuando les escribía:

«Es mucho, hermanas mías, querer, porque la acción, el trabajo, obedecen a la voluntad, y casi siempre el trabajo tiene por compañero al éxito. Estas tres cosas: la voluntad, el trabajo, el éxito, se reparten la existencia humana. La voluntad abre la puerta a las carreras brillantes y felices, el trabajo la franquea y una vez llegado al término del viaje, el éxito viene a coronar la obra.»

Tal frase merece ser escrita en la primera página de todo libro de estudio: «la voluntad abre la puerta, el trabajo la franquea y el tiempo trae el éxito.»

Esta idea, adquirida a tan temprana edad, vuelve como un leit-motiv en todos sus escritos.

En esta época hay un incidente en la vida de Pasteur que proyecta viva luz sobre su carácter sentimental.

Fué enviado a París a continuar sus estudios; a pesar de su deseo, de su pasión por el estudio, la pena de estar separado de los suyos era más fuerte que todos sus raciocinios, «cuando todo dormía en la pensión y ningún compañero podía verlo u oírlo, repetía en la noche, en sus insomnios, este verso:

¡Cómo la noche parece larga para el dolor que vela!

La nostalgia, la enfermedad del país lo invadía: «si pudiera respirar el olor de la curtiduría, decía a un amigo, siento que me curaría». El Director de la pensión comunicó a la familia la tristeza constante de su nuevo pupilo, que amenazaba cambiarse en enfermedad. Un día se avisó al joven pensionista que una visita lo esperaba en un café vecino. Un hombre estaba sentado, la frente escondida en las manos, perdido en sus pensamientos. Era su padre. «Vengo a buscarte, le dijo». No hubo más explicaciones. La pena mutua se comprendía (1).

Sólo algunos años después pudo Pasteur tener el valor suficiente para soportar la ausencia de los suyos. En el segundo viaje entró a la Escuela Normal.

Esa sensibilidad tan exquisita, ese cariño filial, fraternal, ese cariño ciego al país, revelaban ya un fondo de bondad inagotable.

Esta sensibilidad no la perdió con los años y conservó intacto su corazón de niño, y tal vez por eso tuvo para los niños una predilección marcada.

Durante sus estudios de la rabia, cuidaba de mano paternal a los chicos; «cuando me acerco a un niño, decía, me inspira dos sentimientos: el de ternura por el presente, el de respeto por lo que puede ser un día».

Tenía siempre en un cajón de su escritorio una provisión de caramelos y de monedas nuevas, brillantes. Una niñita que atendió largo tiempo de una mordedura de perro rabioso, se entretuvo en perforar las monedas recibidas día a día y cuando fué dada de alta se hizo con ellas un collar y corrió a abrazar al grande hombre como lo hubiera hecho con su abuelo (2).

La tentativa de experimentar en el hombre la vacuna anti-rábica le procuró crueles angustias. La noche de la primera inyección no durmió; lejos de su laboratorio, no teniendo a la vista las experiencias que le daban la certidumbre del éxito, dudaba y volvía como una obsesión la idea de que el niño iba a morir. Mientras duró este primer ensayo, no conoció la paz. Su mujer escribía: «mis queridos hijos, otra mala noche para su padre. No se acostumbra a la idea de que está experimentando en un niño. Y sin embargo, hay que hacerlo». Algunos días después, escribe Pasteur, iluminado, a su hijo: «muy buenas noticias del chiquitín

(1) Vallery—Radot.

(2) Vallery—Radot.

mordido. Espero, pues, con confianza el momento de hacer conclusiones. Mañana hace 31 días que fué mordido». El niño se salvó. Era el primer caso de curación de la rabia.

Entre los numerosos enfermos que acudían de Francia, de Inglaterra, hasta de Rusia, a consultar a Pasteur, llegó una niña que había sido mordida hacía cerca de un mes. Se estimó el caso perdido; pero se la sometió al tratamiento pasteuriano. La enfermedad estalló, a pesar de ello. Cuando se acercaba el fin de la pobrecita, Pasteur pasó todo el día en casa de la modesta familia. Sentado en la cabecera de la cama, no podía dejarla. La enfermita, entre dos espasmos, le tomaba la mano. Murió. «Hubiera deseado tanto salvar a esta chica», murmuró Pasteur, dirigiéndose a la madre, y al salir a la calle, estalló en sollozos.

Pasteur era muy sensible al sufrimiento, donde lo viera; y, así, exigió que los conejos y perros fueran cloroformados antes de ser sometidos a operaciones experimentales.

Esta sensibilidad era sensibilidad de buena ley, no era emoción enfermiza; era la manifestación de su pureza de alma y de su delicadeza de corazón.

Esta sensibilidad exquisita es atributo de la bondad. El cariño instintivo a los demás, el cariño extendido del círculo de la familia a los amigos, a los conocidos, a los desconocidos, a la humanidad; que hace gozar con la alegría, sufrir con el dolor ajeno, que hace llorar con el que llora, se encuentra sólo en el alma del bueno, que como la cuerda del arpa, está siempre tensa, pronta a vibrar a la menor brisa.

Y este cariño extendido a los hombres y a las cosas se acompaña forzosamente de un olvido de sí mismo. El interés personal pasa a ser algo secundario, a ocupar un segundo plano en la vida, y luego, al poco andar, se olvida. Se vive con los demás y para los demás. Pasteur estaba poseído de un desinterés absoluto,

Un día, Napoleón III, maravillado de los resultados prácticos obtenidos por los estudios de Pasteur sobre los vinos, que reportaban a los viñateros varias decenas de millones de francos al año, le insinuó la conveniencia de hacerse pagar este servicio. Pasteur contestó al soberano:

«En Francia, los sabios creerían desmerecer obrando así.»

Otra anécdota.

Después del desastre del 70, la administración de Francia, como es fácil comprender, quedó desorganizada, y sus finanzas, en bancarrota.

Pasteur, que vivía de su escaso sueldo de profesor, estaba en una situación crítica; sus investigaciones iban a tener que suspenderse. Entonces recibe una ventajosa propuesta de una Universidad italiana. Se le ofrece una Cátedra de Química en Pisa; facilidades de trabajo, ambiente de paz y de cordialidad; nada faltaría. Su primer impulso fué rechazar el ofrecimiento; pensaba sólo en su país vendido; no podía abandonarlo.

Empero, por muy respetables que fueran sus escrúpulos, ¿no era comprender mejor los intereses de su patria ir lejos a sembrar en tierra extraña el pensamiento francés, y nó asistir impotente a su desastre? Estaba indeciso. Para inclinarlo a

una aceptación, la Universidad de Pisa le prometió ventajas personales, un sueldo de excepción.

Pasteur, entonces, ya no dudó; resolvió quedarse en Francia, y le contestó al Profesor Chiozza: «Creería cometer un crimen y merecería la pena de los desertores si fuera a buscar lejos de mi patria una posición material mejor que la que ella me puede ofrecer».

Este desinterés, este olvido de sí mismo, lo llevó hasta el heroísmo, como lo veremos más adelante.

Cuando quiso iniciar el estudio de la fiebre amarilla, se le habló del peligro del contagio. «¡Qué importa, contestó Pasteur, la vida en medio del peligro es la verdadera vida, es la gran vida, es la vida del sacrificio, es la vida del ejemplo, es la vida que fecunda».

Si el hombre bueno desea y trabaja por el bien de los demás, también, lógica consecuencia de lo anterior, sobreestima el mérito ajeno, y desestima, olvida el mérito propio. Por eso la modestia es otro atributo de la bondad.

El orgulloso, el vanidoso, al contrario, se coloca secretamente en un pedestal, y desde toda la altura de su fuero interno, desprecia a sus semejantes e ignora la benevolencia y la justicia.

Pasteur era modesto. No conocía la vanidad, que así como la maleza, crece en las mejores tierras, suele brotar en los espíritus más sanos.

Hablaba de su obra con gran modestia. «Es por un trabajo asiduo, decía, *sin otro dón particular* que el de la perseverancia en el esfuerzo, junto tal vez al atractivo de todo lo que es grande y bello, como he conseguido el éxito en mis investigaciones».

En un Congreso Internacional, en Londres, al entrar Pasteur, reconocido por la asistencia, estalló una larga ovación, mientras se dirigía a su asiento.

Se inclinó hacia su hijo que lo acompañaba, y le dijo: «Es, sin duda, el Príncipe de Gales que llega; deberíamos habernos venido antes». «Si es a Ud. a quien todo el mundo aclama», repuso con una sonrisa Sir James Paget, el presidente del Congreso.

Esa misma noche le escribía a su mujer. «Estaba bien orgulloso interiormente; no por mí; tú sabes lo que soy ante los triunfos, sino por mi país... mi hijo y mi yerno estaban en la sala. Juzgarás de su emoción».

Se le nombra para el puesto altamente honroso y muy codiciado de Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias. Antes de aceptar, visita al ilustre químico Berthelot, y le dice: «Estas altas funciones le corresponden más a Ud. que a mí.»

Y Pasteur conservaba esta humildad cristiana cuando se veía glorificado en vida, cuando llegaba él mismo a rebelarse ante las manifestaciones de que era objeto. Así, decía en una fiesta en su honor: «Permitidme que proteste contra este exceso de gloria. Al acordarme un homenaje que sólo se rinde a los muertos ilustres, se adelantan Uds. demasiado ligero al juicio de la posteridad.»

Este homenaje se le rendía con justicia; se hacía justicia a una serie ininterrumpida de trabajos de consecuencias incalculables para la riqueza pública, para la salud pública; en una palabra, para la humanidad.

Un sabio inglés estimaba que los beneficios recibidos por la industria y la agricultura en Francia eran superiores a la indemnización de guerra de 5 mil millones pagados por ésta a Alemania.

En cuanto a la influencia que tuvo Pasteur sobre la vida humana, también es incalculable. Hay que pensar que sólo después de Pasteur existe la Cirugía y la Higiene, ciencias empíricas que, antes de él, sembraban la muerte por doquiera.

No es mi ánimo entrar al estudio de su obra científica. El tiempo de una conferencia no me permite abordar este vasto tema por ahora.

Recordaré sólo el informe magistral de Paul Bert, presentado a la Cámara de Diputados de Francia cuando el Gobierno solicitó de ésta una recompensa nacional para Pasteur.

«Así, señores, concluye el relator en su primer informe, los descubrimientos de Pasteur, después de haber iluminado de una luz nueva la oscura cuestión de las fermentaciones y del modo de aparición de los seres microscópicos, han revolucionado ciertas ramas de la industria, de la agricultura, de la patología. Se queda uno maravillado al ver que tantos resultados, y tan diversos, proceden de un encañamiento de hechos seguidos, paso a paso, donde nada se ha dejado a la hipótesis, de estudios teóricos sobre la manera cómo el ácido tártrico desvía la luz polarizada.»

Pocos años después, la opinión pública imponía al parlamento una segunda recompensa nacional para el sabio.

De nuevo el diputado Paul Bert es nombrado relator. Exponía en este segundo informe que «una nueva serie de descubrimientos no menos maravillosos desde el punto de vista teórico, y más importante aún desde el punto de vista práctico, había venido a llenar de sorpresa y de admiración al mundo científico. Recapitulados estos trabajos, pueden, decía, ser clasificadas en tres series, y constituyen tres grandes descubrimientos:

«El primero puede ser formulado así: cada fermentación es el producto del desarrollo de un microbio especial.

«El segundo: cada enfermedad infecciosa es producida por el desarrollo de un microbio especial en el organismo.

«El tercero: el microbio de una enfermedad infecciosa, cultivado en ciertas condiciones determinadas, es atenuado en su actividad nociva; de virus, se ha cambiado en vacuna.»

«Como consecuencia práctica del primer descubrimiento, Pasteur ha dado las reglas de fabricación del vinagre y de la cerveza; ha mostrado cómo se puede preservar el vino y la cerveza contra las fermentaciones secundarias que las echan a perder y se oponen a su conservación y a su transporte.

«Como consecuencia práctica de la segunda, Pasteur ha dado las reglas para poner los rebaños al abrigo de la picada y los gusanos de seda al abrigo de las epidemias que habían arruinado la industria de la sedería. Los cirujanos.

por otra parte, han llegado, tomando como guía esta segunda fórmula, a hacer desaparecer la erisipela, las infecciones purulentas que antes provocaban la muerte de casi todos los operados.

«Como consecuencias prácticas de la tercera, ha dado reglas para preservar los caballos, los vacunos, los corderos, de la enfermedad carbunclosa que mata cada año en Francia por valor de una veintena de millones de francos. Los porcinos serán resguardados del rouget que los diezma; las aves, del cólera que las concluye. Todo hace esperar que la rabia sea dominada.»

La ley fué votada por la Cámara de Diputados y el Senado por unanimidad, y elevaba la pensión de Pasteur de 12 mil francos a 25 mil francos anuales.

Pasteur supo la noticia al leer el diario, en la mañana.

* * *

Estos homenajes, este limbo de gloria, estas rosas, iban acompañadas de espinas.

Desde que Pasteur reveló su nombre al mundo científico por sus trabajos, cada vez más originales y atrevidos, encontró adversarios, rivales, enemigos que lo acompañaron durante toda su vida como la jauría acompaña desde lejos al ciervo que, veloz, se pierde en la espesura del bosque.

Esta faz de la vida del sabio es doblemente interesante porque, por un lado, nos descubre la pequeñez, la ineptia, la envidia humana que existe latente en toda sociedad, y, por otro, nos descubre la personalidad de Pasteur bajo un aspecto que no sospechábamos.

Se creerá que Pasteur era un hombre manso, pacífico, que sufría el ataque con resignación. Profundo error. Era, al contrario, un hombre impulsivo, combativo, agresivo. Cuando se desconocía la verdad que él mostraba bajo una luz meridiana; cuando se discutía, ignorando lo que se hablaba, cuando se discutía de mala fe, entonces, se transformaba, aparecía el luchador, saltaba a la arena y atacaba con denuedo.

Veámoslo.

En una sesión de la Academia de Ciencias en que dos graves académicos prolongaban un debate a porfía, sin traer a discusión ningún argumento serio y sólo palabras, Pasteur los interrumpió brutalmente: «lo que le falta a Ud., señor Fremy, es saber observar, y a Ud., señor Trecul, saber raciocinar.» En una sesión de la Academia de Medicina, terminó una discusión con el Dr. Guérin con estas palabras: «estamos solos, en presencia el uno del otro, en este debate; veremos cuál de los dos quedará herido y maltrecho en la lucha.»

Ridiculizó tanto ciertos procedimientos operatorios del Dr. Guérin, que éste, exasperado, dejando su asiento, se precipitó sobre Pasteur. La sesión se levantó en medio del tumulto. «Un día, ha escrito su discípulo el Dr. Roux, en una discusión sobre la fiebre puerperal en la Academia de Medicina, uno de los facultativos más eminentes de la época disertaba elocuentemente sobre las causas de las epidemias en las maternidades. Pasteur se impacientó y le interrumpió con

brusquedad: «lo que causa la epidemia no es nada de todo eso. Es el médico y su personal, que transportan el microbio de una mujer enferma a otra mujer sana.» Y como el orador contestara que mucho temía que no se encontrase jamás ese microbio, Pasteur se levantó, se dirigió de carrera hacia la pizarra y dibujó la cadeneta del estreptococcus: «aquí tenéis su figura». Y Pasteur decía la verdad; había dibujado el causante de la muerte de millares y millares de madres, que, efectivamente, el cirujano llevaba de una mujer a otra.

Pero, pasado el momento álgido del debate, volvía la tranquilidad a su espíritu, aun se arrepentía de sus impetuosidades... esta acritud nada tenía de personal; se dirigía a las ideas, nó a las personas.

Tal vez era la pasión del cruzado: nó contra el moro, sino por la cruz.

Pasteur, inflexible, caminaba y hacía siempre más luz; pero, a cada paso, chocaba con obstinados, comparables a extravagantes que cerraran en pleno día ventanas y cortinas y dijeran: «¡No ve que es de noche!» (1).

El Profesor Peter de la Facultad de Medicina decía, hablando del mundo de los microbios: «Son curiosidades de historia natural, interesantes, seguramente; pero de poco provecho para la Medicina y que no valen ni el tiempo que se pierde en ellos ni el ruido que se hace. Nada ha cambiado en Medicina; hay algunos microbios más» ¿qué importa al mundo un microbio más?

Pasteur desistió de ir a la Academia de Medicina; estaba enfermo y cansado de tanta lucha incesante y estéril. Se retiró a pasar el invierno a Bordighera en la Costa Azul. Llegaba hasta él el eco de las discusiones que se prolongaban en la Academia de Medicina. Todas las mañanas quería volverse a París a responder a los ataques. Recibía cartas anónimas, artículos injuriosos; todo lo que puede inventar la envidia y la calumnia y que los latinos han tenido razón de confundir en una sola palabra. Aprendió a conocer la vil faz de la naturaleza humana; «no creía que tuviera tantos enemigos», dijo un día con tristeza este benefactor de los hombres (1).

Parece incomprensible todo esto..., empero, tiene una explicación y una explicación muy humana: Pasteur fué un revolucionario; sacudió e hizo trizas el viejo edificio dogmático de la Medicina empírica, y levantó desde sus cimientos una nueva, una verdadera ciencia. ¿Cuántos intereses lesionados, cuántas ambiciones frustradas, cuántas emulaciones despertadas?

El sabio que, satisfecho, contento, solemne, había cerrado los libros y se había sentado encima de ellos, no perdonaba que se le molestara y se le obligara a abrir de nuevo los libros, a estudiar de nuevo, a borrar como falso lo que él creía verdad y a inscribir como cierto lo que para él era una fantasía, una fantasmagoría.

Hay muchos profesionales del saber que paran su reloj y ya no cuentan las horas del progreso (2).

(1) Vallery-Radot.

(2) Claude-Bernard.

¡La ciencia se había detenido en ellos; la ciencia era ellos; ellos la representaban en esta tierra!

¡Cómo van a perdonar a Pasteur que les dice: la ciencia se ríe de Uds.; mientras Uds. duermen, ella vuela...; Uds. son simples fetiches de un altar vacío.»

«En todas partes existen parásitos científicos, dice Claude Bernard, impotentes para crear nada por ellos mismos, y que se pegan al trabajo de los demás para atacarlos y para tratar así de llamar la atención.»

El que ha pasado su vida amarrado a una boya no se conforma que los demás no sean también pontones. El que se ha movido sólo a remolque no comprende que otros se muevan por fuerza propia. El pontón que inerte se cubre de musgo y de conchas, no perdona al transatlántico que airoso pasa a su lado, sin verlo, en demanda de la alta mar. Lo mira al principio con antipatía, y después, con odio.

En todas partes hay seres que no soportan que el mismo hombre sea siempre justo y feliz...

En nuestro pequeño mundo, todos nosotros nos sorprendemos, cada cual en su esfera, al descubrir oposiciones, enemistades, antipatías inmotivadas. Es que, en pequeño, al avanzar, despertamos lo que despertó, en proporción de su altura y de su potencia, Pasteur.

Mientras mayor es el barco y mayor su velocidad, tanto mayor es la ola que se encabrita en su proa.

Contra Pasteur se levantaron todos los fetiches, todos los pontones, todos los parásitos científicos de Francia.

Sí, sí; Pasteur es el tema humano por excelencia.

«¡De cuántos incidentes fútiles, de luchas estériles, de miserias está atravesada la vida de un grande hombre! Más tarde, no se ve sino la gloria, la apoteosis y las estatuas de la vía pública. Parece que estos semidioses hubieran avanzado como en una avenida triunfal hacia la posteridad reconocida» (1).

* * *

He hablado repetidas veces en el curso de esta charla de la voluntad extraordinaria de Pasteur.

Voy a dar de ella un solo ejemplo. Cuando el Gobierno de Francia le encomendó el estudio de la epidemia que dieztaba la crianza de los gusanos de seda, contestó al Ministro: «Vuestra proposición me llena de ansiedad. Considerad, os ruego, que no he tomado nunca un gusano de seda en mis manos».

El Ministro insiste; Pasteur cede y se lanza resuelto a la lucha, abandona su familia y va solo al centro agrícola infectado de la región de Alais. Hacía pocas semanas que había iniciado sus estudios, cuando es llamado con urgencia de la casa paterna. Llega al pueblo natal tarde; su padre había muerto.

(1) Vallery-Radot,

Apenas repuesto del terrible golpe, se dirige taciturno, cabizbajo, al trabajo. Pasan algunas semanas; nuevo golpe. Muere su hija Camila. Pasteur abandona su laboratorio de Alais; parte como un rayo en busca del nido desolado; siente su alma destrozada..., seca sus ojos, echa la cabeza hacia atrás y bamboleante aún, vuelve solo al laboratorio de Alais a continuar los estudios de los gusanos de seda.

Pasan otras semanas. Nuevo golpe. Su mujer, que venía con el resto de la familia a acompañarlo en su destierro, le anuncia que su hija Cecilia se ha enfermado de fiebre tifoidea en la mitad del viaje. Pasteur, lleno el corazón de negros sentimientos, parte a juntarse con los suyos. Llega, y asiste impotente a la marcha de la terrible enfermedad. Su hija Cecilia muere en sus brazos de una hemorragia intestinal. Cuando entra de nuevo a su laboratorio de Alais, exclama: «El trabajo, ¡ah!, afortunadamente tenemos eso!, y escribe: «héme aquí absorbido de nuevo y por entero en mis estudios; sola distracción en tan grandes dolores».

Pasteur no abandonaba su investigación sobre la enfermedad de los gusanos de seda.

Pero parecía que la fatalidad se ponía por delante de él y le decía: «no pasas», y para ello lo hería una y otra vez en las fibras más delicadas de su alma. En pocos meses había arrebatado su padre a este hijo, modelo de ternura filial y sus hijos a este padre, modelo de ternura paternal.

Parecía que la naturaleza defendía con empeñamiento el secreto que no quería dejarse arrebatarse.

Pasteur iba a recibir un nuevo golpe. Una tarde vió su mente clara y cristalina obscurecerse; densas nubes obscurecieron su vista; sintió su lengua inerte no obedecer a la idea; sintió su mano derecha muerta, y Pasteur cayó fulminado por una hemorragia cerebral.

Vuelto a la vida, a los pocos días, desde su cama, dictaba una nota para la Academia de Ciencias sobre la enfermedad de los gusanos de seda. «Una noche que estaba cerca de él, escribía uno de sus discípulos, traté en vano de distraerlo de sus pensamientos; habiendo perdido la esperanza de disuadirlo, lo dejé desarrollar las nuevas ideas que deseaba hacer conocer, encontrando, no sin sorpresa, que tenía la forma nítida y precisa de todo lo que ha producido; escribí bajo su dictado, sin cambiar una palabra, una nota que leyó el ilustre químico J. B. Dumas en la Academia de Ciencias el 26 de Octubre de 1868; contenía la indicación de un procedimiento muy ingenioso para descubrir en los primeros ensayos los gusanos de seda predispuestos a la enfermedad».

Tres meses después de este ataque de apoplejía, Pasteur llegaba en camilla a Alais a continuar sus investigaciones sobre los gusanos de seda.

Pasteur demoró cinco años en llegar a la meta. Su voluntad venció al dolor, a la enfermedad y a la muerte.

Debe anotarse, de paso, que los trabajos más transcendentales de Pasteur, especialmente los referentes a las enfermedades de los hombres, son posteriores a su ataque de parálisis, sobrevenido cuando tenía 46 años.

Analicemos ahora la inteligencia de Pasteur. La inteligencia, esa visión cerebral que permite ver con los ojos del espíritu la realidad, es la resultante de un conjunto de cualidades. En Pasteur, este conjunto tiene cualidades contradictorias que parecen venir de los puntos opuestos del territorio intelectual.

Unir a una observación meticulosa de hechos ínfimos, aparentemente insignificantes, la imaginación potente, esa loca de la casa que gusta moverse en la irrealidad, unir a la atención sostenida el arranque impetuoso de la fantasía, unir el método, el orden, la disciplina del laboratorista a la indisciplina, al desorden que forzosamente acompaña a la inspiración del poeta, es unir el vuelo del águila que planea soberbia en el azul, dominando el espacio, con la laboriosidad de la hormiga, que va afanada entre las pequeñeces de la tierra.

Así es el espíritu de Pasteur; y ágil, rápido como el rayo, pasa del uno al otro polo, sin perder el equilibrio, sin perder el hilo conductor del pensamiento.

La observación, el raciocinio, el control experimental, he aquí los tres procesos fundamentales de su trabajo cerebral, hé aquí el ciclo que su espíritu recorre incesantemente, con febril actividad.

«Rassamblons des faits pour avoir des ideés», había dicho Buffon, y repetía siempre Pasteur; nacida la idea al contacto de la realidad observada, dejaba las alas libres a la imaginación, que concebía en lo alto la hipótesis; concebida la hipótesis, volvía inmediatamente a tocar tierra y comprobaba la efectividad o el error de su concepción. Inscrito, demostrado el nuevo hecho adivinado por la imaginación, partía de nuevo, alas desplegadas, en pleno sueño. Observación, adivinación, experimentación, son como tres peldaños que al continuarse uno en pos de otro, forman una escala que a semejanza de la escala de Jacob, lo hace llegar al cielo de lo desconocido.

«La ciencia vive, escribía Pasteur, de soluciones sucesivas de *por qué*es más y más sutiles, más y más cercanos a la esencia misma de los fenómenos».

Dos peldaños firmes en plena realidad, separados por un peldaño en el vacío de la fantasía. Este peldaño misterioso es el que permite elevarse. Con la observación y la experimentación solas, habría quedado a ras de la tierra; con la imaginación sola, habría escalado las nubes, habría hecho obra de poeta, pero nó de sabio.

Y cada una de estas tres fases del trabajo mental formaban para Pasteur un todo indisoluble, una cadena de tres eslabones que de nada servía si se rompía y se soltaba una argolla.

Al presentarse Pasteur como candidato a la Academia de Ciencias, el relator de la corporación escribía:

«Ha podido elevarse continuamente, con igual éxito, de la concepción teórica rica a la experimentación que demuestra, y de la demostración misma, a nuevas vistas especulativas; de manera que la inducción lógica y la observación material se sirven una en pos de otra, por un encadenamiento continuo de corolario y verificación.»

J. B. Dumas, uno de sus maestros, dirigía las siguientes palabras a la Aca-

demia de Ciencias, en la sesión dada en honor de Pasteur: «Tiene el equilibrio admirable de la inteligencia que observa, del genio que adivina y de la mano que ejecuta.»

Otra particularidad y muy importante del espíritu de este sabio es su poder de concentración del pensamiento, trátase de meditar o de observar, en un punto, en un tema dado.

Cumplía el axioma de la estrategia moderna, la concentración del fuego en un momento dado en un solo punto del campo de batalla.

«Cuando se batía contra el misterio del infinito, cuando creía entrever una luz en la noche de las cosas, cuando estaba sobre la pista de una verdad difícil de alcanzar, quedaba como aislado del mundo exterior; mientras estaba en esta especie de crisis, no hablaba, no existía para los suyos» (1).

A veces Madame Pasteur, bajaba de su departamento al laboratorio, en su ausencia, e interrogaba a sus alumnos: «¿qué otra novedad tenemos?... preguntaba ansiosa la mujer... porque hace un mes que no pronuncia palabra.»

«Tu padre, escribía ella misma a su hijo, siempre preocupado, habla poco, duerme poco, se levanta con el sol, en una palabra, continúa la vida que he empezado con él hace 35 años.»

«Su pensamiento, tenaz, porfiado, narra uno de los testigos de su vida, amigo y discípulo, el Dr. Roux, atacaba las dificultades y concluía por resolverlas, como la llama del soplete constantemente dirigida contra un cuerpo refractario concluye por fundirlo.»

Y Pasteur, a su vez, confesaba, al mirar con cariño el resultado de una investigación: «Es increíble tanta nitidez, tanta precisión ahora que está terminado, porque estos resultados tan simples me han hecho pasar muchas malas noches.»

Pero cuando el enigma estaba descifrado cuando Pasteur volvía con su espíritu en medio de los suyos, su boca contraída por la meditación tomaba una suavidad de niño, sus ojos absorbidos y perdidos se iluminaban de alegre bondad (1).

* * *

Pasteur descansaba su espíritu de la tensión sostenida a que lo obligaba la ciencia, en el solaz que procura la belleza, especialmente la belleza literaria. No comprendía a los sabios que hacían alarde de insensibilidad estética; «no por ser menos literatos son más sabios», pensaba con malicia.

Sin haber sido un profesional de las letras, por los trozos que han oído, habrán comprendido Uds. que había en él todo el paño del gran escritor. Profundidad del pensamiento, belleza de la forma. La frase concisa, cargada de idea se desenvuelve majestuosa y, sin embargo, ligera; elegante y, sin embargo, sobria.

No era tampoco insensible a las artes plásticas; pero no las cultivó. Nos ha dejado una bella colección de pasteles hechos en la juventud, una galería de sus queridos desaparecidos.

(1) Lumet.

Nos detendremos más en la filosofía de Pasteur.

Su filosofía era simple, sentimental; no era de esas filosofías sutiles y abstractas, tan sutiles y tan abstractas que a fuerza de sutileza y abstracción, se pierden en la neblina de la incomprensión.

Oigámoslo:

«Mi filosofía es toda del corazón y nada del espíritu, y me abandono, por ejemplo, a la que inspira estos sentimientos tan naturalmente eternos que uno siente a la cabecera del hijo que se ha querido y del cual se ve escapar el último soplo. En este momento supremo, hay algo en el fondo del alma que nos dice que el mundo podría bien no ser un puro conjunto de fenómenos propios de un equilibrio mecánico, un mundo salido del caos de los elementos por el simple efecto del juego gradual de las fuerzas de la materia. ¡Yo admiro a todos nuestros grandes filósofos! Tenemos, los hombres de ciencia, la experiencia que corrige y modifica sin cesar nuestras ideas y vemos constantemente que la naturaleza, en la menor de sus manifestaciones, está hecha de otra manera que la que habíamos presentado. Y ellos, los filósofos, que adivinan siempre, colocados como están detrás de ese velo tupido del principio y fin de todas las cosas, ¿cómo hacen, pues, para saber?...»

Y en otra ocasión, escribía:

«En cada uno de nosotros hay dos hombres: el sabio que hace tabla rasa, « que por la observación, la experimentación y el raciocinio quiere elevarse al « conocimiento de la naturaleza, y al lado, el hombre sensible, el hombre de « tradición, de fe o de duda, el hombre de sentimiento, el hombre que llora sus « hijos que ya no son, que no puede ¡ay! probar que los volverá a ver, pero « que lo cree y lo espera, que no quiere morir como muere un microbio... Los « dos dominios son distintos; y desgraciado el que pretende hacerlos coincidir, « en el estado imperfecto de nuestros conocimientos humanos.»

En su discurso de recepción en la Academia Francesa, vuelve a abordar el tema del más allá en una página que quedará como un trozo de literatura clásica. No resisto a la tentación de leerla. «¿No estará siempre en el destino del « hombre el de preguntarse que hay más allá? ¿Qué hay más allá? El espíritu « humano, empujado por una fuerza invencible, no cesará jamás de preguntár- « selo. ¿Qué hay más allá? ¿Cómo detenerse en el tiempo o en el espacio? Ya « que el punto en el cual el pensador se detiene posee un tamaño finito, más « grande sólo que todos los que lo han precedido, en cuanto principia a con- « siderarlo, vuelve implacable la pregunta, y sin que pueda ahogar el grito de « su curiosidad. Es inútil contestar: más allá son espacios, tiempos, tamaños sin « límite. Nadie comprende estas palabras. El que proclama la existencia del infinito, « y nadie se escapa de ello, acumula en esta afirmación más sobrenatural que el « que hay en todos los milagros de todas las religiones; porque la noción del « infinito tiene este doble carácter: de imponerse y ser incomprensible. Cuan- « do esta noción se apodera del espíritu, no hay más que inclinarse. Todavía, « en estos momentos de angustia profunda, hay que pedirle gracias a la razón;

« todos los resortes de la vida intelectual amenazan relajarse; se siente uno cerca de la sublime locura de Pascal. ¡La noción del infinito en el mundo! Veo en todas partes su expresión. Por ella, el sobrenatural está en el fondo de todos los corazones. La idea de Dios es una forma de la idea del infinito. Mientras el misterio del infinito pese sobre el pensamiento humano, templos serán elevados al culto del infinito. Que Dios se llame Brahma, Alláh, Jehová o Jesús. Y sobre el piso de esos templos, se verán hombres arrodillados, prosternados, anonadados en el pensamiento del infinito.»

* * *

He querido hacer revivir ante Uds. a este hombre extraordinario. Mi trabajo ha sido muy imperfecto, pero, a pesar de tanta imperfección, creo haber hecho una obra útil.

Es útil ver y sentir durante algunos instantes la vecindad de una mente genial y de un alma de excepción. Se vuelve de este contacto, es cierto, abatido, deprimido; pero, al mismo tiempo, nace de las profundidades de nuestro ser un soplo saludable de reacción, un impulso irresistible de elevarse, de perfeccionarse, de engrandecerse.

Quisiera que los estudiantes que me escuchan no olvidaran en sus estudios y después, en su vida, a este espíritu superior; quisiera que la nueva Escuela de Medicina de Concepción le diera su nombre a alguna sala, a algún anfiteatro, a algún laboratorio, y que el mármol con el nombre de Pasteur fuera como el sello del juramento que profesores y alumnos harán de inspirarse siempre en la huella luminosa dejada por el maestro a su paso por la tierra.

Quisiera decirles a los estudiantes de Medicina lo que les diría Pasteur, si estuviese entre nosotros: les diría lo que les dijo a otros estudiantes, que como Uds. lo admiraban: «Vivid, les diría, en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas». Pregúntalos: «¿qué he hecho por mi instrucción?» En seguida, a medida que avancéis: «¿qué he hecho por mi país?». Hasta el momento en que tengáis esa inmensa felicidad de pensar que habéis contribuido en algo al progreso y al bienestar de la humanidad, y cuando os acerquéis a la gran meta, debéis tener el derecho de deciros: «He hecho lo que he podido».

Leí la vida de Pasteur a la orilla del mar; cuando levantaba los ojos del libro, encontraba cierta similitud entre lo que mi espíritu meditaba y lo que mi vista abarcaba.

Las olas, que en incansable carrera azotaban la arena, ¿no eran, acaso, la expresión de aquella voluntad que, incansable, golpeaba y golpeaba a la puerta de lo ignoto?; la blanca espuma que se extendía rítmicamente sobre la playa, ¿no era el símbolo de aquella alma pura que, inagotable, derramaba bienes sobre la tierra?; aquellas rocas que se avanzaban, una tras otra, desgarrando la

ola pujante en su avance, me aparecían como esos espíritus torcidos que a cada paso que Pasteur avanzaba en el misterio, lo atacaban, lo vilipendiaban, lo calumniaban. Pero la ola pasaba y los dejaba ocultos bajo su magnífico manto.

Esa orgía de luz, esos mil reflejos brillantes, esa lluvia de plata que desparramaba el sol sobre el abismo oscuro de las aguas, se me figuraba la luminosidad solar con que inundó Pasteur el abismo de la vida orgánica, la obscuridad de la Medicina empírica de entonces.

Y en fin, ese horizonte infinito que como una línea separa el cielo del mar, no era más extenso que el horizonte científico infinito revelado por Pasteur a los hombres.

DR. CARLOS CHARLIN CORREA.

Algarrobo, 7 de Marzo de 1924.

Doctor Pablo Voivenel

El crepúsculo del espíritu

PSICOLOGÍA DE LA EDAD CRÍTICA

Traducido de una edición reciente del «Mercure de France», ofrecemos este interesante ensayo de Pablo Voivenel. En él, como en tantas páginas que nos llegan de Francia, podemos advertir que la labor de especialización científica no logra privar la manera expositiva de esa agradable claridad y ligereza a la cual va unida cierta ironía a veces un poco dolorosa.



PARA un médico, hablar de nuestra inteligencia y de nuestro carácter no significa mantenerse siempre en las alturas del espíritu y del sentimiento. Después de describir la flor, no teme él ensuciarse los dedos al estudiar las raíces. No admite que se pueda conocer la psicología de un hombre sin haberse enterado antes minuciosamente de su *constitución*, es decir, de su estado anatómico, y de su *temperamento*, es decir, de su funcionamiento fisiológico. El hombre es obeso y de respiración difícil como Hamlet, delgado y cetrino como Casio, congestionado como Oteló...: es la *constitución*; es rápido o lento en sus reacciones nutritivas, predispuesto a los espasmos o a las jaquecas...: es el *temperamento*. He aquí las raíces, he aquí el tronco, las flores y los frutos (digan lo que quieran los escritores y los que creen que las obras maestras están en el cielo humano como estrellas, sin contacto alguno con el suelo)... las flores y los frutos les deben su forma, su color y su pulpa...

...De tal manera estudiaré la parte de la curva humana objeto de este trabajo. Forma esta curva lo que llamo yo una *quebradura*.

La curva de nuestra vida, desde la infancia hasta la vejez, no es, en realidad, regular. Nuestro organismo físico y nuestro organismo moral no se desenvuelven sin golpes bruscos. Ciertos órganos sufren avances rápidos o involuciones repentinas que en poco tiempo modifican considerablemente nuestra personalidad: es la *quebradura de la pubertad*, es la *quebradura de la madurez*, de la *edad crepuscular*, acerca de la cual quiero extenderme. En este momento, es la modificación orgánica la que precede y ordena el cambio de la personalidad.

Entre los veinte y los treinta años, por el contrario, las decepciones, las desilusiones muy bruscas o repetidas alternan a veces hasta sus más profundas raíces todo nuestro psiquismo, nos llevan al desencanto y a menudo al suicidio: es lo que yo llamo la *segunda quebradura*.

La infancia, con su imaginación creadora y amplificadora, que multiplica los dioses en la naturaleza y personifica las cosas, se mueve en el bendito mundo de la ilusión; la juventud, con sus impulsos de generosidad y su fe deliciosa, penetra en la acción por los floridos senderos que hemos limpiado de todo obstáculo; la edad adulta muerde el fruto amargo del árbol de la ciencia y esculpe la poderosa y frágil contextura del hombre; la vejez, en que el cuerpo y el espíritu se secan, camina lentamente la última bajada.

Todos estos periodos de nuestra vida tienen, no sólo su psicología propia, sino también su anatomo-fisiología y su patología. Cualquiera sabe entre nosotros que cada edad tiene sus enfermedades y sus reacciones particulares. La formación y la constitución del sistema nervioso en el niño, el desenvolvimiento más rápido de las vías sensitivas con relación a las vías motoras, la precocidad de la aparición de zonas sensoriales en el cerebro ligadas al funcionamiento de la vista, del oído, etc..., la fragmentación funcional relativa a estas diversas zonas, todavía a insuficientemente asociadas, explican el predominio de las impresiones sensoriales, de la impulsividad, de la inestabilidad muscular, la tendencia fabuladora, la falta de síntesis psíquica.

Asimismo, la involución de la corteza cerebral en los ancianos y dementes puede explicar por qué se observa frecuentemente en ellos una sensibilidad conservada en forma admirable. Esta sensibilidad se halla en las *Reflexiones de un paseante solitario* de un Juan Jacobo Rousseau delirante y agotado, en las últimas poesías de Nietzsche, ya próximo a morir de parálisis general, en las postreras melodías de Schumann, que va a ser destrozado por los golpes del mismo mal.

La influencia anatómica y fisiológica se hace evidente, sobre todo, en la *quebradura de la pubertad* y en la *quebradura de la edad crítica*. Los más pequeños órganos,—no hablo aún de los de Voronoff—, tienen grande influencia sobre nuestra energía, nuestra imaginación y nuestra sensibilidad, a despecho de los más célebres filósofos oficiales, de aquéllos que saben emplear con la mayor elegancia esa jerga científica que nadie entiende. Que una pequeña glándula, de treinta o cuarenta centigramos de peso, ubicada en un repliegue óseo de la base del cráneo, la hipófisis, esté alterada, y he aquí el origen del gigantismo de esos gigantes tan grandes... y tan débiles que se exhiben en los circos. Que el *cuerpo tiroides*, esa glándula ubicada en la parte anterior del cuello, que suele originar las paperas, sea lesionado en una hermosa mujer, y adiós espíritu, coquetería, belleza y naturales homenajes masculinos; los tegumentos se espesan, la cara se alarga, la inteligencia se entorpece. Que otros órganos,—harto importantes—, hayan desaparecido, por desgracia, en el hombre, y las formas se redondearán y el carácter se afeminará y la voz tomará ese registro agudo—lo único agudo, por otra parte—, que se comprueba en los eunucos.

En una época no muy lejana aún, algunos cirujanos temerarios,—por no decir algo más fuerte—, no temían ovariotorizar mujeres jóvenes; pudo advertirse después de la supresión de las glándulas femeninas traía consigo desastrosas alteraciones del equilibrio físico y psíquico de las pacientes.

* * *

La pubertad que es como el polo positivo de la edad crítica, polo negativo que cierra el circuito; es provocada por la brusca expansión de los órganos que..., precisamente, se marchitarán con mayor o menor rapidez en el crepúsculo de nuestra vida. Tan rápida es esta modificación en el curso de una y otra quebradura, que los más débiles no llegan a soportarla sin males a veces harlo graves. La patología de uno y otro período es, en efecto, bastante extensa.

La graciosa pubertad, la primavera de la vida que los poetas han cantado, es el período en que, por excelencia, se revela la aptitud para la degeneración, con sus tendencias atormentadoras, sus impulsos, sus alternativas de excitación y depresión, sus periódicas crisis de delirio. La anatomía y la fisiología han puesto en evidencia las íntimas y numerosas relaciones de algunas glándulas especiales con todo el sistema nervioso raquídeo, simpático y cerebral (1); hay alrededor de ellas una nube de ganglios de conexiones variadas que explican su acción sobre la voluntad, sobre la inteligencia, sobre la imaginación, sin tomar en cuenta todas sus correlaciones con los demás órganos, la laringe particularmente, y su influencia sobre la química del organismo. Todo esto es también verdadero respecto de la edad crítica. Con el crecimiento, va haciéndose la diferenciación sexual. Los dos sexos, confundidos en el origen extremo de nuestra existencia individual, mal definidos durante la infancia,—nada hay más parecido que una niña y un niño—, modelan sus formas. Cambia la voz antes de afirmarse. La voz es, en efecto, una característica sexual secundaria de gran importancia en materias de amor. Teófilo Gautier se sentía extraordinariamente turbado por una voz de soprano, ¡y cuántas mujeres no se estremecen al oír la voz potente de los tenores! El olfato se afina... y he aquí una nueva característica sexual secundaria; los olores desempeñan un papel inconsciente en nuestra vida sentimental. ¿No se dice de alguien que «no puede ni sentirsele», no caracterizamos algunos perfumes como «olores turbadores», «olores penetrantes», no conocemos las relaciones de la sensualidad y del misticismo con nuestro sentido olfatorio, no sabemos de numerosas predilecciones históricas semejantes a la de Enrique IV, que sintió despertarse en él una violenta pasión por la hermosa Gabriela, porque durante un baile se había secado la frente con un pañuelo de la dama? Habría podido escribir todo un folletín del *Progreso Médico* sobre el olor de don Juan.

(1) Vinay: la Menopausia.

Sea como fuere, la verdad es que las modificaciones sexuales psíquicas siguen a las modificaciones orgánicas y corporales (1); la muchacha tórnase más reservada y púdica, tímida y coqueta a la vez, terca y tiernamente religiosa; entretanto, en el muchacho aparecen la necesidad de sacudir el yugo, los deseos de aventuras, los ensueños violentos, una verdadera actividad revolucionaria. Uno y otro experimentan deseos bruscos de soledad, que acentúan la inquietud que en los más sanos provoca el desenvolvimiento de una función fundamental. «Había en el fondo de su melancolía, dice Marcel Prévost de la Señorita Jaufre, mucho, del rencor de las vírgenes bíblicas llorando su mal». No insisto: los escritores se han complacido en describir esos exquisitos modelos de adolescentes: es *Querubín*, es *Fantasio*, es *René*, es *Querida* de los Goncourt, es *Rosa de los Bosques* en *Corazón Virginal* de Remy de Gourmont.

* * *

Estos dioses jóvenes avanzan en la vida con la radiante vestidura de sus ilusiones, creyentes de la abnegación, del altruismo, de la lealtad, ignorantes de que el recelo es, ¡ay!, la forma social de la sabiduría, juzgando por las apariencias las palabras y las acciones... y hé aquí que en el primer contacto con los hombres, lejos del círculo protector de la familia, la joven recién casada, el joven recién salido de las escuelas, sienten romperse todas sus creencias a los primeros golpes, ven realizarse una descristalización brusca que puede ser mortal y que lleva consigo tantos suicidios en el curso de esta cruel *segunda quebradura*. Es, en la vida, el suicida Carlos Demange, el suicida León Deubel, la suicida Juana Nérel; es Musset traicionado por Pagello; es Gleyre, pintando las *ilusiones perdidas* y rompiendo sus pinceles; es, en la literatura, Belerofonte que cae sobre la tierra; es el mito de Isis; es Icaro; es la señora Posdniacheff de la *sonata de Kreutzer*; es Ginette de la *Divina Canción*, que «está enferma de decepción, como otras mujeres están enfermas de languidez»; es Humberto Liauran de *Cruel Enigma*; es Juan de Fresnois del *Pasado Viviente*, y son tantos otros en tantos escritores. «Es nuestra común historia; de ordinario, esta caída viene mitificada por una serie de pequeñas y sucesivas decepciones, y el sueño de que volvemos no es, así, demasiado elevado». Conservamos por tiempo más o menos largo la desconfianza y el desencanto.

Después, la vida nos arrastra como guijarros, ablanda nuestras asperezas, nos obliga a repetidas renunciaciones, o bien nos hace pagar bien caras nuestras pretensiones de independencia. Es un Tratado de Versalles incesantemente ratificado y siempre discutido, entre la Ilusión y la Realidad, y cada uno camina con su dosis más o menos cargada de Bovarysimo.

* * *

Y hé aquí que, antes de entrar a la última vertiente, en la hora en que se domina el camino recorrido, cuando, en lo alto de la vida, un soplo ardiente infla

(1) A. Marro: la Puberté, 1901.

los pulmones todavía vigorosos y hace latir un corazón que parece armado del bronce del poeta; hé aquí que a la hora en que la carne está hastiada y en que se han leído todos los libros, cuando uno siente su personalidad henchida del jugo de la experiencia, su cuerpo robusto y su espíritu agudo... hé aquí que al fin de nuestro estío, o, cuando sobre nuestro paisaje caen ya los largos y suntuosos crepúsculos, el viento se levanta, hace entrechocar las ramas, arranca las hojas... nuestra carne de dioses caídos grita de nuevo su dolor y su inquietud. Es el *demonio del medio día* que pasa en el otoño que comienza.

¡Pobre rey de la Naturaleza!... Basta el objeto más pequeño para desencadenar las más violentas tempestades pasionales, para provocar las más tenaces melancolías...; basta la involución relativamente rápida de los órganos cuya eflorescencia había esculpido con tanta belleza la estatua de nuestra adolescencia... y esto, en uno y otro sexo, a pesar de que el hombre, galante siempre para con la mujer, haya querido reservarle... generosamente... los beneficios de la edad crítica.

Estos órganos regulan la presión sanguínea, excitan la nutrición, manteniendo elevado el coeficiente de oxidación orgánica, calman los nervios del corazón y, obran, en fin, sobre el funcionamiento de todas las otras glándulas cuyos jugos cumplen una importante misión. Entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y ocho años, sus células nobles activas, poco a poco vense invadidas por un tejido inferior, de *esclerosis*, que las estrangula... como si en un jardín, la yerba de las avenidas invadiera y ahogara las plantas cultivadas. Esta sofocación no se realiza sin ciertas reacciones de las células nobles, que, durante los primeros combates, no aceptando aún su derrota, se excitan y se multiplican; y así es como, junto a los fenómenos de depresión, encontramos fenómenos de excitación, junto a las astenias y neurastenias, crisis de cólera y de agitación, junto a las impotencias, accesos de erotismo más o menos violentos.

Cada uno hace crisis a su modo; es ésta precoz o tardía, corta o prolongada; pero todos padecen el golpe, los hombres más seguros de su calma y de su voluntad como las mujeres más nerviosas. Señalo rápidamente: los *desórdenes congestivos*: las ráfagas de calor, los sudores pasajeros, los zumbidos de oídos, las hinchazones articulares; los *desórdenes nerviosos*: la emotividad, la quisquillosidad, las ideas sombrías, las opresiones, las palpitaciones, las repentinas cóleras provocadas por nada y que a cada instante colocan al marido contra la mujer por una futesa; los *desórdenes nutritivos*: la disminución en la oxidación de los tejidos acarrea la sedimentación de grasas bajo la piel,—la grasa de los capones—, la desaparición lenta de la actividad sexual va borrando, finalmente, las diferencias morfológicas: las formas del señor vanse redondeando y la señora ve aparecer algún bello sobre los labios y el mentón.

...Desde el punto de vista psíquico, hay, esencialmente, un fondo de melancolía, donde pueden venir a injertarse los más diversos episodios psíquicos. Es la tristeza de los alejamientos en los andenes de las estaciones. Vamos viendo con mayor o menor nitidez el paisaje seco y talado ante nuestra vista, sin aquellos colores que nos entusiasmaron... Hemos perdido la confianza y la esperanza.

El espejo acusa hartó fielmente cómo va progresando nuestra decadencia, la escala — aquella escala de *Safo* en el libro inmortal de Daudet, — va indicando milímetro a milímetro, despiadadamente, el acortarse de nuestro aliento. Resplandece el pasado a la luz de la memoria con el esplendor de las pasiones que lamentamos y las sombras de las prolongadas ternuras. Cerrando los ojos, aun las tempestades, las lluvias, los vientos que azotaban nuestros fuertes rostros, se recuerdan con pena. Los más sabios, después de una última mirada, resisten el asalto de las tentaciones, aceptan la larga paz del Crepúsculo y saborean la serenidad de las Renunciaciones. Los más locos, aquéllos de quienes los janse-nistas decían estar abandonados de la gracia, y que no son sino las víctimas de su temperamento, vuelven el rostro al camino en que deberían entrar, y pretenden volver sobre los pasos de desvanecidas sensaciones, de las cuales no encuentran, ¡ay!, sino una caricatura. No hablo, por cierto, de aquéllos que no teniendo sino órganos digestivos, se entregan a la buena comida y viven entre un buen cocinero y una muchacha joven; ni de aquéllos que se dan a la esclerosis en una seca avaricia.

En unos y en otros observamos los fenómenos de depresión y de excitación, cuyas causas orgánico-psicológicas hemos dejado entrever.

Pablo Margueritte, en su hermoso libro *La Llama*, ha descrito admirablemente y tomándose por modelo, — me lo ha confesado en una de sus cartas, — la *melancolía* y la *abulia* de los cincuenta años, la ineptitud temporal de la imaginación, la imposibilidad de recurrir al dichoso trabajo que nos defiende de la angustia y que da un sentido a la vida.

« Yo querría, y no puedo. No obstante, hace algunos meses, mi cabeza era
« un emjambre en que zumbaban las ideas; notas, proyectos, mi gran novela
« sobre las muchedumbres obreras, cuyo plan me había trazado, y que espera,
« blanco legajo, bajo la cubierta de seda color naranja, que Gilberta ha ador-
« nado con bordaduras chinescas.

« ¿Trabajar? ¡oh, sí! ¿Puedo hacerlo, si veo cómo se acrecienta en mí esta
« sensación de lasitud indecible y sombría? ¿Para qué? Sí, ¿para qué? En esos
« momentos me siento angustiado, separado de ese magnético contacto con las
« cosas y los seres, una obsesión afiebrada me impone el periódico retorno de
« las mismas imágenes, de las mismas palabras, de las mismas ideas. Me siento
« desesperadamente solo, tan solo y tan perdido, en el centro del movimiento
« universal, que no logro advertir sino la pulsación de mis arterias y la per-
« cepción aguda de mi yo... ¡Cómo me irrita lo pequeño, lo pobre, lo incom-
« plete de todo lo que me rodea: la brasa del cigarro sobre el tapete de la
« mesa, esta mancha del papel, estos ruidos enervantes, el chirrido de la cerra-
« dura, el roce del cajón y la inmovilidad de mi Perseo de yeso sobre la biblio-
« teca! ¡Salir de este cuarto, en que los objetos demasiado conocidos me fasti-
« dian con su presencia tenaz! Quiero alejarme de ellos y huírlos. ¿Tendré el
« valor de moverme? Los brazos de mi sillón están unidos a los míos. ¿Y afue-
« ra? Me siento extraño a la multitud. Me exaspera la fealdad de ciertos pos-

« tros, el ir y venir de los trajines, tanta triste carne que tiene el color del barro; pienso en la tiranía de nuestras necesidades más viles, en la ronda de las enfermedades que nos acechan aun antes de la muerte.

« Vuelvo a entrar; saco de un estante algún volumen de Michelet o de Hugo. La vanidad de las frases más bellas me confunde; a estas palabras que comúnmente tienen tanto jugo y savia, pulpas luminosas, les hallo ahora un sabor a ceniza.

« Desde el fondo de esta agonía, impotentes deseos me agitan, y caigo de nuevo en este fango del spleen, para hundirme en él hasta asfixiarme. ¡Ah, dormir o morir por algunas semanas, algunos meses, un año!»

Si he hecho esta larga cita, es porque en ella está el diseño fiel de lo que los neurólogos llaman la astenia de la edad crítica.

Todo ha sido anotado: la lasitud, las obsesiones, la pesadez y el deseo de soledad, la idea de la muerte, el afearse de la visión del mundo, el agotamiento del entusiasmo creador, los deseos impotentes, la necesidad de huír o de acabarse, que explican tantas fugas de quincuagenarios y el deseo de los Huysmans y los d'Annunzio de encerrarse para siempre o por algunos meses en las tranquilas «ciudades de las lámparas»; es Shakespeare silencioso a los cuarenta y siete años y escondido en el campo; es Racine, hastiado de intrigas, que abandona definitivamente la literatura a los cincuenta y dos años,—ocho antes de morir,—que ha comprendido la vanidad de las más bellas frases y ya no sabe jugar con las palabras y los sentimientos, en los cuales no encuentra ahora sino un sabor a ceniza.

* * *

En otros, por el contrario, lo que predomina es la *excitación*; excitación cerebral o excitación sensual. El *demonio del medio día* del escritor conduce al hombre a la revuelta y a la destrucción. «Una fuerza enemiga, dice Pablo Bourget *l'œternus hostis*, lo saca de la línea en el camino en que debe perecer. Este vértigo extraño va de lo espiritual a lo temporal. Son, en la gran historia, Bonaparte en 1809, emprendiendo la guerra de España y su sobrino, cincuenta años más tarde, la de Italia. Son en otro orden, el Víctor Hugo de las *Hojas de Otoño* y el Lamartine de las *Armonías* tentados por la política. Usted sabe adónde los ha conducido. Son, todavía en otro orden de ideas, Lamennais y Lacordaire que fundan el *Porvenir* para terminar en la terrible encrucijada de 1833, donde los esperaba el Demonio del medio día para vencer a uno y ser vencido por el otro».

Pablo Bourget habría podido citar todavía a Jorge Sand, que se inicia en la política activa a los cuarenta y cuatro años, y que después, serenado, escribe sus historias de amor más delicadamente matizadas. No tenemos sino mirar en torno de nosotros; los ejemplos abundan... hé aquí a este hombre de apariencia serena y ponderada, que le arrebató su mujer a un amigo y, en tal forma ilusionado acerca de su juventud, inicia campañas electorales para las que nada pudo

prepararle y cuyo deplorable fin es él el único incapaz de presentir... hé aquí... pero, son tantos los ejemplos, que es mejor no excitar vuestra curiosidad...

* * *

LA EXCITACION SEXUAL.—El precedente ejemplo puede servir como transición, es frecuente en la edad crepuscular; tan frecuente en el hombre como en la mujer, facilitada aún por el envejecimiento contemporáneo de don Juan. En otra época, un acompañamiento poético o novelesco bastaba a las enamoradas. Eran, según los tiempos, Sandistas, Feulletistas, Sully Prudomistas, Coppénanias: «¡ah, los primeros besos a través del velillo!», Goncourtistas o Tolstónianas.

Hoy la vida es cara y el industrial y el hombre triunfante ocupan el primer puesto; y, a pesar del ferrocarril, del auto o del avión, nadie ha «triunfado» a los treinta años. Don Juan tiene a menudo la edad de la divina Bartet o de la incomparablemente joven Celimena Sorel. Ved, en el teatro, *Querido Maestro*, de Fernando Vanderem, *La Toma de Berg-op-Zoom*, *Enamorada*, *El Anciano*, etc...

Los hombres de letras prueban que la longevidad amorosa masculina está considerablemente extendida: Ibsen, volviendo a Noruega después de veintisiete años de ausencia, es objeto de la apasionada admiración de las muchachas; Gohete a los sesenta y cinco años hace feliz a la joven Mariana de Villemer. Chateaubriand, Víctor Hugo, después de los setenta años, abandonan a una dama por una muchachuela, y este último aún exasperaba a esta señora Hugo de segunda categoría, Julieta Drouet, engañándola con su antigua camarera, Blanca, la *Alba*, de sus apuntes de conquistas... Berlioz, a los sesenta años se enamora perdidamente de una mujer de veintiséis... Todos estos amores parecen haber dado cierto aire de renovación a su obra. Sin duda es porque, como Maeterlinck dice en *Peleas y Melisanda*:

« los ancianos tienen necesidad de tocar algunas veces con sus labios la frente
« de una mujer o de un niño para creer todavía en la frescura de la vida y alejar
« por un momento las amenazas de la muerte... »

A manos llenas pueden cogerse también los nombres de las enamoradas de edad: Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, Catalina de Rusia, Mme. du Defland, Mlle. de Lespinasse... tantas otras... Hoy día, cada subprefectura cuenta con sus Mme. de Tessancourt dotadas de sus pequeños Sergio de Lenz o de sus «Amantes», de los cuales Claudina ha hecho un tan notable estudio.

Ante estas últimas... juventudes prolongadas, se comprende la importancia que puede tener el erotismo en la edad crepuscular. En una novela, de fama en el extranjero, *la Edad Peligrosa* (que no fué escrita para señoritas gazmoñas), una novelista danesa, la señora Karin Michaëlis, pone al desnudo la psico-fisiología de una mujer que se refugia en una soledad huraña y se aleja de la sociedad para burlar la vejez... Ella, la irreproachable, sufre por no haber significado nad

- « A medida que se acerca al fin, percibe más dolorosamente la antinomia de
- « los dos deseos femeninos: deseo de dignidad moral y deseo del placer físico...
- « En una mujer de su temple, subraya Marcelo Prévost, que tradujo esta nove-
- « la, esta necesidad de dignidad moral es tanto más imperiosa cuanto es excesivo
- « el deseo con que la persiguen los hombres... La resistencia moral irá debilitán-
- « dose a medida que la amorosa insistencia masculina vaya haciéndose más rara
- « y menos activa. Cederá el día en que el deseo del hombre se aleje: en ese ins-
- « tante, la mujer más honesta, no siendo deseada ya, perderá tal vez, el sentido de
- « su dignidad hasta el extremo de lanzar un llamado desesperado a ese compañero
- « que se aleja de ella...»

Los *don Juanes* se exasperan, los de Warrens y los de Berny buscan un pequeño Rousseau o un Balzac ingenuo, jóvenes agradecidos que escribirán, como Balzac en *la Duquesa de Langeais*: «Sólo el último amor de una mujer puede satisfacer el primer amor de un hombre.»

A fe mía... puede ser verdad... Freud os dará las razones psicológicas...

Del lado de los hombres, es la época de los amores avasalladores que reducen a la esclavitud a los mismos reyes. Ahí tenemos a Luis XIV a los cuarenta y cinco años, desposando los cincuenta repiqueteados de una mujer, de quien un bufón enfermo (Scarron) había cogido, «como pudo», dice Julio Lemaître, la flor de la juventud; César, a los cincuenta y seis años, enamorado de la joven Cleopatra; el afecto extravagante de Enrique IV, que a los cincuenta y siete años se disfraza de palafrenero para acercarse a Carlota de Montmorrency, joven de dieciséis años; Luis I de Baviera, a quien Lola Montes deja verdaderamente alelado.

Los reyes de la inteligencia no quedan más al abrigo de estas locuras que los pobres reyes sin agregado alguno: Conocemos la historia del señor X..., del Instituto, y de la señora Z..., no menos célebre; la de tal vejete que repentinamente se siente preocupado por la última moda, coquetón como un joven principiante, ofreciendo el brazo ingenuamente a la joven a quien acaba de desposar; y aquellos que lloran... —¿cómo diré?— sobre Babilonia perdida, la influencia temerosa de ciertas mujeres, que por tener la sola, —pero apreciable virtud,— de despertar sus mitigados ardores, llevan de las narices a estos pobres reyes de la creación. Hay en esto un doloroso problema de psico-fisiología, que Miguel Corday ha abordado en uno de sus últimos libros: *los Fuegos del Poniente*. Su héroe, Faugeat, de cincuenta y ocho años, llegaba, dice el autor, «al término de ese lento, inexorable declinar en que el ardor masculino se extingue, en que sus recursos marchitos caen ya en un sopor del que nada ha de sacarlos»... ¡Cuidado cuando el hombre envejecido encuentra la última mujer, aquélla que Corday llama su *complementario*, la única que puede sacarle de ese sueño desesperante...!

Es el caso del escritor tal, que abandona una delicada compañía, una asociada de veinte años, por una insignificante secretaria; es este industrial, padre de tres hijos, que huye con su dactilógrafa; es la historia de A...; es ese senador normando que se suicida; es este comerciante que llena de pieles y de joyas a una

obrerilla de calzado; es este aristócrata que se deja ver en los lugares más frecuentados con una despreciable mujerona... es..., etc...

El hombre está ahora verdaderamente decerebrado y caído, pues nada hay más miserable que estos amores preseniles y seniles, cuya ignominia deberé ocultaros.

* * *

Los celos los atormentan, y mucho más, ya que este «monstruo de ojos lívidos que crea por sí mismo el alimento con que se nutre» (Shakespeare), halla ante sus miradas mucho alimento real. Son éstos los verdaderos celos de los sentidos, los que impulsan hacia el crimen a los Otelos desencadenados. Racine ha dado de ellos en su *Mitridates*, celoso de sus hijos a los cincuenta y siete años, un magnífico ejemplo.

« Todo está allí: el deseo tanto más furioso cuanto más anormal se siente y cuanto mejor comprende ese viejo apasionado que no podrá satisfacer sino muy pobremente a la joven que ama, y aun que puede frustrarse totalmente: de donde viene una especie de vergüenza que le impide hablar directamente de este amor que le consume... la falta de clarividencia... la continua tortura de la sospecha, y cuando la sospecha se transforma en certidumbre, los celos violentamente sanguinarios, por la rabia de sentir que lo que otro dará a la joven, él no podrá dárselo; y este pensamiento inevitable: «Si no soy yo quien la posee, que por lo menos no sea de ningún otro (1).»

Por fortuna no se llega al asesinato sino excepcionalmente. La mayor parte de las veces, las crisis de violencias son dominadas por el tirano femenino, como una máquina por su mecánico, y los pobres embobados se quedan en el fondo muy felices, creyendo en la veracidad de todas las cínicas historias que sabe urdir su indispensable «complementario».

Muchos ancianos enamorados no logran librarse del ridículo sino por la *Ternura*, esta ternura a que Enrique Baltaille consagró su última pieza de teatro. Corneille, enamorado toda su vida, lo estuvo particularmente a los cincuenta años. En estancias «absurdas y deliciosas», incita a la mujer preferida a amarle por su genio y a pesar de sus arrugas. Introduce viejos enamorados en *Sertorius*, en *Sophonisbe*, en *Pulchérie*, y, hallándose renovado por una encantadora ternura en su exaltación sentimental, escribe en *Psiquis* los más hermosos versos de amor de la lengua francesa (E. Faguet, J. Lemaître).

Del lado femenino, Mme. Récamier, a los cuarenta y cinco años, siéntese abandonada por el terrible Chateaubriand, a quien no la ha ligado sino una amistad platónica, y ve transformarse su amor en afecto.

(1) Julio Lemaître: Juan Racine, p. 234.

« Ya no vive más que para su amigo. Es la esclava de su genio, y también la esclava de sus caprichos, de sus dolores, de sus enfermedades, de su vejez. » (1)

El crepúsculo del corazón es la época de la *amistad amorosa*, que no se hace posible sino cuando el hombre ya no quiere... o no puede. Junto a la famosa novela epistolar, es preciso citar aquí las encantadoras cartas de Mme. du Deffand a Walpole.

* * *

La ternura llevada a lo sublime es el *misticismo*, que se observa con mucha más frecuencia en este ser de amor integral que es la mujer. Hablo aquí como médico y como filósofo; nada hay que yo venero tanto como el sentimiento religioso, « región donde no debe penetrarse sino con los pies desnudos, como los árabes en su mezquita » (R. de Gourmont). Las relaciones entre la sensualidad y el misticismo, sobre todo en la mujer, « poeta que cree en su propia poesía », son demasiado conocidas para olvidarlas.

El genio de las mujeres, se ha dicho, no es sino una transposición de su sentimiento amoroso, y basta leer los diarios de María Bashkirtseff y de María Lenéru para comprender que, en ellas, la gloria no es sino el suplefaltas del amor. Éste se comporta tan bien con todas las aventuras de la mujer, que Marta Borély, —autora de un interesante libro sobre el *Genio femenino francés*,—pudo decir que las más viriles, Semíramis, Cleopatra, las heroínas de la Fronda, son en este punto excesivamente femeninas. Mme. de Chevreuse, Mme. de Longueville, tantas otras... « dan al amor divino las últimas llamaradas de su corazón belicoso ». Tuve ocasión de conversar largamente con Marta Borély en casa de Juan de Gourmont, en la famosa casa literaria de la calle Saints-Pères, y la he oído desarrollar con infinito ingenio la espiritual frase de Remy de Gourmont, « la religión es la enfermería del amor ». « El corazón de la mujer, decía Marta Borély, es naturalmente religioso, y jamás deja de serlo... Todas las mujeres aman a Dios porque aman lo infinito... Tienen necesidad de creer; su religiosidad errante sólo busca un pretexto para fijarse. El amor está allí en los buenos años, pero, cuando él se aleja, ¿hacia dónde llevar ese corazón que ellas no tienen el valor de ocultar? El estoicismo viril de Ninón no podría servir de ejemplo. ¿Cuántas logran mirar la vejez y la muerte, (esta muerte que hace estremecerse a la condesa de Noailles), con tanta fortaleza de ánimo.

« La conversión es para aquéllas que no son epicúreas ni filósofas el asilo que se abre a los corazones ardientes que no saben vivir sin amar. Las hermosas arrepentidas, las Longueville, las Sablé, las Conti, las Vallière, encuentran entonces esa tranquilidad, esa dulzura amorosa que las pasiones terrenas jamás pudieron darles. Es, en verdad, el amor tal como ellas lo buscan, sin decepción, sin mancha, el amor divino, de que el amor terreno no fué sino frágil apariencia... »

(1) J. Lemaître: Chateaubriand, p. 317.

Puédense citar aún los ejemplos históricos de Mme. de la Sablière, que, «viendo su amor ultrajado, no dió sino un paso para ir de su amante al confesionario, y de la pasión a la santidad»; de Mme. de Montespan y de Luis XIV, que se separaron para refugiarse, ella, en San José, y para volverse a juntar entre dos retiros; de Mlle. de la Valliere, que en el tercer piso de la casa en que recibía a Su Majestad, tenía su celda de carmelita y su féretro.

* * *

Por fin, un momento llega en que el sentimiento percibido como categoría intelectual viene a ser comprendido con todo el genio que haría falta para sentirlo como un perfume (R. de Gourmont). Uno vuelve a vivir su vida. El entusiasmo ha terminado, pero, no esperando ya más, no ilusionándose más, se adquiere la serenidad. La sensualidad, no «derivada» ya en actos, llena de profunda poesía las obras excepcionales que tienen verdaderamente la calma impresionante de los largos crepúsculos. Tienen esa frescura exquisita de los últimos libros de Anatole France, el mismo que ha dicho en *la Vida en flor*: «La vejez es decadencia para los hombres y apoteosis para el genio».

A principios de Octubre iba yo todas las mañanas al Tribunal de Tolosa,—paraje poco poético—, a examinar ante el juez de instrucción un voluminoso proceso de estafa; mis ojos se extasiaban ante los hermosos castaños de la plaza Salin que cubrían el suelo de hojas muertas... En dos de ellos, y, coincidencia casi enterredora, los dos que habían sido más azotados por la memorable tempestad de 1921, habían abierto una decena de flores rodeadas de un collar de hojas cuyo verde suave delataba una sorprendente frescura. Su encantadora poesía se alzaba hacia el cielo de otoño sobre un suelo que mostraba, por encima de las heridas y de la agonía de las hojas, los numerosos frutos del árbol. Así se levantan también algunos libros por sobre la producción intelectual de sus autores. Las inquietudes, los dolores que van unidos a nuestros goces de juventud, han desaparecido.

« Si yo acuerdo, escribe Buffon en una página admirable, mis movimientos, mis « apetitos, mis deseos, a los solos impulsos de la sabia Naturaleza, ¿no soy tan « sabio y más feliz que vosotros? Y la visión del pasado, que tantos pesares causa a los viejos locos?, no me ofrece, por el contrario, los goces del recuerdo, agradables memorias, exquisitas imágenes que bien pueden trocarse por los objetos « de vuestro placer? Son muy dulces estas imágenes; son puras, y no llevan al « alma sino amables recuerdos.

Menester es ser jóvenes, en realidad, para escribir libros revolucionarios. *Manfred* fué escrito a los diecinueve años; *Werther*, a los veinticinco; *René*, a los treinta y cuatro, por aquél que siempre fué un niño grande; la *Danza ante el arca*, a los veinte años; *Rolla*, a los veintitrés.

Cervantes,

« Soldado-héroe; herido en una batalla, manco; enfermo desde la juventud; mal de salud con frecuencia; siempre torturado, y, sin embargo, de un temple poderoso, dice Suarès, y la fibra enérgica; trabajado con exceso y poco socorrido; cautivo en Algeria, esclavo en Túnez, con la cadena al pie y al cuello la cuerda, como en los relatos antiguos; pobre siempre, mal pagado y poco comprendido, confundido con la turba hasta que estuvo con un pie en el sepulcro; cargado de familia, y ésta muy poco inteligente, perseguido de la fortuna y atormentado por el aguijón del dolor; no obstante, no se queja, ni aun cuando está encolerizado.

No se queja porque ha escrito su obra maestra a los cincuenta y cinco años.

« Tiene el mundo, a esta edad, la misma idea que don Quijote: sabe que es perverso, engañoso, violento, irrisorio, grosero, brutal, inícuo y despiadado: y lo cree bueno o capaz de serlo; susceptible de dulzura y de respeto; hecho para la belleza, la caridad y la justicia (1).

Esta serenidad del crepúsculo del espíritu la encontráis en el Shakespeare de la *Tempestad*, en Jorge Sand después de su intromisión pasajera en la política, en el Maeterlinck del *Tesoro de los Humildes*, de la *Sabiduría y el Destino*, de la *Muerte*; en Vigny, torturado por un cáncer, que termina su carrera literaria en la tranquila belleza de su *Espíritu Puro*; en el Racine de algunos pasajes de *Ester*, en el Corneille de *Psiquis*, en las *Reflexiones de un paseante solitario*, que son como una pradera radiante en medio de un paisaje devastado por el delirio, en la *Pequeña Ciudad* y en las delicadas *Cartas a la Amazona* de mi ilustre amigo Remy de Gourmont; en el *Pastor melancólico* de un Ben Jonson, que ve vagar la poesía como una nube luminosa (Taine) por sobre su lecho de hidrópico moribundo. La imaginación que se conserva viva dora el pasado de una belleza tranquila que la acción no logra perturbar ya. Los más hermosos sueños son los sueños de los prisioneros, y el Genio es un «Transmutador real» (Florian-Parmentier). En su soledad crepuscular, los maestros del Pensamiento y de la Poesía llegan a comprender la vida en todas sus significaciones. En su serenidad, sus sensaciones conservan a menudo la más exquisita frescura. Es tal vez en una *Voz de la prisión*, escrita a los cincuenta y nueve años, donde Lamennais ha descrito más fielmente la acariciadora atmósfera bretona...

« El mar centelleaba bajo el sol; cada gota de agua reflejaba como una punta de diamante la luz blanca y pura que la pupila apenas soportaba. De la aldea abandonada, hombres, mujeres, niños, venían en multitud hacia las dunas, donde,

(1) A. Suarès: Cervantes, 1916.

«mezclado de tomillo, el clavel silvestre de flores moradas exhalaba el perfume del
«alelí..., etc...»

¡Qué viveza de sensaciones en este prisionero!

Vuelve a ver su estanque de Lachesnaie,—hasta el cual he llegado este otoño en peregrinación, para respirar la atmósfera en que vivió este gran hombre inquieto, —«padre mío, sentémonos sobre la yerba al borde del estanque, cerca de la vieja encina cuyas ramas colgantes rozan dulcemente la superficie de las aguas».

¡Cuántas veces he visto en mi estudio de neurólogo, donde se dejan oír penas y angustias, hombres envejecidos, amarrados a la pesada tarea, tender aún sus manos cansadas hacia la llama de los deseos... Con qué poesía, de una pureza clásica, se expresaba un neurasténico de sesenta años, cuya enfermedad había sido causada por el despojo de una heredad situada a orillas de un río y en la que él esperaba aguardar la noche de su vida... Este hombre modesto encontraba entonces los acenos de Lamennais: tan cierto es que la más grande poesía nace siempre del corazón.

* * *

La curva del ser humano es inevitable como el curso de un río. Ni los saltos de la juventud sobre las rocas, ni las tempestades que sacuden las aguas, ni los desbordamientos que consigo arrastran tanto fango, nada puede cambiar la ruta de la corriente.

Me he detenido en los últimos ribazos, en los valles melancólicos, bravíos a veces, del crepúsculo..., he aquí que se extiende la llanura de la vejez en que las aguas ya tranquilas reflejan el cielo en su espejo movedizo y también la actividad que se agita en las riberas...

Para los pobres hombres que toda vida buscaron la virtud del trabajo,—cualesquiera que sean las tormentas que hayan padecido,—el último día,—como el séptimo para el Señor,—no tendrá tarde, porque será santificado por ese mismo trabajo, y porque subsistirá en el océano de la vida eterna, como el río que desaparece se conserva en las aguas fecundas del mar.

PABLO VOIVENEL.

Manuel Magallanes Moure

Nueva Canción de Primavera



OR amarte di al olvido
la santa paz de mi huerto.
Mi amor ahora está muerto
y mi huerto está florido.

«Todo pasa, nada es eterno»,
la Primavera le dice al Invierno.

Florido mi huerto está,
todo de blanco y de rosa.
Mi alma quieta y silenciosa
por ti no suspira ya.

«Todo pasa, nada es eterno»,
la Primavera le dice al Invierno.

Florido está mi rincón
y en alegre sol bañado.
¿Y mi amor? Quedó enterrado
dentro de mi corazón.

«Todo pasa, nada es eterno»,
la Primavera le dice al Invierno.

Cae sobre ti el olvido
como el sol cae en mi huerto.
Señora: mi amor ha muerto
y mi huerto está florido.

«Todo pasa. nada es eterno»,
a la Primavera contesta el Invierno.

M. MAGALLANES MOURE

Pablo Neruda

El hondero entusiasta



AGO girar mis brazos como dos aspas locas
en la noche toda ella de metales azules.

Hacia donde las piedras no alcanzan y retornan.
Hacia donde los fuegos oscuros se confunden.

Al pie de las murallas que el viento inmenso abraza.
Corriendo hacia la muerte como un grito hacia el eco.

El lejano, hacia donde ya no hay más que la noche
y la ola del designio, y la cruz del anhelo.

Dan ganas de gemir el más largo sollozo,
de bruces frente al muro que azota el viento inmenso.

Pero quiero pisar más allá de esa huella;
pero quiero voltear esos astros de fuego;
lo que es mi vida y es más allá de mi vida,
eso de sombras duras, eso de nada, eso de lejos,
quiero alzarme en las últimas cadenas que me atén,
sobre este espanto erguido, en esta ola de vértigo,
y echo mis piedras trémulas hacia ese país negro,

solo, en la cima de los montes,
solo, como el primer muerto,
rodando enloquecido, presa del cielo oscuro
que mira inmensamente, como el mar en los puertos.

Aquí, la zona de mi corazón,
llena de llanto helado, mojada en sangres tibias.
Desde él, siento saltar las piedras que me anuncian.
En él baila el presagio del humo y la neblina.
Todo de sueños vastos caídos gota a gota.
Todo de furias y olas y mareas vencidas.
Ah, mi dolor, amigos, ya no es dolor de humano.
Ah, mi dolor, amigos, ya no cabe en mi vida.
Y en él cimbro las hondas que van volteando estrellas!
Y de él suben mis piedras en la noche enemiga!

Quiero abrir en los muros una puerta. Eso quiero.
Eso deseo. Clamo. Grito. Lloro. Deseo.
Soy el más doloroso y el más débil. Lo quiero.
El lejano, hacia donde ya no hay más que la noche.
Pero mis hondas giran. Estoy. Grito. Deseo.
Astro por astro, todos fugarán en astillas.
Mi fuerza en mi dolor, en la noche. Lo quiero.
He de abrir esa puerta. He de cruzarla. He de vencerla.
Han de llegar mis piedras. Grito. Lloro. Deseo.

Sufro, sufro y deseo. Deseo, sufro y canto.
Río de viejas vidas, mi voz salta y se pierde.
Tuerce y destuerce largos collares aterrados.
Se hincha como una vela en el viento celeste.
Rosario de la angustia, yo no soy quien lo reza.
Hilo desesperado, yo no soy quien lo tuerce.
El salto de la espada a pesar de los brazos.
El anuncio en estrellas de la noche que viene.
Yo soy; pero en mi voz la existencia que escondo.

El temporal de aullidos y lamentos y fiebres.
La dolorosa sed que hace próxima el agua.
La resaca invencible que me arrastra a la muerte.

Gira mi brazo entonces, y centellea mi alma.
Se trepan los temblores a la cruz de mis cejas.
¡Hé aquí mis brazos fieles! ¡Hé aquí mis manos ávidas!
¡Hé aquí la noche absorta! ¡Mi alma grita y desea!
¡Hé aquí los astros pálidos todos llenos de enigmas!
¡Hé aquí mi sed que aúlla sobre mi voz ya muerta!
¡Hé aquí los cauces locos que hacen girar mis hondas!
Las voces infinitas que preparan mi fuerza!
Y doblado en un nudo de anhelos infinitos,
en la infinita noche, suelto y suben mis piedras.

Más allá de esos muros, de esos límites, lejos.
Debo pasar las rayas de la lumbre y la sombra.
¿Por qué no he de ser yo? Grito. Lloro. Deseo.
Sufro, sufro y deseo. Cimbroy zumban mis hondas.
El viajero que alargue su viaje sin regreso.
El hondero que trice la frente de la sombra.
Las piedras entusiastas que hagan parir la noche.
La flecha, la centella, la cuchilla, la proa.
Grito. Sufro. Deseo. Se alza mi brazo, entonces,
hacia la noche llena de estrellas en derrota.

Hé aquí mi voz extinta. Hé aquí mi alma caída.
Los esfuerzos baldíos. La sed herida y rota.
Hé aquí mis piedras ágiles que vuelven y me hieren
Las altas luces blancas que bailan y se extinguen.
Las húmedas estrellas absolutas y absortas.
Hé aquí las mismas piedras que alzó mi alma en combate.
Hé aquí la misma noche desde donde retornan.

Soy el más doloroso y el más débil. Deseo.
Deseo, sufro, caigo. El viento inmenso azota.
Ah, mi dolor, amigos, ya no es dolor de humano!
Ah, mi dolor, amigos, ya no cabe en la sombra!

En la noche, toda ella de astros fríos y errantes,
hago girar mis brazos como dos aspas locas.

PABLO NERUDA

Hoy abandonaremos esta casa. . .



OY abandonaremos esta casa ruinososa...

Ya no sirven sus huertos y sus jardines tienen una quietud hostil. Sus estancias nos hacen mal con sus confidencias. Las vidrieras vibrantes

de las ventanas guardan un ademán pequeño,

casi infantil, de burla. Las viejas puertas sueñan...

¡Ah!, esta casa no sirve: no hay sol ni viento suave,

y son muy reducidas las estrellas que miran

a través de los vidrios de nuestros ventanales.

¡Ah, hermano, cómo siento que se está mal en este

claustro desencantado! Tengo muy gris el alma,

muy gris está la vida dentro esta caja hueca.

Sí, hermano, hay demasiada ceniza en estos ojos,

mucha arena en mis manos cansadas y andrajosas,

mucho barro en mis alas... ¿Qué dices tú? Yo pienso

que en la nueva morada tendremos tantos frutos,

habrá cielos dorados, tardes del evangelio

suspendidas al oro del crepúsculo inmenso,

como alas arcangélicas... Habrá sol, habrá viento,

flores en los jardines, nuevas flores de Octubre,

habrá buena alegría, buen vino, buena charla...

¿Qué dices tú? La casa rebozará en sonrisas

y habrá para estos labios nuevos versos fragantes...

¿No crees tú que el llanto secará sus vertientes

y la ceniza amarga no empañará el espíritu?

¡Ah! hermano, hermano mío, oye mi voz que canta
que allá será la vida no como en esta casa.
Ya verás cuando vamos sembrando nuevos cantos
por los caminos rubios y cosechando a un tiempo
el trigo de oro del sol!

FERNANDO BINVIGNAT

Paul Hazard

(Presentación del catedrático de la Sorbonne al iniciar su curso sobre el Romanticismo en la Universidad de Chile).



ESDE que la Universidad de Chile cobra nuevo impulso y se renueva al contacto de la mágica varilla que su actual Rector ha recibido del Ideal, un viento de alegría y de esperanza ha soplado sobre la frente de los que piensan y sienten.

En esta transmutación de valores, gran parte toca a la «dulce Francia» de Rolando, que nos ha enviado sucesivamente a sus mejores y más sabios hijos, a Widal, a Dumas, a Fougères, a Rey, y que hoy nos envía a M. Paul Hazard, en cruzada de ciencia, de verdad, de luz y de latinidad.

La prensa ha abundado ya en elogiosos conceptos para definir la hermosa carrera de uno de los más sabios profesores de la Sorbona y de uno de los más entusiastas latinistas, pues no sólo es M. Hazard representante conspicuo del nítido genio francés, sino que es, casi al igual de Ferrero, uno de los más preclaros ingenios de esa raza latina que ha dado al mundo sus ideas generales y sus verdaderos ideales de humanidad, de amor y de desinterés.

No llega en mala hora el señor Hazard a hablarnos de Chateaubriand, de Lamartine y del Romanticismo, y a aplicar delante de nuestros estudiantes el riguroso método científico de las explicaciones de textos. Nuestra juventud artística y científica necesita disciplinar su inspiración y sus estudios. Los escritores y artistas de la nueva generación, de un valor literario y artístico indiscutible y de una imaginación sensitiva potente, necesitan sin embargo, una disciplina rigurosa. Sin método, sin orden, sin plan, los esfuerzos artísticos se pierden y las mismas escuelas (hoy numerosas) mueren. No nos faltan temperamentos; los hay en Chile de sobra, en cualquiera de las bellas artes y aun en las ciencias; los tenemos talvez superiores a otros pueblos; lo que nos falta es concierto, estudio de los grandes maestros, concepción clara de nuestro rol sud-americano y chileno; métodos de trabajo. Necesitamos canalizar los esfuerzos artísticos para crear nuestra verdadera literatura y arte, y hasta ciencia nacionales. Nuestra crítica misma, en general, carece de la flexibilidad necesaria para marcar rumbos y hacer provechosa su enseñanza.

Rey explicó el año pasado el *Método de Descartes* y puso de relieve lo que puede la duda, el análisis y la síntesis en filosofía y ciencias. El señor Hazard, al explicarnos los secretos de plan, composición y métodos de algunos de los grandes románticos franceses, nos mostrará los peligros de la imaginación impaciente y desbordada, y las ventajas del genio disciplinado y paciente. ¿No es justamente el gran poeta del mundo, V. Hugo, el que dijo: «el genio es una larga paciencia»? ¿Y qué monumento más grande levantado a la ciencia que el de ese francés, ejemplo único en el mundo, de ese Fabre, que vivió 60 años inclinado sobre los insectos para estudiar sus costumbres y abrir nuevos rumbos a la filosofía y a la ciencia?

Y nosotros los maestros, los que trasmitimos la verdad, ¿cuánto no ganaremos con oír a uno de estos hombres franceses cuyas palabras son luz que penetra el interior de las ideas y cuya sabiduría es hecha de claridad, de armonía y de medida?

Conozcamos, entonces, aunque sea rápidamente, al hombre que por espacio de tres meses va a ser nuestro maestro.

* * *

A formar el alma científica, entusiasta, vibrante y clara del señor Hazard, han contribuido esos dos grandes profesores que son hoy gloria del mundo latino: Lanson, que fué también maestro de disciplinas francesas del infortunado Nicolás II de Rusia, y Bédier, que acaba de probar que las Canciones de Gesta no tienen nada de germánico, y son sólo poemas literarios, fabricados por los juglares con la colaboración de clérigos y monjes, para retener alrededor de los santuarios de la Edad Media, a los peregrinos que, hacia el año mil y después, iban a los lugares sagrados a hacer votos de religiosidad o de enmienda.

Recuerdo particularmente a estos dos grandes maestros, porque también lo fueron míos en los días maravillosos de mi juventud. Y, si de mí al señor Hazard hay la distancia que hay de un insignificante arbusto a un majestuoso roble, ¿qué culpa tiene el arbusto de recordar que bebió la misma savia generosa que alimentó al robusto roble?

Aparte de la sabiduría de aquellos grandes maestros, tiene también el señor Hazard (como todos los sabios franceses, por otra parte), la modestia, que es la marca exterior más hermosa de la belleza y de la sabiduría.

El señor Hazard oyó las lecciones de Lanson y de Bédier en los Cursos cerrados de la Escuela Normal Superior, esa sin igual Escuela Normal donde se han formado los investigadores más grandes de la Francia, de donde salieron, entre muchos otros: Michelet, y Faguet, para no nombrar sino al poeta de la Historia y al maestro querido que fué durante muchos años el «regalón» de los estudiantes de la Sorbona de mi tiempo, y que, según la alta crítica, es el hombre que ha removido más ideas en los últimos sesenta años.

Hoy día, después de haber ascendido por grados, como los que suben honradamente a las cumbres de los honores, el señor Hazard es maestro de Conferencias en la Sorbona.

¡Ah! la Sorbona, «la cabeza», «el cerebro», como decíamos cuando éramos alumnos de ella y como creo que aun se sigue diciendo hoy; la Sorbona, donde todo es majestuosamente bello. Allí es donde está el Gran Anfiteatro con el Bosque sagrado de Puvis de Chavanes, que es un himno de colores sobrios y de formas sencillas a la raza latina. Ese anfiteatro en 1905 repercutió con los vivos de 5,000 espectadores que hacían una apoteosis de Cervantes en el Centenario de don Quijote. Allí, en la Sorbona, está también ese cuadrante solar que nos hace reflexionar sobre la brevedad de nuestro viaje terreno, marcando las horas de nuestra vida con su sombra:

Sicut umbra diei nostri.

«Así pasa la sombra de nuestros días»...

Porque vuestra Sorbona, señor Hazard, no sólo es el *alma mater* de la Francia intelectual; es también el *alma mater* de toda la latinidad, de esa latinidad que habéis servido y continuáis sirviendo con vuestra ciencia y vuestro precioso ingenio. Creo que ha de llegar el día en que nuestros alumnos serán enviados por centenares a beber el agua cristalina de ese purísimo manantial.

* * *

He dicho que el señor Hazard tiene la modestia de los sabios franceses. Ciertamente es que a los dos minutos de conversación con él, estalla a través de su palabra clara, su nativa agilidad de pensamiento, su mágica facilidad de expresión, su ingenio sutil y espontáneo, que lo relaciona con los más sobresalientes ingenios franceses, y su profundidad científica, que va hasta la intensidad de un mar herido por la luz del sol meridiano, sin llegar nunca hasta lo turbio y revuelto de los arroyos turbulentos.

Y esa agilidad, y ese ingenio, os están demostrando que estáis delante de un representante de esa aristocracia intelectual que se formó de la fusión de las más grandes cualidades imaginativas y humanas de los Celtas, y de las más puras modalidades del cerebro latino.

Ese cúmulo de cualidades de su raza, donde las oposiciones se equilibran, el señor Hazard las derrama en sus libros a manos llenas: «por sus frutos los conoceréis», dice la Biblia.

Su tesis o memoria para obtener el Doctorado en Letras, versa sobre la «Revolución Francesa y las Letras Italianas». Ese libro, aparte de ser un gran esfuerzo de erudición, es la primera piedra puesta al edificio del estudio del renacimiento literario que causó la Gran Revolución en todas las naciones donde los ejércitos del 89 llevaron, con la idea de libertad, el soplo vital de las nacionalidades nuevas. Brunot, el Decano de la Facultad de Letras de París, ha dicho que este libro vino a renovar la ciencia filológica y literaria, señalando nuevos caminos a la investigación.

Cuando el señor Hazard conozca las obras de Lastarria y vea la influencia que la Revolución tuvo en el despertar de nuestro país y en el Romanticismo

chileno, verá que su teoría va aun más lejos de lo que él probablemente se imaginó.

En su «Leopardi», el señor Hazard se revela uno de los más inteligentes (si no el más inteligente) conocedor de la literatura italiana, y, sobre todo, de la influencia que el genio doloroso, triste, contradictorio, pero siempre patriota y grande del inmortal autor italiano, tuvo sobre la literatura europea. Muestra la poca influencia que Leopardi recibió de las literaturas inglesa, alemana y francesa; señala sus expresiones duras sobre la lengua francesa, expresiones que el señor Hazard explica como deformación del patriotismo, indica la influencia que Leopardi tuvo en algunas literaturas, especialmente en algunos poetas ingleses, y termina colocando a Leopardi entre «los grandes clásicos europeos.»

La erudición del señor Hazard se muestra asimismo profunda en *Le Journal de Ginguené*, famoso literato que vivió de 1748 a 1816.

Bastaría el enunciado de los libros anteriores para mostrar el servicio que el señor Hazard ha hecho a la alta crítica y a la ciencia literaria, impulsándolas a buscar nuevos rumbos en la literatura comparada. Pero, no contento aún con dar vida a las ideas, quiere llevar esas ideas a la práctica, y se pone a la obra, creando ese verdadero monumento de literatura comparada que es la revista que en compañía del señor Baldensperger, publica el señor Hazard desde hace ya cuatro años. Enunciar sólo algunos títulos del sumario del último número bastará para apreciar la preciosa obra emprendida. Hélos aquí: «Influencia Musulmana en la Divina Comedia», «Michelet en Inglaterra», «Francisco Bertaut y las concepciones dramáticas de Calderón», «Los idilios de Gessner (poeta suizo), y el ideal pastoral en el preromanticismo europeo», etc. Se ve que el señor Hazard y sus colaboradores no se detienen ahora en el mundo latino; quieren abrazar en un solo haz las razas del norte y las del sur, y atravesar el Mediterráneo para comprender también las influencias musulmanas en la literatura europea. Es un poderoso esfuerzo de crítica; es el ejemplo único de una revista de crítica mundial.

Pero el señor Hazard no se ha detenido aquí. Cree que hay aún otra manera de servir a su patria, y emprende, con Bédier otra inmensa tarea: dar a la Francia una «*Historia de la Literatura francesa ilustrada*»; pero no ilustrada así no más, como hay tantas, sino ilustrada con todas las reproducciones en negro y en colores de todas las manifestaciones artísticas que digan relación con la literatura: iconografías de los escritores para ilustrar las biografías y bibliografías, iglesias y vitraux, paisajes y caricaturas, esbozos y croquis, mapas y frontispicios de libros, autógrafos, y cuanto, en una palabra, se halla relacionado con la producción literaria por cualquier motivo. Yo conozco una veintena de «*Historias de la literatura francesa*». No hay ninguna que represente más erudición y más ciencia.

* * *

El pensador no es inferior en el señor Hazard al hombre de ciencia y al crítico. En 1912 publicó su bellissimo «*Discurso sobre la lengua francesa*», que fué premiado por la Academia.

El Conde Rivarol obtuvo en el siglo XVIII un premio de la Academia de Berlín por haber establecido que la lengua francesa era universal, porque «llevaba la honradez en sí».

Después de Rivarol, nadie ha tratado el tema con más cariño, con más verdad, con más ciencia y más profundidad que el señor Hazard. Este discurso del señor Hazard tiene 48 páginas de texto. Es uno de esos libros de los que Rabelais decía que tienen «substantífica médula».

Hé aquí un ligero resumen:

La lengua francesa era antes de 1789 universal por su claridad y por la hegemonía política de la Francia. La Gran Revolución, al exaltar el principio de nacionalidad, exaltó el amor por las lenguas de cada nación, pues la idea de nación se funde con la idea de lengua nacional. El francés perdió terreno, a pesar de ser la lengua de la libertad. Napoleón quiso imponer el francés por fuerza, lo que contribuyó a su derrota. Después de 1870, la hegemonía política se ha perdido, pero no la fuerza de universalidad de la lengua: son dos cosas distintas. Los griegos impusieron su lengua sin tener hegemonía política. Hay pueblos modernos que tienen hegemonía y no tienen extensión de su lengua.

En cambio, el francés, si se impone menos políticamente, es más amado y se pide más, a medida que cada nación desea comunicarse con otras naciones, pues cada día se quiere saber más. «El alma se ensancha a medida que retroceden los límites del mundo». El deseo de una lengua universal se presenta: los sabios fabrican el volapuk, la lengua azul, el esperanto, para comunicarse. El francés se aprovecha de haber sido dos veces universal: En la edad media por las Canciones de Gesta, en la edad moderna, por las conquistas anteriores a la Revolución y aun durante ella. Recuérdese que todos los pueblos cantaron la Marsellesa. El francés tiene a su favor la fuerza del movimiento comenzado. Es la lengua de una nación hospitalaria ya en tiempo de Strabón. Sus escritores son y deben continuar siendo, a talento igual al talento de los escritores de otros países, más sociales y más humanos.

Los escritores franceses dan y deben continuar dando un aspecto de evidencia a las verdades complicadas, expresándolas con claridad. Para mantenerse universal, el francés debe ser el traductor de la lengua de otros países. Las reputaciones mundiales deben continuar siendo conocidas por el francés. Ninguna lengua artificial prevalecerá contra el francés, siempre que éste se mantenga libre de vulgarismos y la reforma ortográfica no haga perder el valor etimológico, que indica la significación. Evítese el desórden y evítese la crisis de la despoblación. y la expansión del francés se hará naturalmente.

De un pensador es también, al mismo tiempo que de un crítico, su último artículo publicado en el número del 1.º de Abril de 1924 de la «Revista de Ambos Mundos, sobre la novela, mezcla de voluptuosidad y religión, *Manon Lescaut*, del Abate Prévost. El señor Hazard estudia a los cuatro personajes más importantes de la obra; prueba con variadas citas que el Abate Prévost era enemigo de los Jesuítas y partidario de los Jansenistas; y a pesar de haber borrado el Abate Prévost en la edición de 1753 la palabra «gracia» que figuraba en la edición de 1731, (lo que indica claramente que Des Grieux se había convertido al fin de su vida por obra de

la gracia y lo que hacía que el sentido jansenista de la obra fuera claro); a pesar de haber agregado indicaciones en la Edición de 1753 que manifestaban el deseo del Abate Prévost de ponerse bien con los Jesuítas, el señor Hazard muestra por otras citas, que la obra fué escrita con espíritu jansenista; pero que ese espíritu fué deformado, pues de la «predestinación» de Pascal, el Abate Prévost retuvo en su libro sólo la impotencia de la voluntad humana para refrenar las pasiones.

Lo más importante en este libro es el esfuerzo histórico y crítico del señor Hazard para fijar el medio apasionado y violento en que se produjo la obra.

* * *

El último de los libros de M. Hazard es *L'Italie Vivante* publicado el año pasado. Es una exposición hecha según las ideas expuestas en su Discurso sobre la lengua, y contiene, sobre todo, el desarrollo en Italia del facismo en contra del socialismo fracasado.

El sociólogo profeta, el conocedor amplísimo de la Italia moderna regenerada y prolífica, el amigo sincero de la Península, el conocedor de hombres, y, sobre todo, el artista del estilo, aparecen aquí mejor que en ningún otro libro del señor Hazard.

Sobre todo el estilo. Hay paisajes en esta obra, hay tipos, hay descripciones, hay estudios, que bastarían a la gloria del señor Hazard. Está escrita en forma de diario.

No puedo resistir, antes de terminar, al deseo de presentaros un trozo de ese diario, para que juzguéis vosotros mismos. Es un estado de alma en un cuadro italiano. Es la explicación de la preferencia del señor Hazard por los grandes artistas, Chateaubriand y Lamartine, pues los grandes artistas sólo pueden ser criticados, estudiados y amados por otros artistas. Para mí, ese trozo es un modelo que debiera figurar en una Antología. Hélo aquí:

Brescia, 18 de Octubre de 1921.

«Como en compañía de algunos viajeros atrasados, en la terraza de un restaurant que da a la plaza de la estación de Brescia. ¿Habéis experimentado alguna vez, de viaje, solos, al terminar el día, esta extraña expresión de angustia?... Hay en ella una mezcla de cansancio y de nostalgia, un gran disgusto de todas las cosas creadas. Una melancolía infantil os invade poco a poco y se cambia en tristeza profunda; como si alguna hada maléfica volara en torno vuestro, la escena, los personajes, todo parece banal y miserable; se rebela uno hasta contra la caricia de la dulce noche de otoño que os circunda: se cree sentir ya aproximarse el invierno. La comida es detestable. ¿Para qué comer? El vino es pésimo. ¿Para qué beber? Se está mal aquí, se estaría peor en cualquiera otra parte, si cambiáramos de lugar. Un malestar análogo al vuestro parece reinar alrededor de vosotros. Los viajeros están irascibles, los mozos soñolientos toman aires de desdén. Los trenes que llegan con gran ruido, gruñen y silban con maldad. El alma de niño que persiste en cada

uno de nosotros se emociona y se desespera. Se querría que el viaje estuviera terminado ya: y también terminado este otro viaje mucho más largo, el viaje de la vida. Tres músicos ambulantes se instalan sin apresurarse delante de nuestra terraza iluminada. Tienen aires de grandes señores que quieren con mucho gusto hacerse oír del vulgo; pero, para su propio placer. Afinan sus instrumentos y se ponen a tocar. ¡Oh, maravilloso poder de la música! Todo cambia desde sus primeros acordes. Nos encadenan a su ritmo, nos arrastran con sus sonidos. No somos ya dueños de nosotros mismos; los seguimos a las regiones fabulosas en que reinan la medida y el número: el milagro se opera; y ese milagro nos encanta y nos transporta. Los que comían empiezan a marcar el ritmo de la música, los mozos, alegres ahora, taltarean; los transeúntes, (hace poco sombras, sospechosas, que se escondían tras los árboles), se aproximan y se hacen más humanos y sociables. La noche no es ya hostil. Y vemos ahora que el cielo estaba sembrado de estrellas. El alma del viajero se apacigua y se sorprende de una debilidad que ya no experimenta.

De todos los instrumentos, el violín solo conoce el secreto de penetrar hasta el fondo de nuestro ser. ¡Ay! el violín que tocaba interrumpió su canto divino. Los músicos arreglan sus instrumentos y piden su óbolo ¿Con qué precio no pagará el más avaro esta tregua a su dolor, cuyo efecto persiste después de la partida de los músicos, como si el aire estuviera aún lleno de sonidos musicales y bienhechores?

* * *

He tratado de analizar sucintamente al crítico, al hombre de ciencia, al pensador y al artista del estilo.

Pero debo agregar una palabra más. Hay en los escritos del Sr. Hazard, algo que lo hace tan genuinamente francés, que no es posible pasar ese algo en silencio.

Desde los Fabliaux hasta Anatole France, pasando por el Romance del Zorro, por Ruteboeuf, Marot, Rabelais, Molière, La Bruyère, Voltaire, Chamfort, Rivarol, y Faguet, el ingenio francés, la gracia francesa, eso que no se puede definir de otra manera que como el producto de una sensibilidad aguda que descubre fácilmente relaciones entre las ideas, que juega con ellas y que las pone en armonía o en contraste, ese «deseo de agradar al enseñar», como dice Fouillée, es tan característico de la raza, que el Sr. Hazard no podría escapar a él y es uno de los motivos por qué se le lee con placer, con verdadero deleite.

En el Sr. Hazard, que es un latino de la pura cepa, que habla el italiano con toda gracia y soltura, y que conoce bien el castellano, se hace aún más notable esta gracia francesa, en cuanto ella permanece en su cerebro perfectamente separada del ingenio italiano o castellano. Hé aquí algunos ejemplos:

Hablando de los socialistas y de las doctrinas económicas de Karl Marx, en derrota y medio agonizantes en Italia, dice el Sr. Hazard que penetró a la sala donde se celebraba un meeting socialista y que vió entre dos banderas rojas el busto de Karl Marx tan blanco y tan ladeado que tenía el aspecto de un enfermo que se inclinaba sobre su almohada, ya agonizante...

Yo quiero creer que hay una relación estrecha entre la enfermedad de Karl Marx y la derrota de sus teorías económicas.

En otra página de su libro sobre la Italia, nos cuenta el Sr. Hazard que durante una excelente comida, se habló de política socialista, facista y popularista y que después de varias personas, tomó la palabra un abate que habló largamente, mientras el Sr. Hazard espiaba el momento de colocar una palabra. El Sr. abate habló largamente y con toda autoridad. Al fin, vino el momento en que se calló. El Sr. Hazard quiso hablar; pero el señor abate se bebió apresuradamente un buen vaso de vino de Frascati y continuó hablando con la garganta ya refrescada. Yo pensé, al leer esto, en La Bruyère, en el retrato del Glotón, que pica aquí y pica allá, en la mesa, «maneja» las viandas, como dice La Bruyère, saca el mondadientes, se limpia, y comienza a comer de nuevo...

Este ingenio suave, esta media sonrisa, no es la única particularidad francesa del estilo del Sr. Hazard. Su forma toma a veces el modelo de las sentencias, que, como dice Diderot, «fijan la verdad en nuestro recuerdo». Hay algunas sentencias del Sr. Hazard que me encantan:

«La Francia debe vivir y no sobrevivir».

«Las gentes que hablan con gusto de su honor son las que lo sienten desfallecer: hablan de él para estar seguras de que todavía no ha desaparecido completamente».

«Tener miedo de la muerte es ya comenzar a morir».

* * *

Señoras, señores,

Tal es, intelectualmente, el gran profesor que está delante de vosotros y que juzgaréis pronto vosotros mismos.

M. Hazard,

Au nom de l'Université du Chili, je vous présente les respectueux hommages de notre bienvenue.

Daignez les recevoir en compagnie de Mme. Paul Hazard. Dans ce siècle de féminisme il sied de ne pas séparer de notre respect et de notre amitié, la charmante dame, qui à travers les mers et les montagnes, accompagne son mari dans la course à l'idéal, remplissant les devoirs que la Nature lui a dévolus.

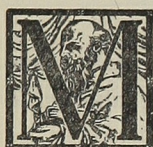
Nous allons vous entendre, que dis-je! vous écouter. Religieusement. Les gens cultivés qui vous applaudiront connaissent, peut-être, cette constatation de Bismark: «on aime la France». En tout cas, connaissent-ils mieux cette pensée d'un Anglais, que Hugo a répétée après lui: «tout homme culte a deux patries: la sienne et la France».

FRANCISCO ZAPATA LILLO.

Pedro Prado

El Cementerio Parroquial

«El Cementerio Parroquial» es un capítulo de «El Juez Rural», novela de Pedro Prado cuya publicación está próxima.



EDIA legua larga llenaron los picantes comentarios sobre Calienta La Tierra.

—Pintar, al diablo la pintura—declaró Mozarena.

—Yo te lo advertí!

—Quién va a pintar ahora. Sigamos...!

Y Mozarena tomó un aire enérgico y un paso decidido de grandes y recias zancadas, moviendo los brazos con un vaivén de amplia y contenida energía.

Solaguren cogido por un pasajero entusiasmo le imitó breves instantes pero, antes de poco, a ambos los volvió a coger el paso lento, desmadejado e insensible de los caminantes. —¿Dónde estamos?—preguntó Solaguren asomándose sobre unos tapiales medio derruidos. ¿Qué cementerio es éste? —¿Cementerio?—Acudió el pintor, y trepó igualmente.

Era un potrillo con los cierros caídos donde algunas vacas pastaban entre las tumbas.

Quisieron entrar, pero, en los portillos, defensas de alambres de púa, se mostraban peligrosas.

Rondando a lo largo de los cierros que sombreaban viejas encinas, dieron con un rancho medio abandonado y oculto entre los cardos y altas cicutas que crecían al arrimo de los desmigajados paredones.

Dos niños pequeños, pringosos los rostros, que jugaban con montoncitos de tierra, les quedaron mirando.

—Eh! chicos, ¿se puede entrar al cementerio?

Los niños inmóviles, sin responder, seguían observándoles.

—¿No hay nadie en esta casa?

No se oía ruido alguno: el viento curioseaba por los rincones; parecía ser el dueño de aquella casa en abandono. Bajo un cobertizo sombrío contiguo a la casa, veíanse unos ataúdes viejos, despintados, opacos los barnices, las cruces y manillas comidas de orín, las tablas desastilladas, o medio podridas.

—¿Entremos?—insinuó Mozarena consultando a su amigo.

Los niños sentados en el polvo, sin levantarse de su sitio, les vieron pasar y torciendo la cabeza se contentaron en seguirles con la vista.

Un patiecillo sombreado por acacios y restos de una reja de alambre con una puerta de débiles maderos, rota, remendada, e inútil, pretendían separar la casa del camposanto.

El cementerio estaba invadido por las hierbas. Dos vacas golosas echadas sobre las tumbas, dejaron de rumiar; alzándose sin prisa tomaron el camino de los portillos que daban hacia los potreros vecinos. Veíanse cruces quebradas y caídas, restos pisoteados de piadosos jardinillos con geranios sonrientes, rosales mustios, lánguidas campánulas y humildes nomeolvides.

Despedazadas las pequeñas rejas que rodeaban las fosas, los armazones de los ramos y coronas yacían dispersos por el suelo; sólo las flores secas y los pintarrajeados papeles que podía acarrear el viento, habían sido llevados por las ráfagas a un rincón del cementerio donde quedaban enredados entre renuevos de espinos, como en una fosa común de recuerdos y nostalgias.

Solaguren callaba con el rostro contraído en su clásico gesto de desprecio ante los casos oscuros.

Mozarena, curioso, seguía, lentamente, observándolo todo. —Qué cementerio! Toda cruz tiene dos nombres uno diverso por cada cara:

Isidro Zuleta
1873-1903
Amandina Heredia
1856-1903

leyó levantando una cruz caída. Dos para una cruz! La cruz enmedio, entre las cabeceras de ambas fosas. Rota, caída y arrastrada por las vacas hacia donde duerme la vieja Amandina o el pobre Zuleta.

Solaguren quiso hundir el mastil mayor de la cruz, pero la tierra, dura, no se dejó penetrar.

—¿Qué hacer?—observó el pintor arrojando el madero.—¿Cómo sabes dónde cae el uno, dónde el otro? Vas a dejarlos con los nombres cambiados...

Enseguida de las fosas venían tumbas de cal y ladrillo; pomposos y ridículos remedos de los mausoleos de Santiago, hechos por rústicos albañiles. Columnas débiles, sin fuste, desgarradas, soportaban, inclinándose, frontones enormes, complicados y amenazantes, con ladrillos corridos, cruzados de grietas profundas, en las que arraigaban hierbas chamuscadas quebradizas y finas, como cadejos de cabellos tostados. Recios temblores habían dado cuenta, tiempo atrás, de muchas de ellas. Una imagen de Cristo se erguía entre los escombros. Una lagartija tomaba el sol en el cuello del Nazareno, y el destrozo que hicieran en su rostro y en su cuerpo el derrumbe de los muros, los colores impregnados de débiles mordientes que las lluvias mezclaron, hacían de el Hijo del Hombre un resucitado que pugnase por escapar de entre los muertos.

Al lado de esa figura apocalíptica había una tumba extraña, y otra, y otras... que se le asemejaban. Parecían representar el último modelo adoptado.

Pequeñas techumbres de dos aguas cubrían profundas excavaciones hechas en la tierra. Entre las breves vigas y tijerales de los ligeros galpones, menudos, como pájaros que se hubiesen detenido un momento en la sombra, minúsculos ataúdes hacían pensar en párvulos inverosímiles.

Asomándose al borde de una excavación, divisaron, tallados en la gruesa tosca, varios nichos superpuestos con ataúdes a la vista. Nichos abiertos como celdas de un panal amargo y gigantesco, labrado en las entrañas de la tierra, y lleno aún de las fatídicas larvas de la muerte.

—Buenos días!

Una mujer, que traía de la mano a uno de los niños que vieran jugando a la entrada, se acercaba.

—¿Usted vive aquí?—preguntó Solaguren.

—Sí, señor.

—¿Su marido es el sepulturero?

—Soy viuda; yo lo reemplazo.

—Ah! ¿es usted?

—Estaba enferma en el hospital cuando él murió. Nadie fué a avisarme. Tres meses estuve muriéndome. Cuando volví, hacía cuatro semanas que el finado estaba bajo tierra.

—¿Y estos niños?

—Abandonados, señor; luego los recogió el señor cura.

—¿Vive sola?

—Sola.

—¿Este es el Cementerio de Barrancas?

—Sí; el cementerio parroquial. Desde el terremoto no se levantan los cierros, y ya vé como están...

—Cuando llegamos había unas vacas...

—Es inútil echarlas; siempre vuelven. En la noche se pasan casi todas las de los potreros vecinos; les gusta dormir al abrigo de estos árboles. Yo ¿qué puedo hacer? Lo que cierro hoy, mañana está abierto! Una vez se cayó una vaca aquí dentro—dijo señalando una fosa.—Desde entonces puse ramas, alambres y lo que pude encontrar en torno de los galponcitos. ¡El trabajo que costó sacarla!

—Y ¿qué significan estos ataúdes tan pequeños entre las vigas?—preguntó Mozarena.

—Son de niños—aseguró Solaguren.

—No, señor, son restos.

—Restos ¿de qué?

—Cuando pasa el tiempo, y de los finados sólo quedan unos pocos huesos, y los cajones aún están servibles, los saco y los pongo en estos chiquitos.

—Ah! ¿entonces esos ataúdes que están cerca de su casa?...

—Sí; como no todos tienen dinero para comprar un cajón nuevo, los pobres compran de esos.

Mozarena miró a Solaguren haciéndole un guiño; y la mueca que ya apuntara en el juez adquirió un relieve mayor.

—¿De modo que tiene ese negocito, señora?—dijo el pintor.

—El pobre busca ayudarse... Enferma no he tenido tiempo de sacar los restos de un cajón que está afuera desde el día de San Andrés. ¿Quieren verlo? En un sendero vecino había atravesado un ataúd.

—Es de una señora de la hacienda de Coronel; murió hace bastante tiempo.

Palanqueando con un trozo de tabla que recogió de por allí cerca, logró desclavar la tapa del ataúd.

Mozarena y Solaguren se asomaron tímidos y curiosos, como si se abriese ante ellos la boca de un abismo.

Sorprendidos por la luz unos coleópteros pequeños, corrieron escondiéndose bajo los retazos manchados y podridos de ligeras telas que cubrían a trechos el cadáver; telas reducidas a la urdiembre como redes de araña palpitantes en rincones abandonados. El viento curioso las fué palpando; las telas quemadas se deshicieron en polvo. Desnuda se ofreció la muerta a las miradas atónitas! ¡Desnuda aún de carnes! Hasta de la cabeza se había despojado; rotos los tendones del cuello, deshecha la unión de las vértebras, una noche el cráneo debió rodar dentro del ataúd. Carcomidos los ligamentos de los dedos, un día los huesos de las falanjes, como cuentas de un rosario cuyo hilo se corta, debieron caer dispersas. Cruzadas sobre el pecho, las manos sin dedos, eran viejas flores deshojadas: El pecho hueco, el vientre hundido y roto... Ahí estaba la muerta desnudándose de todo su cuerpo! Era un viejo cadáver que olía como uno de esos rincones oscuros de los bosques, donde se pudren las hojas.

Solo una mazamorra grasienta que había derivado hacia los piés del ataúd, daba una impresión nauseabunda.

Mozarena salió del cementerio. Solaguren permanecía observando el cadáver; la sepulturera había cogido una rama y pasándola por una de las órbitas vacías, ensartó el cráneo distante para dejarlo en su sitio.

El sol al ocultarse tras las nubes que cubrían la cordillera de la costa, apresuró un crepúsculo largo y ceniciento.

Un fresco mayor comenzó a venir sobre los campos. Al llegar ambos amigos al camino de Valparaíso, ya obscurecía. Carretas cargadas de legumbres se dirigían a Santiago. Un tiempo marcharon al lado de ellas; pero pronto las antecedieron. Cuando dejaron de oír los chillidos de las ruedas y los broncos golpes que daban al cruzar los malos pasos, cerraba la oscuridad de la noche. Ante ellos el camino era algo sin término. De vez en cuando, sombras emergían; otros seres que cruzaban silenciosos... Y la vaga solidaridad que nace entre los viandantes, era desvanecida por la desconfianza que traen las tinieblas.

Hombres, Ideas y Libros

Romain Rolland.—Mahatma Gandhi

París.—Librairie Stock, 1924.



Es aquí un pequeño libro enorme. Romain Rolland ha levantado un nuevo altar en su panteón de héroes; a las hermosas vidas de Bethoven, de Miguel Angel y de Tolstoy que ya ha historiado, acaba de agregar la de un héroe vivo, Mahatma Gandhi.

En las obras de Romain Rolland no hay por lo común nada de retórica. Romain Rolland no es un literato; es un gran escritor. En el libro que vamos a analizar la ausencia de envoltura literaria es completa. Su grandeza resulta del poderoso soplo espiritual y moral que lo anima. Parece impregnado de legendarias fuerzas místicas, cósmicas y divinas.

Mahatma quiere decir «el hombre que se ha identificado con el ser del Universo» y es el nombre dado por el pueblo de la India a Gandhi, el apóstol de su independencia.

He aquí como describe Romain Rolland a su héroe:

«Un pequeño hombre débil, de ojos tranquilos, de cara enjuta y grandes orejas apartadas; cubierta la cabeza de un bonete blanco, vestido de tosca tela blanca, los pies desnudos; se alimenta de arroz y de frutas, no bebe más que agua, duerme sobre tablas, duerme poco, trabaja sin cesar. Parece que no hubiera que tomar en cuenta su cuerpo. En un principio solo llama la atención en él una expresión de gran paciencia y de gran amor. Recuerda a San Francisco de Asís. Es simple como un niño, dulce y cortés aun con sus adversarios; de una sinceridad inmaculada. Se juzga con modestia; es escrupuloso, hasta el punto de parecer vacilar cuando afirma algo y querer decir «Me he equivocado». No oculta jamás sus errores; no hace compromisos; no tiene ninguna diplomacia; rehuye los efectos oratorios; le repugnan las manifestaciones populares que su persona desencadena. No se siente cómodamente sino en medio de pocos y feliz únicamente en la soledad escuchando «la suave voz silenciosa» que manda.

Este es el apóstol que ha sublevado trescientos millones de hombres, que ha hecho temblar al Imperio Británico y ha inaugurado en la política humana el más poderoso movimiento que se haya visto desde hace cerca de dos mil años.

El Gandhi nació en 1869. Por su familia creció en un medio rico, inteligente y cultivado, pero no de la casta superior. Sus padres pertenecían a la escuela jainista para la cual el amor y no la inteligencia marca la senda que conduce a Dios. Su padre no daba ninguna importancia al dinero, y habiendo gastado casi toda su fortuna en obras de caridad, dejó muy poco a los suyos.

Su madre, severamente religiosa, era una santa Isabel hindú que ayunaba, daba limosnas y velaba a la cabecera de los enfermos. Su primera educación fué confiada a un bramán; y por rebelión contra el hinduismo idólatra y degenerado, pasó, mientras estaba en la escuela por una grave crisis religiosa. Se creyó ateo y llegó a comer carne a hurtadillas: un horror, el más temible sacrilegio para un hindú.

De novio a los ocho años, se casó a los doce. A los diecinueve se fué a estudiar derecho a la Universidad de Londres. Cosa curiosa: solo en Londres vino a conocer a Bhagavad Gita, que le encantó, le devolvió la fe y le hizo ver que para él la salvación estaba en la religión hindú.

Volvió a la India en 1891 y entró a ejercer la profesión de abogado en Bombay; pero luego renunció a ella por juzgarla inmoral. En Bombay conoció al parsi Dadabhai, de quien recibió la primera lección práctica de *Ahimsa* en la vida pública, o sea la pasividad heroica, el empuje apasionado del alma que opone al mal no el mal sino el amor.

La acción pública de Gandhi puede dividirse en dos períodos: de 1893 a 1914 tiene por teatro el Africa del Sur; después de 1914 se ejercita en la India.

«Que esta acción de veinte años en Sud-Africa no haya tenido más resonancia en Europa, dice Rolland, es una prueba de la increíble estrechez de horizonte de nuestros políticos, de nuestros historiadores y pensadores, de nuestros hombres de fe; porque se trata de una epopeya del alma, sin igual en nuestro tiempo, no solo por la facultad y constancia del sacrificio que requirió como asimismo por la victoria final que la coronó».

—¿Qué decir de lo que ocurre entre nosotros? Limitados por lo general a las frívolas noticias de la prensa diaria nada sabemos de cosas trascendentales como estos movimientos llevados a cabo por Gandhi. La obra de Romain Rolland nos hace ver el hondo carácter religioso que tienen y como en nuestros días soplan vientos mesiánicos en algún gran país de la tierra.

De 1890 a 1891 se encontraban establecidos en el Africa del Sur al rededor de 150,000 hindúes que eran víctimas de impuestos abrumadores, de humillantes obligaciones de policía, de lynchamientos, de saqueos y de toda clase de atroces persecuciones.

Gandhi ignoraba estas cosas. En 1893 fué a Sud-Africa llamado para defender en Pretoria una causa importante. Entonces experimentó en su propia carne las crueldades que habían venido sufriendo sus compatriotas. Fué arrojado de los hoteles y de los trenes, insultado, golpeado.

Terminado su contrato, en lugar de regresar a la India, se quedó para consagrarse a la reivindicación de los derechos de los asiáticos. Agrupó a los hin-

dúes en colonias agrícolas, los hizo aceptar votos de pobreza y vivió como ellos. Su actividad ante el Gobierno era la resistencia, la lucha religiosa; pero su doctrina de perdón y amor le hacía acudir en auxilio de sus perseguidores cada vez que éstos se hallaban amenazados por alguna desgracia. En 1899, durante la guerra de los boers, formó una Cruz Roja india. En 1904 estalló la peste en Johannesburgo; Gandhi organizó un hospital. En 1906 se sublevaron los indígenas del Natal. Gandhi tomó parte en la guerra a la cabeza de un cuerpo de enfermeros y el Gobierno de Natal le dió las gracias públicamente.

Estos servicios caballerescos no desarmaban el furor xenófobo. Gandhi fué encarcelado varias veces, condenado a trabajos forzados, apaleado por el populacho. Él no perdió jamás la fe; a la violencia opuso siempre el amor heroico. Al fin, después de veinte años de lucha, el Gobierno tuvo que ceder. Las medidas contra los asiáticos fueron derogadas casi en su totalidad. La resistencia había triunfado.

Gandhi volvió a la India con el prestigio de un jefe.

El movimiento de independencia nacional se anunciaba ahí desde principios del siglo. Se acentuó en tiempos de la guerra europea. El Gobierno inglés hizo concebir en varias ocasiones la esperanza que después de esa «guerra del derecho» la India obtendría el *Home Rule* anhelado. La India suministró 985,000 hombres y entre ellos Gandhi que volvió a prestar una vez más a Inglaterra el concurso de su lealtad.

La India esperó confiada el precio de su fidelidad.

El despertar fué terrible. Hacia fines de 1918 había pasado el peligro y se borró la memoria de los servicios prestados. Hecho el armisticio, el Gobierno no se tomó el trabajo de fingir. Lejos de acordar nuevas libertades a la India, fueron suspendidas las que existían.

Un sobresalto de indignación sacudió a la India desengañada. La rebelión comenzó. Gandhi fué su organizador y, dado su temperamento, ha tenido fundamentalmente una base religiosa. Pero la religión de Gandhi, el hinduismo en que cree con fervor, no desoye los dictados de su conciencia y de su razón. «Yo no haré un fetiche de mi religión, ha dicho, y no excuso ningún mal hecho en su nombre. No tengo ningún deseo de arrastrar a nadie conmigo sino puedo apelar a su razón. Llegó hasta rechazar la divinidad de los más antiguos *Shas-tras* si estos no convencen a mi razón.»

No permite tampoco a su religión ningún exclusivismo. «No creo, ha expresado, en la divinidad exclusiva de los Vedas. Creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta han sido tan divinamente inspirados como los Vedas. El Hinduismo no es una religión misionera. Hay lugar en él para la adoración de todos los profetas del mundo. El aconseja a cada cual adorar a un Dios según su propia fe o *Dharma*, y así vive en paz con todas las religiones».

Pero no sólo esto. Gandhi se ha inspirado en el Nuevo Testamento, en Tolstoy; y ha traducido a Ruskin y a Platón.

Acepta Gandhi el régimen de las castas como una división de deberes entre iguales; pero protesta contra la iniquidad de la existencia de los parias. «Quisiera,

ha dicho, ser despedazado antes que dejar de reconocer hermanos en las clases proscritas. No deseo renacer, pero si renazco quiero que ocurra entre los *intocables*, a fin de participar de sus afrentas y trabajar en su liberación».

La influencia de Tolstoy ha sido manifiesta en la condenación de la civilización europea por parte de Gandhi. El conflicto europeo ha hecho que tenga acentos apocalípticos a este respecto. «La última guerra, son sus palabras, ha mostrado la naturaleza satánica de la naturaleza satánica de la civilización que domina a la Europa de hoy día. Todas las leyes de la moralidad pública han sido rotas por los vencedores en nombre de la virtud. Ninguna mentira ha sido considerada demasiado innoble para ser utilizada. Detrás de todos los crímenes el motivo es groseramente material. La Europa no es cristiana; adora a Mamón.»

Consecuentemente Gandhi no quiere que la India haga suyo o mantenga el progreso europeo, sino que vuelva a su simplicidad antigua.

Se ha dicho que los medios puestos en práctica por Gandhi para alcanzar la autonomía de la India son los de la resistencia pasiva. Nada más lejos que esto. Gandhi es un luchador infatigable. El predica la *resistencia activa*, la energía inflamada por el amor, la fe y el sacrificio. Tal es la *Satyagraha*.

Que el cobarde no venga a abrigar su poltronería a la sombra de un Gandhi. Gandhi lo arroja de su comunidad. Más vale el violento que el cobarde. «Yo cultivo, son las palabras del profeta, el valor tranquilo de morir sin matar. Mas para quien no tenga este valor, deseo que cultive el arte de matar y de ser muerto antes de huir vergonzosamente del peligro... Preferiría mucho más ver a la India recurrir a las armas para defender su honor, que permanecer en actitud cobarde siendo testigo de su propio deshonor... Pero, agrega, yo sé que la no-violencia es infinitamente superior a la violencia, que el perdón es más viril que el castigo. El perdón es el lujo del soldado. Pero abstenerse de castigar no es perdón, sino cuando se tiene el poder de castigar. No tiene ningún sentido practicado por una criatura impotente. No creo a la India impotente. Cien mil ingleses no pueden asustar a trescientos millones de seres humanos. Por lo demás, la fuerza no se encuentra en los medios físicos; ella reside en una voluntad indomable. No-violencia, no significa sumisión benévola al malhechor. La no-violencia opone toda la fuerza del alma a la voluntad del tirano. Un solo hombre puede así desafiar a un imperio y provocar su caída.»

¿Y a qué precio se consigue esto? Al del sufrimiento.

Toda el alma de Gandhi está en las siguientes palabras:

«El sufrimiento la insignia de la especie humana, la condición indispensable del ser. La vida sale de la muerte. Para que el trigo fructifique es menester que la semilla perezca. Nadie se ha elevado jamás sin haber pasado por el fuego del sufrimiento. El progreso no consiste sino en purificar el sufrimiento, evitando el hacer sufrir. Mientras más puro es el sufrimiento personal, más grande es el progreso. La no-violencia es el sufrimiento consciente. Me permito presentar a la India la antigua ley del sacrificio de sí mismo, la ley del sufrimiento. Los *Rishis* que descubrieron la ley de la no-violencia en medio de las peores violencias, fueron más grandes genios que Newton, más grandes guerreros que Wellington: han puesto de

manifiesto la inutilidad de las armas que habían conocido. La religión de la no-violencia no se ha hecho únicamente para los santos. Es la ley de nuestra especie así como la violencia es la ley de los brutos. El espíritu duerme en el bruto. La dignidad del hombre reclama una ley más alta: la de la fuerza del espíritu. Quiero que la India practique esta ley, quiero que ella tenga conciencia de su poder. Ella posee un alma imperecedera. Esta alma es capaz de desafiar a todas las fuerzas materiales del mundo entero.»

«Si la India hiciese de la violencia su fe, no me importaría ya vivir en mi país y dejaría de inspirarme un sentimiento de orgullo pertenecer a él. Mi patriotismo se halla subordinado a mi religión; me adhiero a la India como un niño al seno maternal porque siento que ella me dá el alimento espiritual que necesito. Si este alimento me faltara sería yo como un huérfano... Me retiraría a las soledades del Himalaya para esconder ahí mi alma que estaría manando sangre.»

Palabras de inspiración ultra terrena. Todas han sido confirmadas por los hechos del propio Gandhi, y, cosa admirable, sus consecuencias han significado también en gran parte una verificación de lo que él había anunciado.

Gandhi quiso en un principio cooperar con el gobierno inglés; pero una ley injusta provoca la no-cooperación y el desobedecimiento de la ley. Como no fuera reparada la injusticia, la desobediencia se extendió a otras leyes.

Gandhi había inaugurado el movimiento con un día de oración y ayuno en toda la India, un Hartal (6 Abril 1919). Era la manifestación de un pueblo que se ofrecía en sacrificio por los bienes eternos de la justicia y de la libertad.

Fué un acto de enorme trascendencia. Todas las clases de la India se unieron en un sólo gesto.

Pero el hecho fué seguido de acontecimiento horriblemente trágicos.

En todas partes había habido calma. Sólo en Delhi ocurrieron algunos desórdenes. Gandhi se dirigió allá para ilustrar al pueblo sobre sus deberes. El gobierno lo hizo detener en el camino y volver preso a Bombay. La noticia de su detención produjo asonadas populares en el Penjab. Hubo en Amritsar saqueos y algunas muertes. El general Dyer llegó con tropas y ocupó la ciudad. El orden quedó totalmente restablecido. A los dos días debía tener lugar una gran fiesta Hindú. La multitud tranquila y formada en gran parte de mujeres y niños se dirigió al lugar tradicional. El general había prohibido todo *meeting* por una orden de la noche anterior; pero nadie tenía conocimiento de tal orden. El general vino con ametralladoras al lugar de la fiesta. Ninguna intimación previa fué hecha y treinta segundos después de la llegada de las tropas se abrió el fuego sobre la muchedumbre indefensa. Duró diez minutos hasta que se agotaron las municiones. El terreno estaba rodeado de altas murallas; la fuga era imposible; de quinientos a seiscientos hindúes fueron muertos y muchos más quedaron heridos. La ley marcial fué proclamada en el país. Un régimen de terror aplastó al Penjab. Aviones arrojaban bombas sobre multitudes desarmadas. Los más honorables ciudadanos fueron arrastrados ante tribunales militares, obligados a arrastrarse de vientre por el suelo, azotados, sometidos a vergonzosas humillaciones. Se habría dicho que un viento de locura soplaba entre los dominadores ingleses. Como si la ley de no-

violencia, proclamada por la India, hubiera tenido como primera consecuencia, dice Romain Rolland, exasperar a los violentos de Europa hasta el frenesí. Gandhi no lo ignoraba. No había prometido a su pueblo llevarlo a la victoria por una senda blanca. Le había prometido la vía sangrienta.

«Debemos estar prontos, les dijo, a mirar con igualdad de alma no solo mil asesinatos de hombres y mujeres inocentes, sino muchos millares antes de que la India alcance en el mundo el rango en que no será jamás superada... Que cada cual contemple el ser ahorcado como un asunto ordinario de la vida.»

Gandhi no reclamó venganza alguna. «No se puede tener rencor contra un loco, decía; pero es menester quitarle los medios de hacer mal.» Pedía que se retirara al general Dyer; pero los culpables fueron no solo mantenidos en sus puestos sino recompensados.

Se agregó a las dificultades de la situación anterior el movimiento unánime de los musulmanes, que se quejaban también de falta de cumplimiento de las promesas que les hiciera el gobierno inglés antes de la guerra. Mahometanos e hindúes se unieron en un solo block y, perdida toda esperanza de reforma y de justicia, acordaron a mediados de 1920 la no-cooperación.

Gandhi predicó insistentemente que debía llevarse a cabo sin ninguna violencia; le causa horror el desorden, la *mobocracia*, la indisciplina de las masas. Gandhi envió al virrey todas las condecoraciones y títulos de honor que había recibido del gobierno inglés. Su ejemplo fué seguido. Centenares de magistrados presentaron su dimisión. Millares de estudiantes se retiraron de los colegios. Los tribunales fueron abandonados.

Atendiendo a la salud de la raza era menester formar ligas de temperancia contra «La maldición de las bebidas». Fueron boycoteados los vinos de Europa. Gandhi tuvo que impedir que las multitudes cerraran por fuerza o saquearan almacenes de bebidas.

Para asegurar la independencia económica nacional recomienda el apóstol, la restauración de la antigua industria doméstica de los tejidos a la ruca. Hindúes y musulmanes unidos en fervor nacionalista declaran la guerra a las telas extranjeras y no llevan más que las tejidas en el país. En Bombay, en Agosto de 1921, se forman inmensas hogueras de telas riquísimas y, como en los tiempos de Savonarola, se queman en medio del alborozo de las multitudes.

Gandhi ha querido además que su país sacuda el yugo de la cultura europea. Ha fundado la universidad popular de Gujerat; ha creado un instituto para formar profesores que son verdaderos monjes animados del más espiritual celo nacionalista y religioso. Para hacer la India nueva ha querido formar una legión sagrada de apóstoles. Gandhi no es como nuestros revolucionarios europeos, dice Rolland, un fabricante de leyes y decretos. El es cincelador de una nueva humanidad.

El año 1921 marca el apogeo del ascendiente de Gandhi. El pueblo lo venera como a un santo y el Congreso Nacional de toda la India lo inviste de plena autoridad; le delega sus poderes con la facultad de elegirse un sucesor. Es el conductor no discutido de la nación hindú. Depende de él desencadenar la revolución política; pero no lo hace.

Es año, sin embargo, de sacudidas violentas. La rebelión fermentaba y las represiones brutales del gobierno no hacían más que precipitar su ritmo.

Con motivo de la llegada del Príncipe de Gales a Bombay el populacho atacó a los elementos oficiales y de las clases altas que querían festejarlo. Hubo saqueos, muertos y heridos. Gandhi se sintió, como él lo expresó, transpasado de dolor por estos sucesos. Acudió a impedirlos hasta donde pudo y, para castigarse él mismo por las violencias de los demás, se impuso un ayuno religioso de veinticuatro horas por semana.

Vinieron nuevas medidas de represión por parte del gobierno; las prisiones se llenaron con millares de inculpados.

El entusiasmo para engrosar las filas se intensificó en los hindúes. Una nueva huelga solemne de carácter religioso fué proclamada para el día de la llegada del Príncipe de Gales a Calcuta y el Príncipe atravesó la ciudad por calles desiertas.

El Congreso Nacional de toda la India confirmó la doctrina de la no-cooperación, invitó a todos los ciudadanos a ofrecerse como voluntarios a fin de que fueran arrestados, los invitó a organizar meetigs en todas partes, proclamó su fe en la desobediencia civil, igual en fuerza y superior en humanidad a la rebelión armada.

Fué rechazada una moción que pedía la implantación de la acción violenta para llegar lo más pronto a la independencia completa de la India.

Estaba a punto Gandhi de lanzar la desobediencia en masa y así lo había comunicado en una carta al virrey, cuando un nuevo hecho sangriento lo detuvo. Policiales que habían atacado a la multitud en una procesión fueron acometidos a su vez y obligados a refugiarse en sus cuarteles. La muchedumbre les prendió fuego a éstos y los policiales fueron sacrificados sin misericordia. Fué la tragedia de Chauri-Chaura.

A Gandhi no le tocaba ninguna responsabilidad en el hecho; pero asumió la responsabilidad y suspendió su acción revolucionaria.

Las palabras que lanzó en esta ocasión rebosan unción religiosa admirable. Para castigarse por el crimen de su pueblo decreta para sí mismo un ayuno continuo de cinco días. Gandhi desearía sufrir el solo por ellos; pero aconseja a los culpables entregarse al gobierno y confesar, porque han hecho un mal terrible a la causa que querían servir, «Quisiera sufrir todas las humillaciones, todas las torturas, el ostracismo absoluto y aún la muerte para impedir que nuestro movimiento se convirtiera en violencia o precursor de violencia.»

Vuelve a condenar la violencia cuando ve que se acerca la hora de su propia prisión. «Que el pueblo considere el día de mi arresto, dice, como un día de regocijo». El más bello testimonio de honor que el pueblo puede rendirle en esa ocasión, según él, es conservar una paz perfecta. Así irá a la victoria.

Fué encarcelado en Marzo de 1922. Se le acusaba de todo el movimiento de desafección contra el gobierno, de los sucesos sangrientos de Bombay y Chauri-Chaura y de algunos artículos recientes. En uno de ellos decía: «No hay compromiso posible con el Imperio mientras el león británico nos amenace con sus garras sangrientas. El Imperio Británico, levantado sobre la explotación organizada de las razas físicamente más débiles de la tierra y sobre un despliegue convencional de

fuerza bruta, no puede durar si existe un Dios justo que gobierne el universo. Ya es tiempo de que el pueblo británico se dé cuenta de que el combate empezado en 1920 es un combate hasta el fin, ya dure un mes o un año, meses o años. Ruego a Dios que dé a la India humildad y fuerza suficientes para permanecer no violenta hasta el fin; pero someterse a estos insolentes desafíos es imposible.»

Gandhi aceptó la acusación en todas sus partes. Mostró en seguida porqué de leal cooperador al régimen británico se había convertido en no-cooperador intransigente. Pintó su vida pública desde 1893. «¡Cuánto había tenido que sufrir como hindú! Veinticinco años luchó por mejorar el régimen británico creyendo posible su perfeccionamiento sin separar a la India del Imperio. Pero desde 1919 los ultrajes y las injusticias han sobrepasado la medida. Y el gobierno, en lugar de repararlas, ha honrado, pensionado y recompensado a los culpables: supremo desafío a la conciencia de la India. Ya las reformas mismas propuestas por Inglaterra serían mortales para la India.»

El gobierno reposa sobre la explotación de las masas. La ley está hecha para favorecer esta explotación. La administración de la ley se halla prostituida al servicio de los explotadores. Un sistema sutil y eficaz de terrorismo ha envilecido al pueblo, le ha enseñado el disimulo. La India está arruinada, hambrienta, degradada... Ninguno de los gobiernos que la han oprimido le ha hecho tanto mal como Inglaterra. La no-cooperación con el crimen es un deber. «Señores jueces, terminó, dimitid o castigadme.»

Fué condenado a seis años de prisión. La sentencia fué recibida con religioso silencio por toda la India. Millares de indios fueron encarcelados en seguida y aceptaron su destino con tranquila alegría.

El desenlace del drama queda pendiente. Mientras tanto, la no-violencia ha sido enseñada a la humanidad con el ejemplo de los más cruentos sacrificios, como el único camino digno que se debe seguir, como la primera condición de toda vida espiritual.

Y termina Romain Rolland:

«Las grandes apariciones religiosas en el Oriente tienen un ritmo. Una de dos: o la de Gandhi vencerá, o se repetirá, como se han repetido el Mesías y Buda, hasta la encarnación completa en un semi-dios mortal del principio de vida que llevará hacia la nueva etapa de la humanidad nueva.»

E. M.

A. V.

México y el Indolatinismo



N el «Repertorio Americano» que García Monje edita y dirige en San José de Costa Rica, un escritor mexicano, Humberto Tejera, ha publicado, en uno de los últimos números del semanario de cultura hispánica, un estudio que titula «México y el Indolatinismo».

Interesante, muy interesante es el ensayo de Tejera. Quiere en él reivindicar para la gran república indolatina cierto carácter que habría de distinguirla entre las veinte naciones de la raza.

A la primitiva homogeneidad inorgánica en que se confundían las colonias de España y Portugal, ve sucederse ya *una heterogeneidad definida y coherente*, regida por un proceso de *trabazón y fronteras, de solidificación política e idealista, entre estos pueblos que poseen tierras, aguas, razas, lengua y peligros comunes*.

Recursos voluntarios, nacidos de esa visión integral, profunda, consciente, que parece guiar las normas políticas modernas, recursos basados en *el esclarecimiento de los intereses verdaderos, nacionales y populares, por la libre expresión y propaganda de la verdad*, dirigen a este grupo étnico en su movimiento general hacia la solidaridad: *Federaciones y confederaciones, alianzas, intensificación comercial, facilidades aduaneras y fronterizas, intercambio escolar y de publicaciones, fraternidad intelectual y artística, excursiones; en fin, todos los mil y un medios de propaganda conocidos, serán los factores decisivos para dar vida al acercamiento indolatino*.

Al Sur de la América, Argentina, Uruguay, Chile y buena parte del Brasil han sido invadidos por una enorme corriente de inmigración europea que los hace *simples trasplantes* del viejo continente. Las transformaciones, las desviaciones del idioma revelan el sentido de este proceso.

El aumento de la riqueza industrial determinado por el acrecentamiento de la población hábil para el trabajo, señala Tejera, únese en estas naciones a la organización política constitucional y a la imitación de las ciencias, artes y costumbres europeas.

En las demás repúblicas suramericanas y en Centro América *perdura el estado colonial*. La situación racial no ha sido modificada en forma sensible, porque ha faltado aquí la fuerte corriente inmigratoria que determine una rápida absorción o asimilación. *Las razas indígenas y africanas permanecen embrutecidas*, y como al margen de la vida nacional. *Es lo mismo que dejaron los últimos capitanes generales*.

Si el Sur de nuestra América deviene europeo y el Centro permanece en pleno siglo XVIII, en el extremo Norte, en México, existe la verdadera originalidad indolatina y el espíritu que habrá de dominar en el conglomerado de veinte repúblicas, si es que algún día han de tener un espíritu común. Hé aquí cómo termina nuestro autor esta ojeada de conjunto a lo que es hoy en día en realidad política y en fuerzas potenciales, el mundo latinoamericano.

Este carácter distintivo de la cultura mexicana ha sido determinado, en el sentir de Tejera, por motivos de varia naturaleza: geográficos, históricos, etnológicos, políticos y sociales, artísticos y espirituales. Quiere él, luego, contemplar su armónico movimiento en toda su *vibrante amplitud*.

México establece el contacto geográfico entre las dos Américas. Región dotada de enormes riquezas, ha padecido un siglo entero *los más recios golpes del imperialismo yanqui*. Ha podido sufrirlos y sobreponerse a ellos por el carácter de su raza. La serenidad, el estoicismo, el ánimo acerado que sabe sufrir el dolor sin agobio, ha sido *la muralla de bronce indígena* que ha impedido una excesiva penetración yanqui en la América Central. México ha sido el baluarte del indolatinismo.

Ya no es fácil que México pueda dejar de cumplir esta misión defensiva. La prueba parece seria y suficiente; una mayor cultura da a esta actitud la fuerza y permanencia de los actos que han logrado ubicarse en la conciencia. Si el baluarte mexicano llegara a derrumbarse, *el aluvión yanqui llegaría hasta el Amazonas*.

El motivo histórico cobra fundamento en la significación que tuvo México para la cultura americana desde la Colonia. Más remotamente aún, arraiga este motivo histórico en lo que era ya esta raza en *aquellas épocas grandiosas en que toltecas, mayas y aztecas levantaban ciudades, pirámides y templos y hacían descubrimientos fundamentales*.

Más importante todavía es el motivo etnológico. *México es el país americano en que predomina la población indígena y en que esta población es más civilizada.* Nombres altísimos dió a la historia la raza mexicana. Mientras en todas las demás naciones latinoamericanas, —en el Perú mismo,—el indio quedó en inferior plano, subordinado, valorado sólo como elemento inferior de trabajo, como *raza de trabajo*, el indio mexicano se incorporó a la nación y actuó en la alta historia de su pueblo.

La habilidad del indio mexicano, su aptitud de cultura, su capacidad de civilización, hanse puesto de manifiesto ampliamente en la asimilación de las ciencias, artes y manufacturas extrañas.

La solución racional del problema étnico de la América sólo ha sido posible o sólo ha sido hallada y puesta por obra en México: *vincular al indio, por la educación y los medios iguales de cooperación social, a las demás razas.* Es éste el pueblo americano en que el indio supo alcanzar un valor social más alto y en que sus relaciones con las razas extrañas se fundamentaron sobre el tácito reconocimiento de su dignidad de hombre.

Desde el triunfo de Juárez, los motivos políticos y sociales que señalan a este pueblo entre los demás indolatinos, se han venido sucediendo. Fueron primero la separación de la Iglesia y el Estado, la federalización de las provincias, la tenacidad consciente para imponerse,—aun a costa de sacrificios durísimos,—al respeto internacional. Después, la revolución que se inicia en 1910 ha manifestado como en ningún otro pueblo de América la voluntad de hacer frente profunda y vastamente a la cuestión social que agita al mundo entero. La Constitución Mexicana de 1917 es producto e índice de este esfuerzo. La defensa de los intereses económicos nacionales frente a la invasión extranjera, el feminismo y las leyes que organiza la familia, la política social moderna llevada a la realidad de las relaciones entre la riqueza propia y el capital extranjero y entre los trabajadores y los capitalistas internacionales, todo nos muestra que este formidable movimiento nacional mexicano es lo que ha de llamarse, con todas sus letras, una Revolución, y tiene de ella las extensas proporciones y el vasto significado.

Las artes mexicanas, hoy como en los tiempos precolombinos, son las únicas originarias y valiosas del continente. Siempre se habla de una «civilización mexicana» en la historia de la cultura universal.

México tiene música propia, cerámica y tejidos marcados con el sello azteca, tesoros arqueológicos únicos y crecientes, y hasta indumentaria y costumbres particulares.

No es menor que este acervo de cultura artística, arraigado profunda y largamente en el alma mexicana, la extraordinaria aptitud científica de este pueblo. A España fueron, durante la Colonia, artistas, filósofos, hombres de ciencia mexicanos. Hoy culmina esta cultura particular, de la tierra y de la raza, acrecentada por los aportes del pensamiento general y unida a él, en el altísimo pensamiento de José Vasconcelos, cuya labor literaria y filosófica es de valor no discutido y cuya acción en la Secretaría de Educación de su patria no tiene par en América.

No vale oponer a este conjunto de cualidades positivas los defectos propios de la raza. Estos mismos vicios sirvieron a veces para afirmar la acción de este pueblo en defensa del indolatinismo: sean ejemplo la ferocidad y pujanza extraordinarias de los pobladores de México.

Hé aquí, resumidamente expuestos los antecedentes que pone a nuestra vista Humberto Tejera para conducirnos a esta conclusión de conjunto: *esta República, en todos respectos, está en camino de realizar la civilización material y la cultura espiritual originaria, autóctona, propia, a que deben aspirar las demás naciones del mismo grupo étnico.*

El camino por donde la gran nación indolatina es conducida hacia la realización de sus destinos como pueblo, debe ser conocido y aprovechado como ejemplo y norma por los demás pueblos de la raza. Los siglos futuros les reservan vida muy alta en el concierto de la nueva solidaridad humana, basada en las profundas, verdaderas diferencias raciales, de cuyo fondo surge, cimentado sobre principios vitales, un fecundo impulso de expansión humana.

México ha creado y dirige esa norma que nos conduce a la presentida conjunción, y será el magno prodigio histórico si llega a fortalecer y arraigar el amor del hombre por el hombre, por sobre las razas y diferencias, y de los pueblos para los pueblos, por sobre las fronteras.

¿Hay en todo esto algo de la sugestión inmediata de la tierra sobre el pensamiento? ¿Encontramos aquí ese entusiasmo que logra in-

corporarse a la visión teórica de las cosas, provocado por el pensamiento vibrante de algunos intelectuales y artistas mexicanos que vieran surgir una floración de adentro hacia afuera donde no hubiera sino la proyección de esfuerzos particulares, inteligentes, conscientes? Quien sabe... En todo caso, es muy interesante el punto de vista que Humberto Tejera ha resumido y expuesto con claridad y fervor.

A. V.

La Economía y las Ciencias

(Discurso inaugural pronunciado por el Dr. Carlos Keller al iniciar su Curso de Ciencias Económicas en la Universidad de Concepción)



Si la tarea fundamental de toda ciencia arrojarle en aquel inmenso mar de la vida palpitante, siempre nueva y en continuo movimiento, para estudiar sus fenómenos, tratar de reducirlos a leyes o tendencias generales y elementales, formar un sistema y darles una explicación razonable.

Toda la gigantesca obra de los sabios, de los verdaderos investigadores, gira alrededor de este profundísimo anhelo humano de establecer la armonía entre el universo,—entendido aquí como entidad fuera del hombre,—y la razón humana. El hombre quiere dominar el universo por medio de su razón. Erige sistema tras sistema, sin llegar jamás a tan apetecido fin. Y llega, por fin, a convencerse,—como dice Goethe,—de que al dividir el universo por la razón humana, siempre resulta un milagroso resto, en cuya eliminación nuevas generaciones emplearán todas sus actividades.

Pero al iniciar un nuevo curso universitario, no conviene detenerse en especulaciones que quizás podrían tildarse de escépticas.

Dije que el hombre trataba de investigar el universo. Desde un principio, aquel universo se le presentaba, en verdad, al hombre, como una sola entidad. Así podemos observar en los filósofos medievales la tendencia de subordinar todo el universo a un solo ser—Dios,—cuya persona se creía penetraba todos los fenómenos. Pero más tarde aquella primitiva unidad se convierte en una dualidad. En los últimos decenios, esta tendencia ha llegado a prevalecer. El mundo es una dualidad: de una parte se nos manifiesta como simple naturaleza, de otra, como entidad social.

El hombre pertenece a ambas, pues, por una parte es un simple ser orgánico determinado por factores naturales, y por otra, es el determinante de la historia, de la evolución social.

La naturaleza está sometida a verdaderas y rigurosas leyes que determinan con toda exactitud sus fenómenos. El hombre no tiene influencia en ellas. Sólo puede estudiar sus condiciones para emplearlas en su beneficio; pero no puede alterar su curso. En cuanto ser natural, está sometido a ellas y forma un simple organismo sin voluntad propia o libre albedrío.

El universo, como sociedad, como historia, es un producto de la acción humana. En él el hombre tiene ingerencia; puede darle a sus fenómenos un determinado curso. La sociedad está sometida en su evolución a ciertas leyes que no se pueden considerar idénticas a las leyes naturales. El término ley adquiere aquí el sentido de tendencia. No es posible determinar con aquella maravillosa seguridad del astrónomo o físico los efectos que tendrá alguna causa. No puede anli-

carse aquí en una forma idéntica a la de las ciencias naturales la ley de la causa y del efecto.

Pero, del otro lado, tampoco puede negarse la existencia de ciertas tendencias que dan a la historia un determinado aspecto uniforme, y por lo tanto, susceptible de investigaciones científicas. Si no existieran estas tendencias, no sería posible estudiar en una forma científica,—es decir, generalizadora,—el mundo como historia, como sociedad.

Ahora bien, aquellas cuestiones fundamentales a que me referí primero, o sea, los problemas del universo y de la razón humana, pertenecen a la filosofía, ciencia básica y común a todas las demás ciencias, que, en verdad, sólo son sus hijas. Os encarezco, pues, el estudio de la filosofía, sin cuyo conocimiento el hombre siempre andará en tinieblas.

La filosofía se ocupa de las cuestiones fundamentales de aquella dualidad del universo formada por las ciencias naturales e históricas o sociales. La economía pertenece a esta última categoría. Las cuestiones fundamentales comunes a los diversos ramos de las ciencias históricas, como ser: religión, artes, política, toda la cultura humana, la economía, etc., son estudiadas en el Curso de Sociología. Él se ocupará de todos los problemas relacionados con la sociedad humana; su origen, la génesis de la cultura, las diferentes grandes culturas que se desarrollaron en nuestro planeta, la cultura occidental en especial, sus diferentes manifestaciones, etc.

Habiéndose cimentado sobre base sólida filosófica y sociológica, se comprenderá también que la ciencia económica no es en manera alguna una ciencia estéril y prosaica, como se cree vulgarmente, sino que forma un exponente, tan interesante como otro cualquiera, de la cultura, y que las raíces de la economía le son comunes a ella y a todas las demás ramas de la cultura humana. Cada fenómeno, al parecer insignificante, de la vida cotidiana, presenta un aspecto simbólico y profundo de la vida de los pueblos.

Esta aseveración, que quizás extrañará a muchos, se puede comprobar fácilmente por medio de la definición de la economía.

La economía es aquella rama de las actividades humanas que se dedica a satisfacer las necesidades del hombre.

El hombre puede matar un animal para cubrirse con su piel; puede recoger frutos en el bosque para comerlos; pero también puede fabricar tejidos por medio de máquinas complicadísimas y puede satisfacer su hambre por medio de cereales y frutos cultivados mediante métodos científicos e importados de regiones lejanas.

a.—Tenemos que ver, pues, con ciertas necesidades humanas. Estas necesidades pueden ser de muy diferente índole. Pueden referirse a simples medios de subsistencia, o a deleites artísticos o espirituales, etc. Estas medidas varían en el curso de los siglos y en los diferentes pueblos. Sólo ciertas necesidades elementales les son comunes a todos los hombres, como por ejemplo la de satisfacer el hambre. Pero mientras más desarrollada se encuentra una sociedad, más variadas son las necesidades humanas. Están ellas determinadas por el grado de cultura que haya alcanzado un pueblo, es decir, tienen una base sociológica.

b.—En segundo lugar, tenemos que ver con los medios inventados por el hombre para satisfacer estas necesidades. Estos métodos son tan variados en el curso de los siglos y en los diferentes pueblos, como lo son las necesidades humanas.

Ni las necesidades humanas ni los medios empleados por el hombre para satisfacerlas pueden considerarse como factores naturales. Ambos forman parte del universo como entidad social y están, por lo tanto, sometidos a la ingerencia de la voluntad del hombre.

La historia de las necesidades humanas y de los medios adoptados por el hombre para satisfacerlas, se estudiará en el curso de historia de la economía. En él se estudiarán algunos sistemas económicos exóticos, como el de los egipcios y babilonios, de los incas, para considerar detenidamente el desarrollo de la economía occidental. En este curso se estudiará, de una parte, el desarrollo de la economía, y por otra, el de la ciencia económica.

En las culturas primitivas prevalece la economía familiar, es decir, cada familia produce todo lo necesario para su propia subsistencia, dentro del hogar, sin intercambio de productos. En el fundo feudal, en los predios rústicos de la Edad Media, toda la familia estaba ocupada en las diferentes labores agrícolas y del hogar. Ahí se criaban animales, se cultivaban los campos, se elaboraban los utensilios necesarios, se fabricaban tejidos, etc. Pero, más tarde, comenzaron a dedicarse ciertos individuos a determinados trabajos, se formaron las artes de los herreros, talabarteros, tejedores, alfareros, etc. Ya no se producía en cada hogar lo precisamente necesario para la familia: comenzó a desarrollarse un intercambio de productos. Mediante esta división siempre mayor del trabajo, cada familia llegó, por fin, a perder completamente su independencia, formándose la economía social, en que todos dependen de todos. Todos los individuos, en conjunto, producen para el mercado, es decir, para todos. Sólo el trabajo común de todos los hombres hace posible la existencia. Nuestra economía moderna no es una economía individual, sino social. Y el conjunto de todos los individuos de un pueblo forma la economía nacional. Una tercera etapa en este desarrollo es la economía mundial, en la cual las diferentes economías nacionales entran en relaciones recíprocas, formándose un intercambio internacional de productos.

La economía familiar o individual pertenece a la historia y no es para nosotros de tanto interés como la economía nacional. La economía mundial cabe en el margen de la economía nacional, pues, en ella, el intercambio tiene lugar entre las diferentes naciones (no entre los individuos, como se supone generalmente: sin considerar el balance de pagos de las diferentes economías nacionales no es posible estudiar su verdadero carácter).

Prescindiendo del carácter social de cada organismo económico, puede también estudiarse la economía de cada empresa económica separadamente, para determinar los métodos que emplea en sus actividades. Es decir, se considera la economía desde el punto de vista individual de cada empresa. Es éste un grupo vastísimo de investigaciones, que nos conduce a ciencias que no pertenecen a la nuestra. Se puede estudiar la tecnología, las cualidades químicas y físicas de las mercaderías, la agronomía, etc. Pero todas estas ramas no pueden ser estudia-

das hoy en día por una sola persona: su conocimiento cabe a los ingenieros, químicos, agrónomos, etc. En el período mercantilista, es decir, en los siglos XVI, XVII y XVIII, estas ramas pertenecían aun a la economía, o mejor dicho, a las ciencias que se llamaban en aquel tiempo «cameralia». Su principal objeto era la preparación de empleados administrativos, fiscales, que se empleaban en las empresas y en los dominios reales.

Limitándonos al aspecto netamente económico y mercantil de las empresas, podemos estudiar las formas de organización generales que se emplean en una gran cantidad de establecimientos. Un curso de esta índole tendrá lugar en el próximo semestre (organización mercantil). Pero, es imposible estudiar todos los aspectos de la vida económica complicadísima de nuestros días; nos tendremos que limitar, en consecuencia, a presentar algunas formas de uso general.

La economía se compone de dos diferentes partes: una general o teórica y otra especial o práctica. La diferencia, entre ambas está bien marcada. Podemos establecer ciertas categorías económicas que forman la base de toda la economía actual. Todo problema económico está relacionado con la producción, la distribución y el consumo de productos; toda operación económica es efectuada por una empresa capitalista. En todas las economías nacionales existen crisis que interrumpen su regular desarrollo. La producción tiene lugar por la cooperación de varios factores: suelo, trabajo, capital. Al distribuirse los productos, se desarrollan las categorías del valor, del precio, de la moneda, del crédito. El consumo de los productos está determinado por las categorías de la renta, del salario, de las ganancias industriales. Todos estos fenómenos de nuestra economía pertenecen a la economía general o teórica. Forma ésta, pues, una descripción básica de toda la economía.

La economía especial, en cambio, se ocupa de las diferentes ramas de la producción: la agricultura, las industrias, la minería, el comercio. En ella no se trata solamente de una descripción del carácter de la economía actual, sino, además, del estudio de una política económica, es decir, de los medios de que disponen el productor y el Estado para obtener un mayor rendimiento y para posibilitar un mayor desarrollo de la economía.

Una tercera gran rama de la economía es la economía del Estado, que es el organismo económico más poderoso. En él se estudian en particular los medios de que dispone para poder cumplir sus funciones (derechos aduaneros, impuestos, etc.) Se intitula este curso Hacienda Pública o Finanzas.

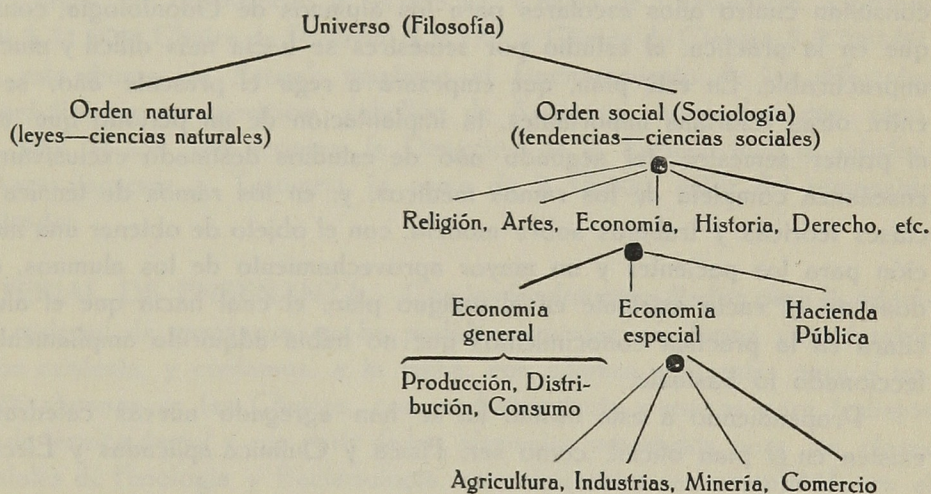
La economía comprende varias materias que le pertenecen a otras ciencias. En primer lugar, me refiero al Derecho. El sistema de derecho de todos los países se refiere en gran parte a la economía. Derecho y economía forman dos diferentes aspectos de la organización y de la vida de las naciones. No existe ninguna categoría económica que no tenga por base una categoría de derecho. Podemos decir, pues, que el derecho forma una tela, cuyas mayas penetran toda la vida económica. El derecho se refiere a la parte formal de la vida social, la economía, a su contenido material. No es posible adquirir un conocimiento perfecto de la vida económica sin haber estudiado las leyes que se refieren a ella.

Por otra parte, no es posible que un juez, abogado o legislador sea capaz de cumplir sus obligaciones sin tener un conocimiento bien fundado de la economía. En nuestros días, en que la vida va adquiriendo aspectos cada vez más complicados y desarrollados, se impone el estudio de las ciencias económicas.

Otras ciencias relacionadas con la economía son: la historia, la psicología, la ciencia administrativa y constitucional. Por medio de su administración, el Estado influye poderosamente en la vida económica; su constitución contiene las bases del capitalismo moderno.

La estadística forma una ciencia auxiliar de gran importancia para nuestra ciencia. Su perfecta aplicación sólo es posible después de haber obtenido una completa preparación científica en la economía. La estadística vulgar no tiene méritos científicos; sus resultados no tienen en general, ningún valor. La estadística es un mero medio auxiliar del economista, destinado a servirle. Su empleo sólo debe tener lugar por economistas preparados especialmente para este objeto, de la misma manera que un instrumento médico sólo es de utilidad manejado por la mano diestra de un perfecto cirujano y no por la de cualquier lego.

Para resumir estas ideas sobre la economía y la ciencia, presentaré el siguiente esquema:



La Escuela Dental de la Universidad de Concepción

(Párrafos que se contienen en la Memoria presentada al Directorio de la Universidad por el Director de esta Escuela, señor Serapio Carrasco)



N este quinto año de labor, nos hemos empeñado en imprimir a los estudios de Odontología los rumbos netamente científicos que deben tener, como ciencia que es ésta de tan alta importancia para la salud e higiene social.

Durante los cuatro años anteriores, nos hemos ocupado preferentemente en el régimen interno, en la disciplina, en dotar a las clases, clínicas y laboratorios de los elementos necesarios para hacer más eficiente la enseñanza.

Este anhelo de orientación científica ha sido ampliamente realizado en el curso del presente año y hemos podido dar completo desarrollo a los programas de estudio con halagadores resultados.

Nuestro deseo de perfeccionamiento de la Escuela Dental nos ha hecho presentar al H. Consejo de la Universidad un nuevo plan de estudios, en que se consultan cuatro años escolares para los alumnos de Odontología, considerando que en la práctica, el estudio por semestres se hacía más difícil y muchas veces impracticable. En este plan, que empezará a regir el presente año, se consulta, entre otras reformas importantes, la implantación de un período que comprende el primer semestre del segundo año de estudios destinado exclusivamente a la enseñanza completa de los ramos médicos, y, en los ramos de técnica dental, a clases teóricas y trabajos sobre modelo, con el objeto de obtener una mejor atención para los pacientes y un mayor aprovechamiento de los alumnos, destruyéndose así el vacío existente en el antiguo plan, el cual hacía que el alumno ejercitara en la practica conocimientos que no había adquirido ampliamente ni perfeccionado lo bastante.

Propendiendo a este mismo fin se han agregado nuevas cátedras que no existen en el plan oficial, como ser: Física y Química aplicadas y Electroterapia.

MATRÍCULA.—Se obtuvo una matrícula de ciento catorce alumnos, distribuidos en los diversos cursos como sigue: 35 en el primer año, 40 en el segundo, 23 en el tercero y 16 en el séptimo semestre. La asistencia media anual fué de 105 alumnos.

EXÁMENES DE PROMOCIÓN.—Las comisiones designadas por el Honorable Consejo de Instrucción Pública para recibir las pruebas de primera y segunda promoción que, en conformidad al reglamento, deben rendirse al terminar el primero y último curso, cumplió su cometido el día 22 de Diciembre, y fueron aprobados 20 alumnos entre 29 del primer año y los 8 alumnos del 7.º semestre que se presentaron a examen.

PROFESIONALES.—Del primer curso de esta Escuela, tenemos ya 8 dentistas titulados que ejercen con brillo la profesión, y algunos de los cuales pertenecen al personal docente de nuestra Escuela. Uno de ellos, enviado por la Universidad, perfecciona en Europa métodos de investigación y laboratorio, con el objeto de aportar sus conocimientos a la Escuela.

CLÍNICAS PÚBLICAS.—La confianza del público respecto de los servicios de las Clínicas de la Escuela va en aumento, y es así como en número de 6,000 enfermos fueron atendidos durante el año último, distribuidos en la forma siguiente: Clínica de Cirugía Oral (extracciones y enfermedades de la boca): 4,400; Clínica de Operatoria: 900 enfermos, con un total de 4,040, de las cuales corresponden: trabajos en oro 1,450; silicatos y porelanas, 647 y amalgamas 1,943. Clínica de Ortodoncia, Puentes y Coronas: 400 enfermos, de los cuales corresponden Coronas 489 y Puentes 42. Clínica de Prótesis: 300 enfermos, de los cuales corresponden: 232 placas; 26 placas Bonwill y 42 composturas de placas.

TESORERÍA.—Los honorarios que la Escuela percibió por estos servicios ascendieron a la suma total de \$ 61,524.19. Se reparten en la proporción siguiente: Clínica de Operatoria: \$ 38,985.50; Clínica de Ortodoncia, Coronas y Puentes: \$ 11,992; Clínica de Prótesis: \$ 8,177, y Clínica de Cirugía \$ 2,369.69.

Con este dinero, la Escuela mantiene el funcionamiento de las diferentes Clínicas prácticas y sus servicios, pabellón de Anatomía, agua, luz, gas, aseo.

Aun más, el año que termina, la Dirección de la Escuela tuvo la satisfacción de hacer ingresar a Tesorería la suma de \$ 16,000, valor del remanente de sus entradas.

MATERIAL DE ENSEÑANZA.—Con los fondos consultados para la adquisición de material de enseñanza, se ha podido aumentar en forma considerable la dotación existente, y contamos, a la fecha, con sillones suficientes para el trabajo de 80 alumnos en las Clínicas, con un Laboratorio y anexos para trabajos prácticos de técnica dental y con parte de los elementos necesarios para las clases experimentales de Fisiología y Bacteriología, que esperamos sea completado en el presente año. La instalación de Rayos X ha sido sustituida por otra consultada para el uso dental y de moderno sistema.

Estimamos que no llenaríamos debidamente nuestro propósito, si antes de terminar la presente Memoria, no manifestáramos nuestro reconocimiento hacia el H. Consejo Directivo por las facilidades que en todo momento ha encontrado de su parte la Dirección de esta Escuela y por la atención con que han sido acogidos sus esfuerzos por colocarla al nivel de los más modernos establecimientos de su clase. Es así como podemos tener la seguridad de ver comenzar en breve plazo la construcción de un edificio destinado especialmente al funcionamiento de la Escuela Dental, con lo cual quedarán salvados definitivamente los pocos obstáculos y deficiencias que hoy se presentan para el funcionamiento y desarrollo de esta Escuela Universitaria.

Homero y el Pensamiento Moderno

HOMERO ES ETERNO

Con el título que encabeza estas líneas publica un artículo C. J. Cadoux en el número de Marzo de la *Nineteen Century and After*. Extractamos sus ideas esenciales.



A *Iliada* y la *Odisea* a imitación de los grandes monumentos de piedra, se mantienen como recuerdos preciosos de un tiempo prehistórico y siempre nos imponen respeto con sus misterios y majestad indefinibles.

Reflejan un período y una civilización con la cual la mentalidad moderna tiene muy poco de común. Estamos muy distantes del mundo homérico, no solamente en cuanto se refiere al tiempo, sino también en cultura, política, religión, moral y arte.

No creemos en los dioses de Homero, ni tampoco aprobamos, afortunadamente, la ética homérica; sin embargo, la amamos y nos deleitamos en ellas. Nos gustan la viveza y armonía de las vibraciones musicales de los hexámetros homéricos, nos gusta el profundo conocimiento, que como Shakespeare, posee el viejo poeta del espíritu humano y que como él tiene el poder de describir.

El placer que encontramos en Homero, es la impresión sana de que el mundo en que vivimos, aún con todas sus diferencias, es un solo mundo; que el hombre, por desigual que sea a su hermano es siempre moldeado en una misma imagen. Y que la vida humana, como el arte, son de interés en todas partes y en todo tiempo, justamente porque son ellos los dones de un mismo Creador eterno.

Cuando Grote escribió su gran «Historia de Grecia», y aún mucho después, la *Iliada* y la *Odisea* eran las primeras entre las mejores obras que relatan cosas pasadas.

Se ha creído que un largo período de continuo progreso debió haber precedido a estas composiciones. Hoy se sabe que desde antes del año 5000 A. de J. C. hasta más o menos el año 1200 A. de J. C. la isla de Creta primero, luego otras regiones y finalmente Troya

fueron asiento de una alta cultura. Después tenemos que por el año 1100 A. de J. C. los aqueos, bajo las órdenes del rey Agamenón, se dirigieron a Troya, sitiaron a Ilión, saquearon las ciudades vecinas y finalmente destruyeron completamente a Ilión misma.

El sitio y destrucción de Troya, considerado por los historiadores más antiguos, solo como una mera invención, es hoy aceptado como un hecho histórico por los sabios más modernos. Es verdad que existen opiniones muy variadas respecto de lo que hay de cierto en las leyendas y hasta qué punto pueden admitirse ellas en la historia. Algunos como Bury, Hall y Farnell aceptan solo sus rasgos generales más algunos agregados de las investigaciones arqueológicas. Otros como Chadwick, aceptan más que aquellos, dan crédito por ejemplo, al rapto de Helena, a la ira de Aquiles, etc.

Sin embargo, cualquiera que sea la verdad respecto de Helena, lo esencial en la empresa ha sido el interés comercial, el deseo de tener libre acceso para negociar en el Mar Negro.

Viene a continuación del período de guerras, uno de tranquilidad favorable al desarrollo de la cultura y aquí debemos colocar los orígenes de la épica homérica.

Los cuadros de la vida, presentados en los poemas, comprenden pasajes tan familiares como aquellos que se refieren a los poetas que vivían en la corte de los jefes y caudillos. La Odisea por ejemplo nos cuenta como el ciego trovador Demódoco, en el banquete de Alcínoo canta los hechos de Odiseo y Aquiles, y los amores de Ares con Afrodita; como entristece a Odiseo hasta hacerlo derramar lágrimas, cuando le canta la toma de Ilión.

Usa su lira no solo para sus canciones sino también para acompañar las danzas en las reuniones.

El mismo Aquiles, el «beau ideal» del guerrero aqueo se divierte tocando su lira y cantando los gloriosos hechos de los hombres. Este Aquiles de Homero, no sólo es un guerrero glorioso y cruel; es una personalidad compleja; a pesar de su crueldad es compasivo, amoroso, ardiente: es la juventud misma.

Una serie de argumentos podrían probarnos que es en el siglo XI y en el sur de Tesalia donde se formó el núcleo de la Iliada de una manera definitiva. Algunos de esos argumentos serían los siguientes:

Primero.—Desde el punto de vista del tema se puede sostener que si la *Iliada* es el resultado de un creciente proceso, uno de los grandes escalones de ese crecimiento es el cuento original sobre la ira de Aquiles.

Aquiles se nos presenta como héroe tesaliense. El reino de su padre comprendía el rincón Sur Oeste de Tesalia. ¿Qué cosa más natural entonces que sus hechos heroicos fueran celebrados en esa misma región?

Segundo.—El dialecto. Los poemas homéricos en todos los textos existentes están escritos en una forma del dialecto jónico. Pero se ha observado que en algunos casos de palabras que tienen un valor métrico diferente en jónico y en eólico se prefiera la forma eólica. Esto vendría a probarnos que los poemas fueron compuestos, al menos en parte en un dialecto eólico y que más tarde fueron escritos en jónico. Una de las regiones donde se hablaba eólico era Tesalia.

Finalmente tendríamos otros argumentos que se refieren a la distribución de las razas que aparecen en los poemas y a las descripciones que el autor hace del Olimpo coronado de nieve, de las desoladas montañas y tierras silvestres, todas las cuales han sido especialmente familiares a los habitantes de Tesalia.

Apartándonos ahora del problema histórico de los poemas, es interesante ver algunos de los aspectos más atrayentes de la mentalidad homérica.

Podemos considerar imposible describir la majestuosa belleza de los versos mismos, con los cuales a medida que uno los lee se siente más y más encantado. Bossuet decía: «Antes de empezar a escribir, siempre leo un poco de Homero porque amo encender mi lámpara en el sol.»

Es curioso anotar el interés de Homero por la vida doméstica. «Ojalá que los dioses te concedan», dice Odiseo a la joven Nausikaa, todo lo que tu corazón desee: esposo, hogar y armonía; pues nada hay más noble y mejor que cuando marido y mujer mantienen su hogar en armonía con sus corazones.

Cuando Patroclo implora a Aquiles que tenga piedad de los griegos derrotados y derrama lágrimas ante él, Aquiles le dice: «¿Por qué lloras Patroclo, como una niña que va con su madre y, deseando que la tome en brazos, la tira del vestido, la defiende a pesar de

que está de prisa y la mira con los ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas.» El poeta alude a las experiencias más comunes de la vida diaria, y con el golpe de una varilla mágica les dá un portentoso valor artístico.

El habla de escenas del día diciendo, por ejemplo, que era la hora «cuando un guarda-bosque prepara su comida entre las hondonadas, cuando él ha dejado de cortar altos árboles, y el cansancio viene a su alma, y el deseo de un sabroso alimento le toma el corazón.»

La hospitalidad es concedida libremente a los extranjeros, «porque todo extranjero y mendigo viene de Zeus y un insignificante regalo para ellos es agradecido por él.»

Las virtudes de simpatía, ayuda mutua, estímulo, etc., encuentran frecuente mención en frases que son especie de proverbios, como «Ningún provecho se saca de las lamentaciones.» «Un compañero prudente no es menos que un hermano.»

La Ética del mundo homérico, es por supuesto, primitiva y salvaje. Muchos de los grandes guerreros son culpables de una ferocidad que no tiene excusas dentro de las exigencias militares. Sin embargo no faltan los héroes que tengan a veces rasgos de ternura femenina.

Finalmente, cuando consideramos el tono religioso del mundo homérico, nos encontramos primero con una tendencia hacia el fatalismo que aun podría llamarse pesimista. Para Homero, la «Felicidad» pertenece sólo a los dioses; el hombre nace para sufrir, así como las chispas se dirigen siempre hacia arriba.

El resultado del tipo del hombre homérico es una mezcla de una audaz confianza en sí mismo con una humilde creencia en la realidad de la ayuda divina.

El conocimiento moderno no puede analizar a Homero en todo su valor.

Así sucede con toda buena poesía.

Se pueden resolver los problemas relacionados con la fecha en que el poema fué escrito y las condiciones de su autor; reconstruir y resumir la opinión que el poeta tiene respecto de la vida; se pueden estudiar sus lecciones morales; probar la sinceridad de sus cuadros sobre la naturaleza humana. Y sin embargo después de todo este estudio, queda un algo que no está contenido en ninguna de estas for-

mas estudiadas, y que a pesar de todo, es el alma de la obra entera.

Podemos detallar las numerosas excelencias de la poesía homérica, pero no podemos apreciarlas ampliamente, pues están sobre nosotros. Simplemente decimos: «esta es poesía, esta es belleza.»

A. G.

André Maurois

Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)

VII



SOLO en Londres, sin amigo, sin ocupación, sin dinero, Shelley se desesperó. Pasaba los días en su pieza componiendo versos melancólicos y escribiéndole cartas a Hogg. En la noche se acostaba a las ocho, porque no sabía qué hacer. Y únicamente el sueño le impedía contarse sin reposo la historia de sus desdichas. En cuanto se dejaba llevar por sus pensamientos, la imagen de su bella e inconstante prima obsesionaba su cerebro vacío, torturándolo. A golpe de silogismo trataba de combatir esas aspiraciones dolorosas.

«Yo amaba a un ser—se decía.—Ahora bien, el alma de este ser no es ya lo que era. En consecuencia, este ser no existe, porque yo amaba su alma y no su cuerpo. Lo mismo podría hablar de amor a los gusanos que un día engendrarán, en el horror de la tumba, el cuerpo de mi bien amada...»

Este razonamiento le parecía tan bueno que se admiraba de no hallar en él ningún consuelo.

La cuestión económica se ponía grave. M. Timothy no daba signos de vida. Un día lo encontró por las calles de Londres y le preguntó políticamente:

—¿Cómo está, señor?

Por toda respuesta recibió una mirada sombría como cielo de tempestad y un majestuoso:

—Servidor de Ud., señor.

Por felicidad sus hermanas no lo olvidaban y le remitían algunos peniques. Era todo lo que tenía para vivir. Elisabeth permanecía muy vigilada en Field Place, pero las dos menores habían entrado a la Academia de Jóvenes de Mrs. Fenning en Clapham, y luego las alumnas de Mrs. Fenning conocieron los bellos ojos, las camisas abiertas y los rizos flotantes del hermano de Elena Shelley.

Llegaba con los bolsillos llenos de biscochos y pasas y comenzaba a disertar sobre temas eternos delante de un círculo de muchachas extasiadas. Inmediatamente trató de *ilustrar* a algunas de las más bonitas. No podía soportar las ideas de que tras aquellos hermosos rostros alojaran los «prejuicios.»

Sobre todo admiraba la clara cabellera, la tez delicadamente rosa de la mejor amiga de sus hermanas, la encantadora Harriet Wetsbrook. Era una niña de 16 años, muy pequeña, pero hermosísima, de una alegría ingenua y una frescura deliciosa. Se hizo muy útil cuando Mrs. Fenning, de orden de Mr. Timothy, exi-

gió que las visitas no menudearan tanto. Harriet, cuyos padres vivían en Londres, salía tarde y mañana para ir de su casa al colegio; encargósele pues, de llevar y traer el dinero y los dulces y, naturalmente, el ermita de la calle Polonia se convirtió pronto en su grande amigo.

Harriet Westbrook era hija de un antiguo tabernero que había querido dar a su hija una educación distinguida. Muerta su madre, dirigíala su hermana, solterona bastante madura. Se comprende el interés que inspiró a la familia Westbrook ese hijo de baronet, heredero de una fortuna inmensa y bello como un dios, que vivía en una pieza redonda, de pan e higos secos, y al cual la más joven de las Westbrook llevaba el dinero de sus hermanas para impedirle morirse de hambre.

Eliza insistió en ver al héroe y Harriet se lo llevó en una de sus expediciones. La hija mayor del tabernero atemorizó un poco a Shelley; era seca y flaca; en su cara blanca, opaca, llena de cicatrices, los ojos apagados miraban sin inteligencia; y una masa de cabellos negros coronaba todo aquello. Miss Eliza Westbrook estaba particularmente orgullosa de su cabellera. De modales afectados, contrastaba con la sonriente sencillez de su hermana. Pero Shelley olvidó pronto esa impresión de fealdad cuando vió que la solterona le demostraba simpatía. La hermana mayor no sólo no se opuso a las visitas de Harriet, sino que se ofreció para favorecerlas, invitando varias veces a Shelley cuando Mr. Westbrook estaba ausente, y ganó por completo el corazón del filósofo al pedirle, a su vez, que la «ilustrara» y emprender bajo su dirección la lectura del Diccionario Filosófico.

Los paseos de Harriet con Shelley llamaron luego la atención en la Academia de Jóvenes. Una profesora le dió consejos prudentes:

—Ese Mr. Shelley se ha dado a conocer por la audacia de sus ideas: probablemente su moralidad se halla a la altura de sus pensamientos.

Le confiscaron una carta llena de los más peligrosos razonamientos y la còrresponsal del «ateo» estuvo a punto de salir expulsada. Todas las hijas de «gentlemen» le volvieron la espalda y la permanencia en el colegio se le hizo muy penosa.

Un día que Shelley leía solitario junto al fuego, Eliza le mandó avisar que Harriet estaba enferma, rogándole que fuera a acompañarla. El joven halló a su amiga acostada, muy pàlida y más bella que nunca con sus cabellos castaños sueltos. Mr. Westbrook subió a saludar a Shelley, que se mostró algo turbado en su presencia: por mucho horror que les tuviera a los prejuicios, esa visita nocturna al dormitorio de una muchacha le parecía indiscreta. Mr. Westbrook estuvo muy amable:

—Siento no poder acompañarlos—les dijo—pero tengo amigos en el salón: si usted quisiera bajar más tarde...

Shelley rehusó: los amigos de Mr. Westbrook lo intimidaban.

Sentóse junto a la cabecera de Harriet, al lado de Eliza y habló con elocuencia del amor. Muy pronto Harriet se quejó de un violento dolor de cabeza. No podía soportar el ruido de las palabras. —Pues bien me voy—dijo Eliza. Y salió dejando solos a los dos muchachos. Shelley se quedó hasta después de

las doce, mientras los amigos de Mr. Westbrook bebían y reían en el piso bajo. Al día siguiente Harriet se sentía mucho mejor.

* * *

Desde que en su destierro podía Shelley visitar muchachas e «ilustrarles» el espíritu, considerábase mucho menos infeliz. Sin embargo sufría de estar lejos de su hermana Elisabeth. Ni siquiera le contestaba ella sus cartas; acaso estaría secuestrada y a toda costa quería volver a Field Place para verla. Durante algún tiempo tuvo la idea de un regreso a la americana: ¿qué sucedería si llegaba una noche, sin avisar, instalábase en su casa y no respondía sino con silencios a las maldiciones de Mr. Timothy? Pero todo se simplificó gracias al hermano de Mrs. Shelley; el Capitán Pilfold que llegó a tiempo para abrirle a su sobrino las puertas de Field Place.

El Capitán Pilfold era un viejo marino, bravo y jovial, que había mandado una fragata bajo las órdenes de Nelson, en Trafalgar y que prefería mil veces ese sobrino fantástico al solemne cuñado Mr. Timothy. Que Percy fuera o no excéptico nada le importaba al capitán. El niño demostraba fuerza de voluntad y era lo esencial. Lo invitó a su dominio de Cuckfield, a diez millas de Field Place, y lo recibió admirablemente. Shelley, agradecido emprendió la tarea de «ilustrarlo» y el capitán se mostró tan buen alumno que al cabo de ocho días escandalizaba al cura y al doctor de la aldea con silogismos incendiarios.

En Cuckfield, Shelley conoció a la preceptora Miss Hitchener, bastante bella con su perfil romano y que bordeaba los treinta años. Miss Hitchener era republicana. También gozaba de fama de romántica y pedante; y por su parte quejábase de que nadie la comprendiera. Shelley, después de admirar convenientemente su actitud, descubrió con pesar que permanecía un deísta y le propuso entablar una correspondencia asidua para curarla de semejante enfermedad. Ella aceptó.

Mientras tanto, el bravo capitán Pilfold emprendía el abordaje de su cuñado Timothy. Tuvo la ingeniosa idea de aliarse con el duque de Norfolk, jefe político del partido liberal, y el snobismo triunfó de la vanidad paterna. Shelley pudo volver a Field Place con todos los honores de la victoria; se le acordó una pensión anual de doscientas libras y no se le impusieron condiciones.

* * *

Pudo por fin ver de nuevo a Elisabeth; pero la encontró tan distinta que se sintió aterrado. Estaba más viva, más alegre que antes, pero de una frivolidad increíble. La había dejado grave, entusiasta; ahora, indiferente a las ideas, ocupada en pueriles entretenimientos, en bailes y charlas superficiales, vivía solamente para el mundo.

Trató de mostrarle como antes las cartas de Hogg.

—Ah! tú y tu absurdo amigo... Todas las personas que conozco los encuentran locos.

Y en seguida habló de matrimonio: no pensaba en otra cosa. Nada podía causarle más horror a Shelley. ¿Entonces había olvidado ella sus lecturas, las sanas ideas de Godwin?

—El matrimonio es odioso y detestable—decíale. —Me siento desconsolado al pensar en esa cadena terrible, la más pesada que hayan forjado los hombres para atar almas altivas. El escepticismo y el amor libre se siguen tan necesariamente como el amor y el matrimonio. La gente de honor no necesita leyes. Por el amor de Dios, Elisabeth, lee las condiciones del matrimonio y dime si un hombre honrado puede someter a un ser amable y amado a semejante degradación.

—Sí; pero quieres que me case con tu Hoog...

—Ciertamente, mas no ante un clérigo y según las leyes de los hombres, sino libremente y con sólo el amor por gran sacerdote.

—¡Esos consejos le das a tu hermana, Percy!

Era inútil tratar de convencer a ese espíritu que se había puesto incurablemente frívolo. «¿Para qué engañarme? Está perdida, completamente perdida. La intolerancia la ha infectado, No habla sino de convenciones y tonterías. Lo que pretendería de mi es que, como todos, la ayudara a buscar marido. Pues bien, no!»

Había ido a Field Place para ver a Elisabeth: ahora no le quedaba sino partir. No le faltaban las invitaciones: el capitán Pilsfold le ofrecía Cuckfield; Mr. Westbrook pasaría las vacaciones en las montañas y sus hijas le suplicaban que las visitara; Hogg le pedía que lo acompañara un mes en York, y era quien más lo tentaba; pero Mr. Timothy atribuía un valor simbólico a la separación de los dos criminales de Oxford y se habría puesto furioso; como la pensión paternal vencía en Septiembre, mejor sería esperar un poco. Hogg repuso en broma que sin duda la bella Harriet Westbrook vencía al viejo amigo. «Tus bromas me divierten—respondía Shelley. —Si tengo la menor idea de lo que significa la palabra amor, puedo afirmarte que no amo a nadie en este momento. Pero he recibido invitaciones de las Westbrook y las estimo altamente a las dos.»

Como aun vacilaba, un primo de su madre lo invitó a un rincón solitario de Gales; era un medio de hacer economías en espera de su pensión y aceptó.

Al pasar por Londres, hubiera querido ver a Miss Hitchener y comer con ella, pero la institutriz de perfil romano temió que semejante entrevista saltara a las conveniencias. Además ¡había tal diferencia de condiciones entre ella y Mr. Shelley! Mr. Shelley, indignado con estas suposiciones, escribió una hermosa carta sobre la igualdad y llamó a Miss Hitchener «hermana de su alma». Ella comenzó a pensar que Lady Shelley sonaba bien y a mirarse en los espejos.

VIII

Los paisajes de Gales son bellos y selváticos. Las rocas desnudas, los torrentes profundos, las quebradas boscosas encantaban a Shelley, que iba con frecuencia a sentarse junto a una caída de agua para leer las cartas de sus amigos. Desde su retiro dirigía innumerables almas: Miss Hitchener, el fiel Hogg,

el capitán Pilfold, terror de los devotos, Eliza y Harriet Westbrook, sin contar a más de un desconocido.

Acababan los Westbrook de regresar a Londres, cuando Shelley recibió de Harriet una carta triste e inquietante: su padre quería hacerla volver a ese colegio de Mrs. Fenning donde había sido tan desdichada, donde sus condiscípulas no le dirigían la palabra y ni siquiera le contestaban y las profesoras la consideraban una muchacha perdida. Antes que caer en semejante prisión prefería matarse. ¿Para qué vivir? «Nadie me ama y no tengo a nadie a quien amar. ¿Es un crimen el suicidio para un ser inútil a los demás e insoportable a sí mismo? Puesto que no existe ley divina ¿la ley humana puede prohibir un acto tan natural?».

Shelley sintió una especie de terror: la lógica de Harriet le parecía irreprochable. Y él la había formado. ¿Podía responderle secamente y abandonarla a su destino? En vez de desesperarse, podía luchar, rehusar, discutir. Le aconsejó que tuviera firmeza y escribió a Mr. Westbrook una carta llena de reproches.

El viejo tabernero se indignó: ¿qué pretendía ese joven aristócrata que desde seis meses atrás rondaba en torno de sus hijas? Eliza había anunciado al principio que se casaría con Harriet; pero ¿cuándo se ha visto a un futuro baronet casarse con la hija de un tabernero? El tal Mr. Shelley buscaría sin duda algo muy diverso del matrimonio. Por lo demás Mr. Westbrook lo había juzgado cuando lo invitó a beber un trago con sus amigos. Mr. Shelley rehusó con desdén. ¿Amigo del pueblo, igualitario el nieto de sir Bysshe Shelley, millonario? ¡Vamos! esas gentes son siempre los mismos!

Harriet recibió orden de prepararse a partir. Escribió una última carta a Shelley. Le insinuaba un proyecto menos lúgubre que el suicidio: sintiéndose demasiado perseguida e infeliz, estaba pronta a fugarse con él...

Shelley tomó inmediatamente la diligencia para Londres, terriblemente agitado. Era indiscutible que tenía deberes para con esa niña: la había formado, había contribuido a fijarle un alma valerosa e incapaz de soportar las injusticias. Una carta suya había sido la primera causal de su desgracia. Pero, si huían ¿de qué vivirían los dos? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Podría amar él, después de su gran decepción? Sin embargo, Harriet le parecía encantadora y la idea de un viaje con la linda enferma de los cabellos sueltos que viera una noche era embriagadora. Encontraba difícil apartar esas imágenes.

Al fin la vió. Estaba blanca; enflaquecida, trágica.

—¿La han hecho sufrir mucho?

—No, amigo mío, no, pero...

Vacilaba en confesarle su amor: su palidez, sus miradas, su emoción lo decían sin embargo. La verdad es que lo amaba locamente. El había transformado a esa muchacha. Antes de conocerle, tenía los gustos normales de su medio. Admiraba los uniformes rojos de los soldados y, cuando pensaba en el amor, sus héroes pertenecían al ejército. Sin embargo, al imaginar el matrimonio, veía siempre por marido a un clérigo. Shelley trastornó esas pasiones tan razonables. Cuando por primera vez lo oyó hablar de religión y de política, sintióse espantada y se prometió

convertirlo. Pero la lógica del joven la aplastó desde la primera discusión. Dominada por un espíritu más vigoroso que el suyo, se había humillado con delicia; y ahora adoraba al hombre y su doctrina.

Viendo que no se resolvía verla de nuevo, temió que se alejara para siempre y exageró sus sufrimientos para atraerlo.

Shelley no admiraba a los caballeros andantes; su conducta le parecía poco racional. Encontraba condenable dedicar a una mujer una existencia consagrada a la humanidad. Pero ante ese bello rostro ansioso que él podía, con una palabra, colorear de dicha, olvidó sus principios, tendió la mano a Harriet y le dijo que no temiera nada. Por un resto de prudencia evitó la fuga inmediata; creía inútil y peligroso apresurar tal resolución; pero Harriet podía estar tranquila; si trataban de violentarla, no tenía sino que llamarlo; de donde se hallara acudiría a libertarla y llevársela. Ya ella había recuperado la expresión de una muchacha de 16 años que se siente amada.

* * *

En cuanto salió de la pieza y no vió a la dichosa niña, Shelley suspiró profundamente y cayó en una interminable meditación.

Hogg, a quien refirió la escena, respondió suplicándole vigorosamente que no huyera con Harriet sin casarse antes. Sabía a Shelley hostil al matrimonio; pero le hizo argumentos poderosos:

«Si no quieres casarte ¿quién corre el peligro? ¿Ella o tú? Ella sola; a ella la despreciará la sociedad, ella sacrificará su reputación y todo. ¿Tienes el derecho de aceptarlo?»

El golpe era diestro; de todos los vicios, el egoísmo le parecía a Shelley el peor de todos. Pero al mismo tiempo, al casarse, encontraba que cometía un acto vergonzoso e inmoral. Los capítulos de la Justicia Política contra las cadenas matrimoniales inquietaban su conciencia. Alguien le dijo a tiempo que Godwin mismo se había casado dos veces y este ejemplo lo tranquilizó:

«Cierto—respondió a Hogg—Antes que la razón haya cambiado por completo la sociedad, los innovadores se ven expuestos a males mayores que los que tratan de remediar».

Sin embargo, no demostraba prisa de aplicar estas conclusiones nuevas. Su tío Pilsfold lo llamaba a Cuckfield; allá encontraría a la bella institutriz de perfil romano y terminaría su iniciación en la doctrina. Al partir, escribió a Harriet que volvería a Londres a su primer llamado.

Había que tener 19 años para dudar un minuto sobre lo que sucedería. Una muchacha enamorada dueña de tal promesa no puede resistir largo tiempo. Antes de una semana, una carta urgentísima llamaba a Shelley a Londres. Los perseguidores querían una vez más entregar Andrómeda al dragón escolar. Shelley, viendo el mal sin remedio, ofreció la fuga y el matrimonio inmediato.

Al otro día, la diligencia de Edimburgo se llevaba hacia el Norte a esos dos niños que, entre los dos, sumaban treinta y cinco años. «Acto de voluntad, no de

pasión» pensaba el joven caballero, mientras el carruaje lo mecía junto a su deliciosa prometida.

IX

Una pareja de amantes jóvenes, encantadores y perseguidos ejerce una seducción casi irresistible. Los habitantes de Edimburgo, que no pasan por sentimentales en cuestión de dineros, no pudieron menos de acoger con sonriente indulgencia a ese par de niños que llegaba en una miseria tan radiante. Al partir de Londres Shelley había conseguido algunas libras prestadas; al llegar a Edimburgo no le quedaba un penique. Era inútil esperar algo de Mr. Timothy, a quien la fuga de su hijo habría puesto furioso.

Sin embargo, un dueño de casa les arrendó un departamento muy agradable con el solo relato de su aventura, la vista de la belleza de Harriet y la promesa de un pago rápido. Hizo aun más: les prestó la suma necesaria para comer durante algunos días y para celebrar su matrimonio según las leyes tan sencillas de Escocia, con la sola condición de que, la noche de bodas, Shelley y su mujer aceptaran una invitación a comer en su casa con sus amigos.

Así pues, en medio de comerciantes escoceses celebró su matrimonio el nieto de sir Bysshe. Los vinos y el espectáculo de los jóvenes recién casados pusieron a aquellos honestos puritanos un poco más alegres de lo que al gusto de Shelley convenía.

Ante una broma demasiada avanzada, Harriet enrojeció hasta la frente y Shelley, levantándose de la mesa, anunció que él y su esposa se retiraban a su habitación. Una gran carcajada acogió esta noticia.

Poco más tarde llamaron a la puerta. Shelley abrió: el dueño de casa, algo ebrio, díjole que, según la costumbre del país, los invitados subirían a media noche para bañar a la desposada en whisky.

—Le destapo los sesos al primero que se atreva—dijo Shelley, mostrando el revólver.

Le temblaba la voz y le brillaban los ojos, como en Eton. Los comerciantes de Edimburgo pensaron sin duda que aquel mancebo de rostro femenino era más peligroso de lo que parecía y se contentaron con desearle buenas noches.

* * *

Así Shelley y Harriet se encontraron casados, solos y libres en una ciudad desconocida. Se miraron felices.

Algunos días bastaron para que el joven marido, que en la diligencia pensaba tristemente: «Acto de voluntad, no de pasión» se enamora completamente de su mujer. Harriet le parecía verdaderamente agradable de mirar, siempre bonita, fresca, viva, siempre bien peinada, con el aspecto de una flor blanca y rosa. Se vestía con mucha sencillez, pero siempre bien. Sin mucha cultura,

poseía una instrucción notable y había leído proligiosamente. Y leía siempre, durante el día entero, obras morales.

Su amante y maestro habíale comunicado el respeto a la virtud y el Telémaco de Fenelón era su héroe favorito. Con frecuencia pronunciaba las palabras mágicas «Intolerancia, Igualdad, Justicia» y su boca infantil lanzaba afirmaciones que hubieran inquietado al Lord Canciller. En cuanto a la religión anglicana, la ignoraba tan ingenuamente como Calipso o Nausícaa.

Los niños son deliciosos; pero su compañía cansa. Aunque Shelley apreciara toda la gracia, la gentileza y el cariño de Harriet, solía echar de menos la cáustica charla de Hogg y el entusiasmo elocuente de Miss Hitchener. Preguntábase con inquietud qué iba a pensar ésta de su matrimonio.

«Mi muy querida amiga—escribíale—¿Puedo llamarla así después de haber perdido, por mi conducta equívoca, el derecho a la estimación de los seres virtuosísimos y sapientísimos? Ud. me preguntará cómo yo, con mi conciencia de ateo, he podido someterme a la ceremonia del matrimonio. Es lo que deseo explicarle.» En seguida, y usando los argumentos de Hogg, procuraba demostrarle que la buena fama constituye un bien inalienable y que no podría despojarse de él a una persona amada. «Condéname, si quieres, oh la más querida de las amigas, porque siempre eres para mí la más querida... Si Harriet no es a los 16 años lo que tú a una edad más avanzada, ayúdame a formarla a tu imagen verdaderamente noble...» La carta concluía invitándola a Edimburgo, donde la presencia de Harriet autorizaría la suya. Miss Hitchener rehusó. Tal vez el tú poético no alcanzó a disimular la frase, realmente desdichada, sobre la edad.

Pero si la virgen de Cuckpoint no acudió a modelar el corazón de Harriet, Shelley tuvo el placer de que una clara mañana, golpeará a su puerta, maleta en mano, su amigo Hogg, en vacaciones por quince días.

Lo recibió triunfalmente. «¡Al fin nos reunimos! Ya no nos separaremos más. Hay que preparar otro dormitorio en la casa.» Harriet apareció; Hogg quedó encantado. Nunca había visto una mujer más radiante de juventud, belleza y felicidad.

Los tres amigos tenían mil cosas que decirse y hablaban a un tiempo, mientras la criada les servía el té. Cuando se calmó un poco la alegría, Shelley propuso un paseo y fueron a visitar el palacio de María Stuart. Harriet, excelente alumna de Academia femenina y gran lectora de novelas históricas, explicó detalles interesantes. Al salir, Shelley se excusó; necesitaba regresar para escribir una carta, pero quería que Harriet llevara a Hogg hasta la colina de donde se abarcaba la ciudad.

Hogg admiró mucho el panorama y permanecieron largo rato en la cumbre. Acaso su guía le gustaba lo bastante para hacerle grato cualquier paseo.

(Continuará)